

PUCK

ES LA MÁS FUERTE

El club Puck



PUCK ES LA MÁS FUERTE

EDICIONES TORAY.S.A.

BARCELONA-MADRID BUENOS AIRES

Titulo original danés: PUKS OVERMAND - KOM FRIT FREM,
PUK.

Traducción: Annelise Larsen

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

OCTAVA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 17.497 1986

ISBN 84-310-2260-4



¡Pum!

Puck se sobresaltó al oír el estallido. En el mismo instante, la

rueda trasera de su bicicleta empezó a oscilar como loca sobre el adoquinado de la calle principal de Oesterby.

Desmontó de un salto y contempló el reventón con cara de fastidio. Luego, su expresión cambió. Una amplia sonrisa iluminó su rostro: había tenido suerte de que la avería hubiese ocurrido Oesterby y no en la carretera. Un poco más abajo, en la misma calle, estaba el taller de reparaciones de Erik Joergensen. Puck decidió llevar su bicicleta allá.

En el taller encontró a un aprendiz inclinado sobre una motocicleta.

—¡Hola! — saludó Puck—. ¿Hay alguien que me puede arreglar un pinchazo?

El «aprendiz» se enderezó y Puck tuvo una sorpresa. Quien ella creyera un muchacho resultó ser una jovencita vestida con un mono y con una gorra que escondía su cabello. Tenía la cara y las manos manchadas de aceite, pero mostraba sus blanquísimos dientes en una amplia sonrisa.

—¡Hola, nena! ¿Se descacharró tu trasto? Bueno, supongo que mamaíta te podrá sacar del atolladero. Vamos a ver...

De pronto se interrumpió y miró a Puck con cara de sorpresa. Luego preguntó, llena de curiosidad:

—Oye, guapa, ¿no te conozco de algo? ¿Hemos tomado el biberón juntas?

—No, no creo —sonrió Puck, divertida por la forma de hablar de aquella desconocida.

La muchacha se dio una palmada en la pierna y exclamó:

—¡Ya recuerdo!... ¡Estoy segura!... Tú fuiste la protagonista de «Señorita Primavera», ¿verdad?

Puck asintió, sonriendo, y la chica empezó a preguntarle cosas atropelladamente, sin darle un respiro.

Temiendo llegar tarde, consultó de reojo su reloj de pulsera: iba a almorzar en la «Granja del Este» y, además, no le gustaba hablar del gran éxito que había tenido en aquella película. Aquello era algo pasado, de lo que no valía la pena hablar.

—¿Piensas convertirte en una estrella de cine? —preguntó al final la muchacha.

Puck negó con la cabeza.

—No; ni soñarlo. Aún voy al colegio, y luego pienso estudiar Medicina...

—Eso es muy razonable —admitió la muchacha—. La cabeza se llena de pájaros cuando uno se pone ante las cámaras. A mí no me gustaría ser actriz de cine por nada del mundo, aunque me cubriera de oro... Yo prefiero la mecánica. Es un trabajo en el que sólo se gana calderilla, pero de forma sensata, ¿no te parece?

—Pues... ¡Ejem!... Sí... Pero ¿no es algo raro que una muchacha aprenda este oficio?

—Es el signo de los tiempos modernos, hijita. Las chicas no podemos quedarnos atrás. Si no puedo aprender mecánica, me gustaría ser piloto de reactor.

—¿Cómo? —exclamó Puck, asombrada—. ¿De aviones a reacción?

—Eso he dicho, guapa —asintió con energía la muchacha—. Debe ser estupendo volar como una centella por el aire... Pero, seguramente tendré que quedarme en tierra. El dueño de este taller, Erik Joergensen, es mi tío, y me ha prometido enseñarme bien este oficio de mecánico.

Puck miró de reojo unas motocicletas desmontadas y preguntó:

—¿Sabes arreglar también motores y esas cosas?

—No soy muy diestra aún, pero seguro que aprenderé. De momento, mi tío me ha dejado remendar estas dos motos de los gamberros.

—¿Gamberros? —preguntó Puck extrañada—. ¿De qué gamberros hablas?

La muchacha hizo una mueca:

—Ésos que han acampado allá arriba, en el Bosque Noerre... Hay media docena, según creo... Son esos orangutanes desaliñados y sucios, pantalones ajustados y chaquetas de cuero. Toda la pandilla llegó esta mañana, y puedes apostar una oreja que habrá líos en el Bosque Noerre. Una tribu de indios en pie de guerra no sería más peligrosa que esa manada de locos. Cuando vinieron al taller chillaban y gritaban como monos y se portaban de una forma que parecían tener todos los tornillos sueltos... Bueno, pero

supongo que es mejor echar un vistazo a tu cacharro. ¿Llevas prisa?

Puck vaciló.

—Pues..., sí... Tengo que ir a comer a la «Granja del Este» dentro de diez minutos... ¡Ejem!... Pero no creo que puedas hacer milagros, así que...

—No te preocupes. Puedes tomar mi bici, y para cuando vuelvas, la tuya estará lista.

—Gracias — dijo Puck—. ¿Cómo te llamas?

—Jytte Joergensen; pero la gente se empeña en llamarme Vespa. Será porque arreglo esos cacharros.

—Pues a mí me llaman Puck. Dicen que parezco un duende del bosque.

—No he visto ninguno, así que no te lo puedo decir... Bueno, más vale que empiece a trabajar; si no, mi tío me echará bronca.

Puck montó en la bicicleta de Jytte y se puso en camino, después de saludar:

—Hasta luego, Vespa.

—Hasta la vista, Puck.

Mientras pedaleaba, Puck no podía olvidar a la resuelta muchacha que se empeñaba en ser mecánico.

A pesar de su cara manchada y sus manos sucias, Vespa no podía ocultar lo bonita que era. Los mechones de cabello dorado que se asomaban bajo su gorra, los ojos azules, los dientes blanquísimos, su cuerpo esbelto, todo en ella daba la impresión de sana juventud, con una clara finalidad a conseguir en su vida. Ser amiga de Vespa no debía de ser aburrido, desde luego. También había sido un estupendo gesto de generosidad por su parte haber prestado su propia bicicleta a una desconocida.

Cuando Puck llegaba cerca de la «Granja del Este», vio acercarse por la carretera una pandilla de mozalbetes, que daban voces y gritos. Eran media docena de gamberros, montados en cuatro motocicletas, que ocupaban toda la carretera zigzagueando y gritando a todo pulmón. Sus voces casi lograban hacer más ruido que los escapes libres de sus máquinas.

Por miedo a ser atropellada, Puck se apeó de la bicicleta y se apartó a un lado. Los gamberros reían groseramente y uno de ellos gritó al pasar por su lado:

—¡Así me gusta, nenita!... ¡Apártate cuando llegan los «Jinetes de la Muerte»!

Puck vio como la pandilla se alejaba... No lograba comprender su actitud. Cada día se podían leer en los periódicos noticias sobre pandillas de gamberros que molestaban a las gentes pacíficas. ¿Qué diversión podían encontrar en molestar a otras personas? Aquellos tipos se creían sin duda unos héroes montando sus ruidosas motos de escape libre. Su insolencia era mayor cuando actuaban en grupo, porque así se sentían más seguros de amedrentar a la gente. En el fondo eran unos ignorantes, que nunca llegarían lejos en este mundo.

Puck no estaba de muy buen humor cuando, poco después, llegó a la «Granja del Este». El hacendado Holm le preguntó qué le ocurría, y ella le explicó su encuentro en la carretera.

—Sí, los vi esta mañana cuando daba un paseo a caballo —comentó el hacendado con cara sombría—. No cabe duda de que tendremos líos con ellos, si se quedan aquí por mucho tiempo. Por desgracia, el Bosque Noerre pertenece al Estado, y no puedo prohibirles acampar allí.

—Espero que no tengamos tantos problemas como cuando estuvieron los gitanos —intervino la señora Holm.

Su marido se encogió de hombros.

—Si nos molestan, siempre podremos acudir a la policía de Sundkoebing.

—¡Ya! —dijo la señora Holm, y aquella exclamación podía tener muchos significados.

Cuando, alrededor de las seis de la tarde, Puck regresó al taller de reparaciones en Oesterby, le esperaba una sorpresa. Vespa estaba limpia y acicalada, y el cambio era increíble. Vestía una blusa azul celeste con cuello blanco, pantalones azul oscuro y un par de elegantes sandalias. Había peinado su dorado cabello y sus ojos azules brillaban de alegría.

—¡Hola, Puck! —saludó—. Creí que te habías largado para siempre con mi viejo trasto.

—Bueno, mi «bici» no es tan despreciable — sonrió Puck—. ¿Qué te debo?

—El precio son cuatro gordas... Pero, por ser tú, no hablemos más. No te cobraré nada.

—Pero, tu tío no puede vivir del aire — opinó Puck sonriendo.

—No te preocupes —dijo Vespa con gesto generoso—. El viejo gana lo suficiente. ¿Vas al colegio ahora?

—Sí. ¿Quieres acompañarme? Según el reglamento, podemos invitar a una persona a cenar, y a ti te dará lo mismo cenar en el colegio que aquí, ¿no?

—¡Fabuloso, Puck! —dijo Vespa, alegre—. Siempre tuve ganas de ver uno de esos pensionados por dentro. Voy a avisar a mis tíos.

Dos minutos más tarde, las dos muchachas estaban en camino hacia el colegio. Vespa fue recibida con gran cordialidad por las compañeras de Puck en el «Trébol de Cuatro Hojas» y, después de la cena, las cinco muchachas se fueron a dar una vuelta por los alrededores.

La aprendiz de mecánico estaba muy impresionada, no tanto por el elegante colegio como por el gran parque, la fabulosa piscina y la belleza del paisaje.

—¡Esto sí que es jauja! —exclamó entusiasmada—. ¡Estáis viviendo como peces en el agua!...

Se calló y luego continuó en voz baja:

—Bueno, vuestros padres deben estar podridos de dinero. Yo no podría permitirme este lujo. Mi padre es un simple obrero, y mi madre hace de sirvienta en un colegio; sin embargo, logran dar de comer a ocho mocosos.

—¿Tantos sois? —preguntó Inger tranquila.

Vespa asintió con un gesto de cabeza:

—Pues sí. Casi no cabemos en el pequeño piso de Vesterbro... Pero una cosa es verdad: tengo los padres más maravillosos del mundo. Nunca se quejan. Son estupendos, podéis creerme.

Las cuatro amigas intercambiaron una mirada. Todas pensaban lo mismo. Vespa tenía toda la razón. Era imposible asistir a aquel colegio si la familia no tenía una buena cuenta corriente en el Banco. Y los alumnos se olvidaban muchas veces de que vivían en un verdadero paraíso. Es sano enfrentarse de vez en cuando con la realidad.

—Me hace mucha gracia que aprendas mecánica —dijo Karen rompiendo el embarazoso silencio.

Vespa sonrió, enseñando sus blaquísimos dientes:

—Sí, es muy divertido; aunque la gente cree que me faltan un par de tornillos. Pero, tiene la ventaja de que puedo ayudar económicamente a mis padres. Y podéis estar seguras de que cada céntimo es muy bien recibido en mi casa.

—Pero vistes muy bien —opinó Navio—. Tu ropa es formidablemente elegante.

—No tanto —reconoció Vespa—. Pero puedes estar segura de que son casi mis únicos trapos. Si tú no tienes más ropa que yo, te compadezco.

Luego continuó riendo:

—Nunca he gastado mis ahorros en trapos y esas cosas. En cambio, he tomado clases de jiu-jitsu. Supongo que conocéis este sistema japonés de lucha, ¿no?

Las cuatro amigas asintieron, y Puck propuso:

—Sería divertido que hicieras una demostración. Lilian está ensayando con su grupo en el gimnasio, y allí hay colchonetas.

—¿Quieres ser tú mi contrincante? —sonrió Vespa.

—Si prometes no romperme los huesos... —puso Puck como condición.

—No te pasará nada. Vamos.

Cuando las cinco muchachas entraban en el aula de gimnasia encontraron a Lilian ensayando acrobacia con sus alumnas.

Era una buena profesora. Había formado parte de un grupo de acróbatas llamado «Troupe Latour», y le costó mucho dejar su vida de circo para ingresar en el pensionado de Egeborg.

Poco a poco, Lilian Latour se fue acostumbrando, y se sintió muy feliz cuando el director del pensionado y el profesor de gimnasia le dieron permiso para ensayar con un grupo de las alumnas mayores.

Sus discípulas habían aprendido mucho con ella. Sus exhibiciones de fin de curso tenían siempre un gran éxito.

—¡Hola, chicas! —saludó Lilian—. ¿Habéis venido de expectadoras?

Puck le explicó el motivo de su visita y, poco después, tenían dos colchonetas colocadas en medio de la sala. Vespa no quería correr ningún riesgo con los huesos de Puck y dijo, alegre:

—Supongo que ya sabéis que, conociendo a fondo el jiu-jitsu, una chica se puede enfrentar con un campeón de lucha libre, y vencerle.

—Eso dicen... —dudó Navio.

—Es un poco exagerado —rió Vespa—, pero, empecemos, Puck. Tú me atacarás como quieras y yo me defenderé.

Las dos contrincantes se colocaron en medio de las colchonetas, mientras las demás hacían corro. Aunque Puck no era la chica más fuerte del colegio, sin duda era la más ágil y rápida de todas. Hasta aquel instante, nadie había podido con ella. Aún no había encontrado contrincante de su talla. Las dos luchadoras se encontraban a una distancia de unos dos metros. Puck parecía estar buscando una oportunidad para atacar. Repentinamente, se lanzó contra Vespa de un salto digno de un tigre... Pero fue inútil. Todo sucedió con tanta rapidez que los espectadores apenas tuvieron tiempo de ver nada.

Con una llave profesional, Vespa agarró el brazo de su atacante y la pobre Puck salió despedida por los aires. Aterrizó en el colchón,

mientras sus compañeras gritaban de júbilo.

—Bueno —jadeó Puck levantándose—. Ha sido algo violento.

Vespa sonrió ampliamente.

—Te había avisado, ¿no? Estoy dispuesta a darte otra oportunidad, pero esta vez me atacarás mientras estoy de espaldas. ¿De acuerdo?

—Pues... ¡Ejem!... Me parece que ya tengo bastante...

—¡Tonterías, Puck! —sonaron voces a su alrededor—. ¡Adelante! ¡Demuestra lo que sabes!

—Sí; ataca como quieras —invitó Vespa, alegre—. Te prometo que tu caída será tan suave como la primera.

—Bueno, bueno —murmuró Puck—, pero admito que no puedo hacer nada contra tí.

—¡Adelante, Puck! —animaron las muchachas—. ¡Es muy divertido verte volar por el aire!

—¿No hay ninguna de vosotras que quiera probarlo? —preguntó Puck con divertida mueca.

Ninguna de sus compañeras se sentía tentada a hacerlo, y Puck tuvo que entrar de nuevo en las colchonetas. Vespa estaba en medio, aparentemente relajada, cuando Puck la atacó por la espalda. Todo ocurrió con la misma rapidez que la vez anterior y, cuando Vespa se volvió y agarró una muñeca de Puck con firmeza, ésta fue lanzada una vez más por los aires.

—Gracias. Tengo bastante —declaró Puck, lamentándose un poco.

Sus compañeras estaban fuera de sí de entusiasmo. Todas querían mucho a Puck, porque una y otra vez había demostrado ser una compañera de primera. Pero, a pesar de ello, era muy divertido que la invencible Puck hubiera encontrado por fin la horma de su zapato.

La estupenda demostración de jiu-jitsu le había dado una idea a Lilian. Si el director y el profesor Strandvold estaban de acuerdo, Vespa podría darles clase a ella y a sus acróbatas una vez por semana. Las ágiles muchachas tendrían gran facilidad para aprender aquel arte a fondo. Seguramente Strandvold no se opondría a la idea, así que lo más importante sería convencer al director, el señor Frank. Una hora más tarde todo estaba arreglado. Strandvold había examinado los conocimientos de Vespa concienzudamente y, como no tenía nada que oponer, el director dio su permiso. Tenía plena confianza en el criterio del profesor de gimnasia.

Cuando Vespa se hubo marchado, las cuatro amigas se reunieron en el «Trébol de Cuatro Hojas». Hablaban animadamente y todas estaban de acuerdo en que Vespa era una chica estupenda, y que valía la pena ganar su amistad. No sólo era una gran deportista, sino que era muy simpática, sobre todo por su divertida forma de hablar. Según lo acordado, tendrían ocasión de estar con ella por lo menos una vez a la semana.

—Es formidablemente palpitante —opinó Navio, usando su expresión favorita—. Me gusta. Es una chica que sabe lo que quiere.

—Además tiene fuerza en los brazos —añadió Karen con una sonrisa burlona—. ¿Verdad, Puck?

Puck asintió alegre:

—Sí, admito que me venció. Es superior a mí, y tengo la sensación de que no será ésta la última vez.

El presentimiento de Puck iba a cumplirse.

* * *

Al día siguiente por la mañana, Vespa se encontraba en el taller. Su tío y los dos mecánicos trabajaban en un cuarto contiguo, y ella estaba sola cuando dos de los gamberros entraron para buscar sus motos.

Uno de aquellos tipos era alto y muy delgado, de pelo rojo y

expresión cerril. A pesar de su aspecto, parecía ser el jefe de la pandilla, porque su actitud era muy arrogante cuando dijo:

—Bueno, nena, ¿tienes listos nuestros bólidos?

—¿Bólidos? —repitió Vespa contemplando con mirada desdeñosa las dos motocicletas—. Tienes mucha imaginación para llamar así a estos cacharretes. Estos trastos son una basura.

—¿Qué?...

—Lo que oyes, nene. No daría ni un céntimo por estas antiguallas de museo. Sin embargo la reparación te costará treinta y cinco coronas.

El pelirrojo sonrió con desprecio.

—Te daré veinte. Ni un céntimo más.

—Yo te dije treinta y cinco. ¡Y quiero el dinero a tocateja!

—Te estás pasando de lista.

El gamberro tiró dos billetes de a diez coronas sobre la mesa y junto con su compañero se dispuso a llevarse las dos motocicletas. Pero en el mismo instante intervino Vespa. Con una llave de jiu-jitsu hizo volar al muchacho que, sin saber cómo, se encontró, boquiabierto, sentado sobre el suelo de cemento.

El otro gamberro quiso atacar a la chiquilla, pero con la misma rapidez Vespa lo lanzó al lado de su compañero.

—¿Os gusta el tratamiento? —preguntó la chica con desdén, colocando las manos en sus caderas—. Si queréis repetir el vuelo, me tenéis a vuestra disposición.

Los dos chicos se levantaron con dificultad, y el pelirrojo rugió furioso:

—¡Nos las vas a pagar!

—Quienes vais a pagar sois vosotros, viejo camello — atajó Vespa—. Y, además, en monedas contantes y sonantes.

En aquel momento entró el señor Joergensen junto con sus dos empleados, atraídos por el ruido de la lucha, y el tío preguntó intranquilo:

—¿Qué ocurre, Vespa?

Ella sonrió ampliamente.

—He tenido que enseñar a estos micos un poco de buenos modales. Cuando suelten las quince coronas que faltan, podrán largarse; no antes. ¡Vengan esas quince coronas, muchachos!

Murmurando palabras ininteligibles, el pelirrojo tiró sobre la mesa el dinero que faltaba y, cuando se alejaba con su moto, rugió entre dientes:

—¡Me las pagarás!... ¡No te olvidaré!

—No lo dudo —dijo Vespa con un gesto generoso de la mano—. Te llevas un buen recuerdo mío. Si os duele el trasero, colocad una almohada en el asiento. Además podemos repetir la diversión. No tenéis más que volver por aquí.

Los dos tipos salieron vomitando amenazas y juramentos; pero Vespa no les hizo caso. Sin embargo, su tío, que era un hombre pacífico y precavido, dijo preocupado:

—Tienes mucho genio, Vespa. Estoy seguro de que esos gamberros nos causarán problemas.



Vespa hizo una mueca.

—Tenían que pagar lo que debían, tío; no podemos trabajar

gratis.

—No, claro... No obstante...

—Entonces cállate, viejo gruñón —le interrumpió su sobrina, alegre. Y a pesar de las manchas de aceite le dio un beso en la mejilla—. Aquí tienes las treinta y cinco coronas que he ganado para ti... Y espero que la tía abrirá una lata de peras en almíbar esta noche para celebrarlo.

Los dos mecánicos se divertían en grande. El tío, sin embargo, movió la cabeza preocupado. Sabía que su sobrina era algo único..., pero cada día se portaba peor.

Poco después, Vespa estaba ocupada arreglando un neumático pinchado, mientras canturreaba. Cuando iba a dejar la bicicleta junto a la pared, vio casualmente en el suelo un papel doblado. Lo recogió, lo desplegó y leyó el siguiente mensaje, escrito con tinta:

La hora más conveniente para vosotros será a las dos de la madrugada. A esa hora el viejo duerme como un tronco; además no habrá peligro de que os vean. Acordaos de evitar la puerta del edificio principal. Entrad en la casa por el invernadero número cuatro, a la derecha de la carretera. Generalmente, el invernadero no está cerrado con llave, pero, aunque fuera ése el caso, es muy fácil abrir la cerradura. Nadie os oirá desde la casa. Suele haber un montón de dinero en el cajón del escritorio, pero no olvidéis que la tercera parte me pertenece a mí. Tened cuidado de no pisar fuera del sendero, para no dejar rastro en la tierra blanda, y romped esta carta cuando la hayáis aprendido de memoria. Llegaré el sábado, y espero que me guardéis una buena cantidad de dinero. Saludos a toda la pandilla.

SEBASTIÁN

Vespa, asombrada, abrió los ojos y, para asegurarse de que no soñaba, volvió a leer la carta. Aquello era muy extraño. Parecía el plan de un robo. Pero ¿quién podía haber perdido aquella carta?

Con cara pensativa, Vespa apoyó un aceitoso dedo en su nariz. Aquel movimiento pareció poner en funcionamiento su cerebro,

porque hizo un gesto de asentimiento y exclamó en voz alta:

—¡Claro, es verdad!... Uno de esos golfos lo perdió cuando le hice volar por los aires.

Y ahora ¿qué? ¡Puck!... ¡Sí, naturalmente!

Vespa era una chica lista. Se acordó de que las muchachas de Egeborg le habían contado que Puck tenía algo de detective. Quizá lo más correcto sería avisar a la policía de Sundkoebing..., pero también sería interesante conocer la opinión de Puck.

La muchacha metió la carta en uno de sus bolsillos y, apenas lo había hecho, la puerta del taller se abrió. El gamberro pelirrojo entró, echó una rápida mirada por el suelo y luego gruñó:

—He perdido una carta por aquí, ¿verdad?

—¿Una carta? —preguntó Vespa con fingido asombro—. ¿Crees quizá que barro el suelo tras cada visita que se marcha? ¡Valiente camello! Si has perdido una carta de amor, búscala tú mismo.

Él le echó una mirada de toro enfurecido.

—He perdido esa carta aquí, y tú la has encontrado, nena. ¡Venga la carta!

—¡Vete a la porra!

—¿Qué?

Vespa sonrió con fingida dulzura.

—Si no conoces esta expresión, quizá sepas dónde está la calle Mayor de Oesterby, viejo, y si no sales de aquí con rapidez, bajarás hasta allá rodando. ¿Entendido?

—Pero... Yo...

—¡Largo, mono pelirrojo!... O mi menda te enseñará donde Sansón perdió el flequillo... ¡Largo he dicho!

El tipejo murmuró algo y echó una última mirada al suelo antes de emprender la retirada. Sentía enorme respeto por las llaves de jiu-jitsu, y no deseaba enfrentarse con nuevas demostraciones de lucha japonesa.



Vespa le miró con desdén y luego se puso a arreglar otro neumático pinchado. Momentos más tarde había olvidado ya lo ocurrido. Sin embargo, no olvidó telefonear a Puck.

Puck no tardó en contestar. Aunque Vespa no quiso explicarle demasiado por teléfono, la inteligente muchacha comprendió que algo emocionante estaba en camino. En cuanto estuvo libre, Puck saltó sobre su bicicleta y marchó hacia Oesterby. Vespa la recibió en el pequeño jardín con un alegre saludo.

—¡Hola, Puck! Tengo algo muy curioso para enseñarte.

—¿De qué se trata? —preguntó Puck ansiosa.

—Mira esto.

Puck leyó la carta. Frunció las cejas, pensativa, y dijo:

—Sí, no hay duda... Y creo que lo mejor será poner este papel en manos de la policía.

—¿Por qué?

—Pues porque éste es trabajo para la Brigada Criminal.

Vespa hizo un gesto con la mano para impedir que siguiese hablando.

—No seas aguafiestas. Sería mucho más divertido si nosotras lográsemos resolver el caso. Debes de tener un tomillo flojo si no piensas lo mismo que yo.

Puck no pudo dejar de reír.

—Pero ¿a qué invernadero se referirán? —preguntó Vespa.

—Es algo difícil de saber... Sin embargo, estoy pensando que el hacendado Holm, de la «Granja del Este», tiene varios invernaderos y que desde uno de ellos se puede entrar en el edificio principal, no obstante aquel invernadero no es el número cuatro.

—El que escribió la carta puede haberse equivocado de número.

—Quizá...

Puck se quedó un momento pensativa. Lo más correcto sería entregar la carta a la Brigada Criminal; pero, por otro lado, todo era tan poco concreto que la policía seguramente se encogería de hombros para luego meter la carta en el cajón de casos sin resolver. La policía trabajaba en casos realmente serios, y no disponía de tiempo para ocuparse de una carta que no decía gran cosa.

¿Habrían planeado aquellos golfos robar al hacendado Holm? Desde luego, podía esperarse cualquier cosa de unos gamberros de su calaña. Sin embargo, la descripción del lugar no concordaba en absoluto con la «Granja del Este». Además el hacendado tenía por costumbre guardar su dinero en una caja de caudales y no en el cajón de su mesa de trabajo.

Entonces, ¿de qué invernadero hablaba la carta?

Era difícil contestar a la pregunta. Había muchos en los alrededores del lago Ege, y sería bastante difícil tenerlos todos bajo vigilancia.

—Está bien — dijo Puck—. Por el momento no avisaremos a la policía. Veamos si tenemos la suerte de averiguar algo. ¿Te atreves a intentarlo?

Vespa hizo un orgulloso gesto con la mano.

—¿Crees quizá que me asustan esos tipejos?

—Pues, no.

—Entonces de acuerdo, monada. Tú mandas.

—Tengo que pensar —dijo Puck, algo preocupada—. ¿Haces fiesta los fines de semana?

—Sí, desde el mediodía.

—Todo en orden, pues. Entonces puedes venirte con nosotras a pasar el fin de semana a la «Granja del Este» y podremos vigilar de cerca a esos gamberros. ¿Te parece bien?

—¡Estupendo!

Y la gran aventura comenzó.



El jardinero Phil tenía sus viveros lindantes con el pensionado de Egeborg. Era un hombre bueno y simpático, y gran amigo de Puck. Para él, las flores lo eran todo. Era famoso por sus cultivos, incluso en el extranjero, y se sentía feliz cuando alguien le visitaba para admirar sus flores. En cambio, el dinero no tenía apenas interés para él. Era de sobra conocido que Phil manejaba mucho dinero y en algunas ocasiones guardaba cantidades importantes en el cajón de su escritorio en vez de meterlo en el Banco.

Puck, Karen y Navio pasaban en sus bicicletas por delante de los invernaderos cuando se encontraron con Phil. Éste las saludó cordialmente y las invitó a entrar en los viveros. Quería enseñarles unos nuevos cultivos. En realidad las chicas apenas tenían tiempo, porque iban en camino a la «Granja del Este» para pasar el fin de semana allí, junto con Vespa. Sin embargo, no querían desairar al buen hombre y se detuvieron.

Poco después se encontraban dentro de uno de los grandes invernaderos, entre el aire húmedo y perfumado de las flores. Lleno de orgullo, el viejo jardinero mostró sus cultivos a las tres amigas y, aunque éstas no tenían muchos conocimientos sobre flores, expresaron su admiración. Sabían que con ello le hacían feliz.

Phil recorrió con la mirada sus queridas plantas y suspiró.

—Todo esto es muy hermoso; sin embargo, sólo estamos aquí en la tierra de paso..., y yo no tengo a nadie que pueda continuar mi trabajo.

Las muchachas sabían que el simpático señor Phil no tenía descendencia; pero, por decir algo, Puck preguntó:

—¿No tiene usted ningún familiar que se interese por la floricultura?

—Mi hermano y mi cuñada viven en los Estados Unidos y su hijo Sebastián, que está aquí, se interesa por todo menos por las flores. Además no es bueno...

—¿Sebastián? —preguntó Puck—. ¿Se llama su sobrino Sebastián?

—Sí. Es un nombre poco corriente... Mi hermano es aficionado a la música clásica y dio a su hijo el nombre de su compositor favorito, Juan Sebastián Bach.

—¿A qué se dedica?

—Murió hace más de dos siglos.

—Bueno —sonrió Puck—, no estaba pensando en el compositor sino en el sobrino de usted, señor Phil. ¿A qué se dedica?

—A nada útil, puedes estar segura. Hasta el momento sólo a hacer travesuras y gamberradas. ¿Por qué me lo preguntas?

Puck vaciló antes de contestar.

—Sólo por curiosidad, señor Phil. ¿Nos permite ver el invernadero número cuatro?

El jardinero parecía muy asombrado y repitió:

—¿El invernadero número cuatro? Claro, naturalmente. ¿Estás interesada en alguna planta en especial, Puck?

—Pues, si —contestó Puck seria—. ¿Podemos ir allá?

—Sí, sí.

Las amigas de Puck parecían tan sorprendidas como el jardinero; sin embargo, comprendieron que aquélla debía de tener alguna razón especial para obrar así. Todos, pues, fueron hasta el invernadero número cuatro.

Cuando Phil abrió la puerta, Puck estudió atentamente la cerradura, sin decir palabra. Miró en derredor y observó que el sendero central estaba cubierto de gravilla y la tierra era blanda a ambos lados. Luego fue hasta la puerta, al final del sendero, y se volvió hacia el señor Phil.

—¿Sabe usted si alguien forzó la cerradura de esta puerta? —preguntó.

—¿Cómo que si alguien forzó la puerta? —preguntó asombrado el jardinero—. No, desde luego no lo creo. Además no sé quién podría hacer semejante cosa ni por qué.

—Esa puerta lleva a su despacho, ¿verdad?

—Sí...

—Y usted suele guardar mucho dinero en el primer cajón de su mesa, ¿no?

—Sí, pero ¿cómo lo sabes tú?

—¿Quiere echar un vistazo al cajón, por favor, señor Phil?

—Sí, sí...

El anciano estaba confuso. Entró en su despacho y miró en el cajón, luego exclamó:

—¡Hum! ¡Qué extraño! Creo haber guardado unas diez mil coronas aquí, pero no hay ni un céntimo.

—Ya lo imaginaba —dijo Puck—. Es difícil defenderse contra los ladrones.

—¿Qué quieres decir?

Puck vaciló.

—Es que se me ocurrió una cosa... Pero... Creo que será mejor que usted avise a la Brigada Criminal de Sundkoebing.

—¡Sí!... ¡Bueno!... ¡Claro!... Pero no logro entender...

—Quizá la policía tampoco entienda gran cosa; sin embargo, quizá yo pueda ayudar un poco... Y ¿sabe usted por qué?

—No...

—Pues porque en Dinamarca el nombre de Sebastián es muy poco corriente.

—¿Y qué?

—No puedo decir más por el momento —interrumpió Puck rápida—. Lo mejor será que usted avise a la policía en seguida.

Luego hablaremos. Los ladrones se han llevado una fortuna de su cajón.

—Sí, es mucho dinero —admitió el señor Phil, sin gran pena—. Pero ¿cómo podías saberlo tú?

—Adiós, señor Phil —dijo Puck—. Nos vamos a la «Granja del Este».

El jardinero asintió distraído.

—Saluda al señor Holm de mi parte.

—Gracias; lo haremos... Adiós.

—Adiós, muchachas.

Era evidente que el jardinero no se preocupaba mucho por la pérdida del dinero. Cuando las chicas llegaron a la carretera, Navio dijo:

—Oye, Puck, no comprendo nada. ¿Cómo sabías tú que alguien le había robado dinero al señor Phil?

—Tampoco lo sabía con seguridad —sonrió Puck—; sin embargo, tenía una sospecha. Cuando hayáis leído esto, lo comprenderéis.

Puck sacó la carta que el gamberro pelirrojo había perdido en el taller, y las dos amigas estuvieron a punto de chocar con sus cabezas, ansiosas por enterarse del contenido de aquel papel. Karen fue la primera en sacar conclusiones.

—Tienes razón, Puck. Todo concuerda. Además Sebastián es un nombre muy poco usual en este país. Y es más que probable que sea el sobrino del señor Phil quien planeó este robo.

—Segura del todo, no lo estoy —confesó Puck—, pero casi, casi. Ahora, vámonos; Vespa nos está esperando en Oesterby.

Las tres amigas montaron en sus bicicletas y tomaron la dirección de Oesterby.

Puck y sus amigas eran siempre bien recibidas en la «Granja del Este». El hacendado Holm y el padre de Puck habían hecho el servicio militar juntos, además el señor Holm era el dueño de la mayor parte de las acciones en la empresa «Danaplan», donde el padre de Puck tenía un empleo de mucha importancia.

Así pues, las cuatro muchachas fueron recibidas una vez más con gran cordialidad.

La manera de hablar de Vespa divirtió mucho al matrimonio Holm. Los alumnos de Egeborg visitaban a menudo la «Granja del Este»; sin embargo, era la primera vez que el señor Holm y su esposa se enfrentaban con un lenguaje tan singular.

Puck contó al hacendado lo ocurrido en el despacho del señor Phil, y el señor Holm mostró gran interés por la carta encontrada en el taller de reparaciones, porque el contenido concordaba perfectamente con lo que acababa de ocurrir. Una hora más tarde, un agente de la Brigada Criminal vino a recogerla. Iban a ser examinadas las huellas dactilares, y además pensaban interrogar a los gamberros del Bosque Noerre.

—No creo que la policía logre mucho de esos tipos — opinó el hacendado—. Son duros de pelar, y no hablarán mientras las pruebas contra ellos no sean más convincentes.

—Pero si la policía encuentra huellas dactilares en la carta puede ser prueba suficiente de su culpabilidad — opinó Puck—. El nombre de Sebastián es poco corriente, y como el sobrino del señor Phil se llama así y, además, tiene fama de holgazán, sólo queda sumar dos y dos. Ha visitado a su tío varias veces durante sus vacaciones, y conoce las costumbres de éste. La policía no tardará en aclarar el caso.

—Esperemos que así sea.

El hacendado no parecía muy convencido. Tenía su propia opinión respecto a la insolencia de aquellos indeseables. Como siempre, Navio fue quien más disfrutó con las golosinas de la mesa.

—¡Así deberíamos vivir cada día! — dijo con la boca llena de pastel.

El agente Olsen volvió de nuevo a la «Granja del Este», después de haber interrogado a los gamberros en su campamento. Como se temía, aquellos tipos se habían mostrado insolentes a más no poder y, naturalmente, habían negado tener cualquier relación con el robo. No había ninguna prueba contra ellos, y aunque las huellas dactilares de Sebastián Phil fueran encontradas en la carta, tampoco sería una prueba contra los gamberros, ya que podían declarar que no era aquella carta la que habían perdido en el taller.

—Este caso no es tan fácil — gruñó el agente—. Necesitamos algo más para poder detenerles.

—Ya encontraremos algo — opinó Puck, optimista.

Vespa asintió con energía:

—Tarde o temprano, unos tontos como ellos meterán la pata. No se preocupe, oficial; Puck lo arregla todo.

El agente sonrió ampliamente.

—Conozco la fama de Bente Winther. Nos ha ayudado ya en varias ocasiones. Sin embargo, este caso será más dificultoso para ella. No es tan fácil enfrentarse con un grupo de delincuentes como éstos... Pero os doy las gracias. Sois unas muchachas muy inteligentes.

Y, acariciándose la barbilla, añadió:

—Bueno, debo apresurarme. El tendero de Oesterby me espera. Han robado en su tienda esta noche. Ha desaparecido su caja de caudales con tres mil coronas, y no me extrañaría nada que también eso sea obra de esos gamberros. Creedme, tenemos bastante trabajo en estos momentos. Os agradecería que me tengáis informado, si algo nuevo ocurre.

—Seguramente ocurrirá algo de campeonato — opinó Vespa—. Sería divertido darles una tunda de no te menees a esos cretinos.

Puck no participó en la risa general que causaron las palabras de Vespa. Se había quedado pensativa. Ella no tenía ninguna duda respecto a la culpabilidad de aquellos tipos del Bosque Noerre, aunque la policía opinara que no existía ninguna prueba

convinciente de que ellos hubiesen cometido los dos robos... Pero ¿cómo lograría ella encontrar la prueba definitiva? Los muy golfos habían negado rotundamente tener algo que ver con lo ocurrido, y seguramente seguirían negando si la policía no encontraba pruebas evidentes de su culpabilidad. Quizá fuera una buena idea echar un vistazo a su campamento. Podía verse desde la colina cercana. Seguramente no descubrirían nada, pero había que intentarlo.

Sus amigas estuvieron de acuerdo con ella, y Vespa declaró entusiasmada:

—A esos tipos les apretaré yo las clavijas. Necesitan que alguien se cuide de ellos.

—No empieces ya, Vespa —rió Puck—. Sabemos que esos tipos pueden ser peligrosos, y no debemos correr ningún riesgo.

—Es formidablemente palpitante —opinó Navio—. Si podemos contra Alboroto y Cavador, no hay por qué preocuparse; también podremos contra esos gamberros.

—Estoy de acuerdo contigo —declaró Karen.

Pero Puck empezaba a tener escrúpulos. Por lo belicosas que estaban Karen y Navio, era evidente que faltaba la sensatez de Inger. Era una lástima que ella hubiese ido a pasar el fin de semana con sus padres.

—Escuchad, chicas —dijo Puck decidida—. No quiero participar en nada si por las buenas vais a declarar la guerra contra los gamberros... Bueno, quiero decir si pensáis pelearos con ellos. Sería una tontería porque los pondría en guardia, y en ese caso no conseguiríamos encontrar ninguna prueba contra ellos.

—Tienes razón —opinó Karen, pero no parecía muy entusiasmada.

Tampoco lo estaban ni Vespa ni Navio. A la hora de ponerse el sol, las cuatro amigas se encontraban escondidas entre los matorrales de la colina. Desde allí podían ver el campamento, mientras ellas con un poco de cautela podían pasar inadvertidas. En el silencio del atardecer se podían escuchar los gritos de los muchachos. En aquel momento, estaban preparando una hoguera, lo cual preocupó a Puck. Estaba prohibido encender fuego en aquel

lugar, demasiado cercano al bosque, sobre todo después de una larga temporada sin lluvia. Pero en eso no piensa un grupo de tontos. Quizá lo más correcto hubiera sido avisar en seguida a la policía. Pero en ese caso los agentes expulsarían a los gamberros de su campamento, y ¿cómo encontrar entonces una prueba contra ellos?

Decididamente había que pensarlo un poco.

—¡Tengo unas ganas de darles una paliza!... —musitó Vespa.

—Más vale que te controles —replicó Puck—. Si no, las cuatro terminaríamos mal... Mira, ¿qué está haciendo ése?

Uno de los gamberros cruzaba la carretera llevando algo en sus manos. Podía ser una piedra grande, pero era imposible ver detalles desde tan lejos.

—Es ese delgaducho, el del taller —informó Vespa entre dientes—. ¿Qué estará tramando?

—No tengo ni idea...

Llenas de emoción, las cuatro amigas miraban fijamente hacia la orilla del lago. El sol estaba ya tan bajo que sus últimos rayos formaban como una columna de fuego sobre el agua. Eso les dificultaba seguir los movimientos del pelirrojo; sin embargo, vieron como tiraba su carga al agua.

—¡Ya! —dijo Puck—. La piedra, o lo que sea, debe de ser importante para que ése se tome tanta molestia para hacerla desaparecer.

—¿No vamos a ver de qué se trata? —preguntó Navio ansiosa.

Puck rió en voz baja.

—Cállate, boba. ¿Cómo quieres ir a averiguarlo estando ésos allí?

—Pero no me digas que no es formidablemente palpitante —se defendió Navio.

Durante más de un cuarto de hora las muchachas se quedaron a la espera de que algo ocurriese, algo que pudiera darles una idea; pero no pasó nada importante en el campamento. Estaba

oscureciendo y, poco después, los golfos encendieron la hoguera. La noche era tan silenciosa que podía seguirse la mayor parte de la conversación. De pronto, sonó una voz:

—¿Hasta cuándo vamos a quedarnos aquí, Sebastián?

—Si nos vamos ahora, esos polizontes sospecharán, y en tal caso nos perseguirán.

—¿No crees que sospecharán del robo mañana por la noche?

El llamado Sebastián, que sin duda era el sobrino del señor Phil, contestó con desdén:

—¿Y qué? Hasta ahora hemos tenido suerte y, según dice el proverbio, «No hay dos sin tres».

En aquel instante un gran coche se acercaba desde el sur y los gamberros se levantaron para insultar a sus ocupantes. Sin embargo, ocurrió algo insospechado. El coche se paró delante del campamento y dos hombres bajaron. El que iba delante dijo con voz autoritaria:

—Brigada Criminal.

Durante un par de segundos las cuatro muchachas se quedaron rígidas de emoción. ¿Qué ocurriría? La voz de Navio estaba ronca de emoción.

—¡Ya los tienen! ¡Es formidablemente palpitante!

—¡Cállate!

El silencio también se había hecho en el campamento. Con la hoguera como fondo, los gamberros se habían reunido en un grupo amenazador.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó uno de ellos en tono insolente.

El agente contestó con voz decidida:

—Primero se trata de que apaguéis este fuego.

—¡Ni hablar!

—Ya lo creo que sí. Si no está apagado dentro de cinco minutos, os detendré a todos. Y más os vale empezar enseguida.

—Hágalo usted mismo, polizonte.

Entonces sonó la voz de Sebastián:

—Haremos lo que dice el policía.

Sus compañeros murmuraron su disconformidad; sin embargo, Sebastián parecía ser el jefe, porque en seguida empezaron a tomar agua del lago con unos cubos y a echarla sobre el fuego.

La noche estaba ya tan avanzada que a las muchachas les era difícil distinguir los detalles de lo que ocurría en el campamento; no obstante, se podía oír cada palabra.

El autoritario agente dijo:

—Ésta fue la primera parte, y os va a costar una multa el haber hecho fuego en una zona prohibida. Ahora viene lo más importante. ¿Quién de vosotros es Sebastián Phil?

Hubo un silencio absoluto y el agente volvió a preguntar con voz severa:

—¿Bien? ¡Estoy esperando!

Como tampoco entonces hubo contestación añadió:

—Está bien. Voy a examinar vuestra documentación. Traiga la linterna, Olsen, y empecemos...

—No es necesario —sonó la voz arrogante de Sebastián Phil—. Yo me llamo así, aunque no veo qué le pueda importar eso a la policía.

—Ya lo entenderás —dijo el agente—. En nombre de la ley, quedas detenido, y te pido que vengas pacíficamente con nosotros a la comisaría de Sundkoebing.

El joven parecía muy sorprendido cuando respondió:

—¿Qué significa esto? ¿De qué se me acusa?

—Te lo diremos más tarde.

—Quiero saberlo ahora, en este mismo instante. ¿Trae usted orden del juez para detenerme?

—No —contestó impaciente el policía—. Tampoco hace falta en este caso. Tenemos sospechas fundadas sobre tu participación en un acto criminal.

—¿Y qué pasará si me niego a ir con ustedes?

—En tal caso, te llevaremos a la fuerza.

Los gamberros lanzaron gritos de burla y Sebastián Phil saltó sobre el agente. Sin embargo, el entusiasmo cesó de inmediato cuando el atacante fue recibido con un puñetazo en la mandíbula, que le hizo rodar por el suelo. Otro gamberro atacó y recibió el mismo tratamiento. Luego la pandilla pareció tranquilizarse. Respetaba la fuerza.



El agente de policía dijo con desdén:

—Sois muy listos. Así sólo tenemos que llevarnos a estos dos a pasar la noche en la cárcel de Sundkoebing. Subid al coche, de prisa. Y, si intentáis algo, os pondré las esposas.

Los dos gamberros se levantaron con dificultad. El policía era un buen boxeador y tenía una dura pegada. Antes de que el coche se pusiera en marcha, el agente dijo:

—Vosotros pronto tendréis noticias nuestras.

Las cuatro muchachas se habían quedado inmóviles por la emoción. Ahora parecía que el caso tomaba otro aspecto. Aunque la hierba ya estaba húmeda por el rocío, las muchachas no querían abandonar su escondite. Sería muy interesante oír lo que los restantes gamberros dirían al quedarse solos. Cuando eso ocurrió, hubo gran confusión en el campamento. Todos hablaban a la vez, pero de repente sonó una voz más alta que las demás, y Vespa reconoció que era la del pelirrojo.

—¡Callaos ya de una vez! Es inútil vocear de esta manera. Sebastián y el otro se arreglarán para no meternos a todos en el lío.

—¿No sería mejor largarnos de aquí? —preguntó uno de ellos.

—Ni hablar. Eso sería decir a la policía que somos culpables..., y ése no es el caso, ¿verdad, muchachos?

Una carcajada siguió a aquellas palabras. Luego continuó el pelirrojo:

—Ya lo tenemos todo planeado para el último golpe, y no vamos a huir con el rabo entre las piernas. No somos unos cobardes, ¿verdad?

—No..., no...

—Pues entonces cerrad el pico. Hace un tiempo espléndido, así que mañana la comarca se llenará de domingueros. Lo sé por experiencia. Mañana por la noche tendremos al menos tres mil coronas más en la caja. Será tan fácil como rascarse el cogote. Sebastián me lo ha explicado todo, y él conoce los detalles. No hay duda del éxito.

—¿Cuántos iremos?

—Sólo me llevaré a Per y Joergen. Son más que suficientes para tan poca cosa. Si fuésemos todos, quizá despertaríamos sospechas. ¿Tienes listas las herramientas, Georg?

—Sí.

—Bien. Entonces saldremos de aquí mañana por la noche, a la una y media. Esconderemos las motos detrás del muro del cementerio y, cuando atrapemos los cuartos, nos esconderemos en el cementerio. Después saldremos uno a uno para que nadie sospeche de nosotros.

—Pero debemos cruzar la carretera antes de llegar al cementerio —intervino una voz preocupada.

—Eso no tiene importancia. A esa hora todos roncan, y no habrá ni un alma para notar nuestra presencia. ¿Tomamos un trago?

—De acuerdo — sonaron varias voces.

El sonido de botellas se oyó desde el escondite de las muchachas.

—¡Vaya tipos! —exclamó Navio, indignada—. Ya tienen planeado otro robo. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a otro lado a pensar un poco — contestó Puck—. Creo que ya hemos oído lo suficiente.

Las muchachas se levantaron y se alejaron de aquel lugar con gran cautela. Dieron un rodeo por el bosque y no salieron a la carretera hasta llegar al lado opuesto de la colina. Allí los gamberros no podían verlas ni oír las, y ellas podrían hablar con tranquilidad.

—¡Cómo me gustaría tener a ese flaco pelirrojo en mis manos!
—dijo Vespa entre dientes—. Según parece, esa cabeza llena de serrín no tuvo suficiente en nuestro primer encuentro.

—¿Llamamos a la policía, Puck? —preguntó Karen.

Puck vaciló.

—Sin duda sería lo mejor. Sin embargo, han ocurrido tantas cosas durante la última hora que me es imposible pensar con claridad. Sebastián Phil admitió indirectamente los dos robos al hablar del tercero; dijo: «No hay dos sin tres».

—¡Ya! —dijo Karen llena de escepticismo—. Pero la policía lo encontrará algo confuso. Hubiera sido mejor que aquel tipo lo hubiese dicho claramente. Bueno, ése será problema de la policía.

—Y ¿qué pasará con el robo que tienen planeado para mañana por la noche? —preguntó Navio—. ¿No podíamos arreglar este pequeño asunto nosotras? Todo es tan formidablemente palpitante que me sabría muy mal dejarles toda la diversión a los policías.

—¡Bravo, Navio! —exclamó Vespa belicosa—. Somos cuatro para este caso sin importancia.

Puck rió alegre.

—Todo eso suena muy bien. Pero ¿dónde habéis pensado buscar a esos ladrones mañana por la noche?

—Tú lo averiguarás.

—No soy ningún mago, Navio.

Puck había decidido no decir nada por el momento al hacendado Holm y a su esposa. Incluso quería esperar hasta el día siguiente antes de avisar a la policía. Quizá uno de los gamberros confesase y en tal caso no sería difícil para la Brigada Criminal detener a los restantes miembros de la banda.

Decididamente, lo mejor sería olvidar todo el asunto por aquella

noche y pasarlo bien en casa del señor Holm.

Eran más de las once de la noche cuando las muchachas se acostaron. A Puck le fue difícil conciliar el sueño. Pensaba en lo ocurrido en el campamento. Era cierto que el sobrino del jardinero sólo indirectamente había hablado de los dos delitos, por ello no lo tendría en cuenta la policía, aunque las cuatro jurasen haber escuchado tales palabras.

«¡No hay dos sin tres!»

El primer robo había sido el del despacho del señor Phil; luego, el segundo, en la tienda del señor Ebbesen... Y el tercero, ¿dónde tendría lugar? Puck se sentía cansada y, cuando pasada la media noche por fin se quedó dormida, sus sueños fueron intranquilos. Soñaba con bandas de gamberros que gritaban, chillaban y tiraban pesadas piedras al agua, y luego luchaban contra la policía en el cementerio, a medianoche.

Cuando se despertó, los dorados rayos del sol brillaban en la habitación. Se restregó los ojos y se sintió aturdida. Le fue difícil levantarse, pero por fin logró salir de la cama. Poco después estaba arreglándose. El agua fría en su cara terminó por despejarla e intentó acordarse de sus sueños. De repente su cara se iluminó.



¡Una pesada piedra!

Debía de haber algo especial en aquella pesada piedra... o lo que fuera, que aquel tipo tiró al agua. Había que examinarla de cerca.

Quizás «aquello» carecía de importancia; podía tratarse de un bidón de gasolina vacío o algo por el estilo. De todas formas resultaría difícil hacer averiguaciones con todos los gamberros cerca. La única forma de hacerlo sería esperar a que ellos abandonasen el campamento; sin embargo, esto sería demasiada suerte. No obstante, valía la pena intentarlo.

—Buenos días —saludó Puck—. Creo que he dormido demasiado.

—No te preocupes —sonrió la esposa del hacendado—. Aquí cada uno se levanta cuando quiere.

Poco después, Puck tenía su desayuno delante, y Vespa decía con gesto aprobador:

—En este caserón una vive como anguila en el lodo. Todo debe de costar una fortuna. En mi casa, el desayuno consiste en una taza de café torrefacto y un pedazo de pan con margarina..., pero eso también me gusta mucho. En casa de mi tío comemos mantequilla. El viejo es muy espléndido. Vive como el más rico del país.

—¡No me digas! —sonrió la señora Holm.

—Sí, apuesto lo que quiera —asintió Vespa con energía—. Los domingos incluso comemos postre: tarta helada. Y entonces una piensa que la vida es una auténtica maravilla. ¿A usted le gusta la tarta helada, señora Holm?

—Pues, sí... Sí, me gusta.

La señora Holm se levantó y entró en el despacho de su marido. Iba a telefonar al pastelero Bose, de Oesterby, para encargar una deliciosa tarta helada, para aquella misma noche.

—¿Adonde han ido Karen y Navio? —preguntó Puck.

—A dar una vuelta en sus «bicis» —informó Vespa—. No quise acompañarlas; ya veo bastantes trastos de éstos durante el día.

—Había pensado invitarte a venir conmigo —sonrió Puck.

—¿Adónde quieres ir?

—Al campamento de los gamberros.

—¿Qué?... ¿No tuviste suficiente ayer?

—No. *Se* trata de algo muy especial. Te lo contaré por el camino.

—Estoy lista cuando quieras.

Poco después, las dos muchachas estaban en camino hacia el Bosque Noerre. Al acercarse al campamento les extrañó no oír gritos y chillidos. Durante un momento, Puck llegó a pensar que los golfos habían levantado el campamento y abandonado el lugar; pero, poco después, las chicas vieron las cuatro tiendas, aunque parecían abandonadas. Seguramente sus dueños habían salido en busca de jaleo.

—¡Estupendo! —dijo Vespa alegre—. Podemos buscar ese misterioso objeto en paz y tranquilidad. No lo tiró muy lejos. ¿Te acuerdas del lugar exacto?

—Sí, estoy segura.

—Estupendo.

Las muchachas dejaron sus bicicletas y se remangaron los pantalones para entrar en el lago, que en aquel lugar no era muy hondo. De repente escharon una voz:

—¡Hola, nenas! ¿Estáis pescando cangrejos?

Las dos muchachas se volvieron y Vespa se dio cuenta de que la voz pertenecía al muchacho que acompañaba en su taller al pelirrojo aquella tarde. El chico también la reconoció y gritó boquiabierto:

—Así que eres tú, ¿eh? ¿Qué haces aquí?

—¿A ti qué te importa, viejo camello? —contestó Vespa, rápida

—. ¿Es acaso tuyo este lago?

—No queremos chicas aquí.

Los gamberros empezaron a salir de las otras tiendas y Puck se dio cuenta de que la cosa se estaba poniendo fea. Aquellos tipos habían estado durmiendo hasta entonces, después de haberse pasado la noche bebiendo. En aquel momento formaban un grupo amenazador. Entre ellos estaba aquel tipo pelirrojo y su sonrisa era maliciosa.



—Más vale que nos vayamos — musitó Puck—. No me gusta nada esta situación.

—A mí no me dan miedo.

—No, ya lo sé. Pero se me ha ocurrido una idea. Vámonos, de prisa.

—Está bien, pero si esos granujas intentan algo, les haré otra demostración.

Puck no pudo menos que sonreír mientras se calzaba sus

sandalías. Vespa era una muchacha muy resuelta; sin embargo, ellos eran demasiados.

—¡Más de prisa! —gritó el largo y delgaducho—. ¡Si no os marcháis en un periquete os vamos a ayudar!

—¿Tú solito, nene? —contestó Vespa con desdén—. No sabes cómo me gustaría daros un escarmiento a ti y a ese pequeñajo amigo tuyo. Pero sois tan cobardes que no os atreveréis sin la ayuda de toda la banda, ¿verdad?

El aludido la miraba iracundo, porque ni él ni su compañero habían contado nada sobre la humillante derrota recibida en el taller de reparaciones de Erik Joergensen, de manos de una muchachita sola.

—¿Qué estáis buscando en el agua? —gruñó con mal disimulada furia—. ¿Estáis buscando algo en particular?

—¿Hay algo que buscar aquí? —preguntó Vespa con su cara más inocente—. ¿Habéis perdido algo de valor?

—¡Largo de aquí os digo!

—Ya nos vamos, monada, ya nos vamos. Me da náuseas ver tu fea cara durante más rato...

Y poniéndose una mano en la cadera añadió provocativa:

—¿No te apetece una pequeña pelea antes de perdernos de vista?

Los demás se habían quedado boquiabiertos. ¿Sería posible que aquella chiquilla retara al largo Georg y al pequeño? Les costaba trabajo creerlo, porque Georg era una especie de jefe para ellos... Y era difícil sentir respeto hacia un jefe que tenía miedo de una niña.

—¿Bien? —dijo con desdén Vespa—. ¿Te atreves o no?

Puck estaba nerviosa. Era evidente que una tormenta se acercaba.

—Vamos, Vespa —dijo en voz baja.

Georg comprendió que debía actuar si no quería perder el respeto de sus compañeros. Por eso se lanzó inesperadamente contra la muchacha, pero también inesperadamente se encontró en

el suelo.



Como siempre, Vespa había arreglado el asunto con una llave de jiu-jitsu y, excepto Georg, los demás estallaron en risotadas.

—¿Te has hecho daño, Georg? —preguntó uno.

—Casi has hecho un agujero en el suelo —rió otro.

—Tendrás que andar con muletas —chilló un tercero.

De todos lados llovían preguntas desdeñosas sobre el furioso Georg, que se levantaba con dificultad. Puck comprendió que el momento de la retirada había llegado y, poco después, las dos amigas pedaleaban con todas sus fuerzas por la carretera mientras los gamberros chillaban a sus espaldas. Sin embargo, ninguno de ellos intentó perseguirlas.

Al llegar al otro lado de la colina, Puck dijo, alegre:

—Tuvimos suerte. Si no hubieras impresionado a esos tipos, la cosa se hubiera puesto muy fea para nosotras... Escondamos las bicicletas aquí.

—¿Por qué?

—Vamos a subir a la colina. Vamos al escondite de ayer. Tengo una sospecha, quizás una idea fabulosa. Date prisa.



Vespa no comprendía nada, y Puck no tuvo tiempo de explicarse antes de llegar al escondite. Entonces dijo en voz baja, mientras observaba el campamento:

—Los gamberros no pueden sentirse muy contentos de nuestra visita al lago, y ¿sabes por qué?

—Tú dirás.

—Tenían un miedo espantoso de que fuéramos a encontrar lo que el larguirucho Georg tiró al agua.

—¿Tú crees?

—Segura, lo que se dice segura, no lo estoy... Pero tengo la sospecha de que ahora esos tipos van a actuar. Nos quedaremos aquí para ver lo que hacen.

En el campamento la discusión era general y, como la noche anterior las muchachas podían entender casi cada palabra. Georg era el blanco de las risas de los demás; sin embargo, con su arrogancia logró calmar los ánimos.

—Esa chica es muy diestra, y sería capaz de enfrentarse a cada uno de nosotros. Pero no podemos perder más tiempo por lo ocurrido. Tengo la sospecha de que esas mocosas estaban buscando algo en el agua. Para más seguridad, tendremos que cambiarlo de lugar. No podemos saber si regresarán a buscarlo, y eso sería fatal. Voy yo mismo a sacarlo de allí.

—¿No tienes miedo a mojar te los piecitos? —preguntó alguien desdeñosamente.

—Cierra el morro o te doy una paliza.

—¡Ja, ja! Como la que le diste a la chiquilla, ¿no?

Georg no contestó. Dio media vuelta y entró con los pantalones remangados en el agua. Desde su escondite en la colina, las muchachas siguieron sus movimientos con emoción. ¿Qué ocurriría? Durante un rato, Georg chapoteó en el agua buscando, mientras sus compañeros le contemplaban riendo. De vez en cuando alguna pregunta burlona sonaba sobre el tranquilo lago Ege.

—¡Qué emoción! —exclamó Vespa en voz baja—. ¿Crees que ese mico encontrará el tesoro perdido?

—Creo que sí —contestó Puck sin perder de vista el lago.

Parecía que Georg había encontrado algo. Se inclinó y un momento después sacó un objeto del agua. Puck creyó que aquello debía de ser un bidón de gasolina o de petróleo, sin embargo era imposible. Una cosa así no podía tener tanta importancia. ¿Qué podía ser aquella cosa? Georg se la puso bajo su brazo y, sin dignarse mirar a sus compañeros, empezó a subir por la colina.

—Justo lo que yo sospeché —musitó Puck en voz baja—. Ese tipo irá a esconder el bidón o lo que sea en algún lugar del bosque. Hay que averiguar dónde. Espérame aquí.

—No. Yo voy contigo.

—Ni hablar. Si vienes tú tendremos pelea, y no me gustaría en este momento.

—Te prometo mantener los puños quietecitos.

—Está bien, pero hazlo aquí. No tardaré en regresar. Mientras tanto, tú vigila por sí pasa algo interesante en el campamento.

—No me gusta que vayas sola.

—Admito que eres más fuerte, Vespa —sonrió Puck—, pero en este caso puedo asegurarte que no son necesarias las llaves de jiu-jitsu. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista! —suspiró Vespa y se puso a vigilar de nuevo el campamento.

Puck se levantó rápidamente y corrió por el bosque hacia el lugar donde había visto desaparecer al gamberro llamado Georg. Luego tuvo mucho cuidado de no pisar las ramitas secas esparcidas por el suelo. De pronto vio al muchacho.

Casi había alcanzado la cumbre de la colina y miró en derredor como buscando algo. Era evidente que quería encontrar un buen escondite. A Puck le hubiera gustado acercarse más para averiguar qué era aquello que Georg iba a esconder; pero no se atrevía a correr el riesgo. Además lo más importante era conocer el lugar del escondite. El gamberro dejó su carga en el suelo y sacó un pañuelo. Luego empezó a limpiar los lados del misterioso objeto con mucha energía. Este hecho alegró muchísimo a Puck, porque estaba casi segura de que el tipo aquel intentaba borrar sus huellas dactilares, y si perdía el tiempo en ello, significaba que aquel «objeto» tenía valor.

Cuando Georg dio por terminada la limpieza se inclinó y empezó a hacer un agujero en el suelo con sus manos.



Seguramente quería esconder bien aquello porque después de meterlo en el hoyo lo tapó primero con tierra y luego con hojas secas. Al final se levantó y miró en derredor, pero le era imposible ver a Puck. Ella estaba bien escondida detrás de unos matorrales.

En aquel instante ocurrió la catástrofe. Puck notó que iba a estornudar.

Siempre le había parecido que el estornudo era cosa agradable y divertida; sin embargo, en aquel instante sintió escalofríos, porque en el silencio del bosque se oiría desde muy lejos. Luchó durante largo rato en vano... Y al final ahogó su estornudo lo mejor posible, pero con tal energía que las lágrimas se asomaron a sus ojos.

Seguidamente pareció como si la naturaleza tomase su venganza diciendo: «No, hijita; no vas a salir con tanta facilidad de este embrollo», porque un segundo más tarde Puck tuvo que repetir su esfuerzo para ahogar otro estornudo, y otro..., y otro. Miró desolada hacia el pelirrojo Georg, porque comprendió que no lograría luchar por mucho más tiempo contra aquellos estornudos.

Por fortuna, el tipo empezó a bajar la colina. Puck logró ahogar un nuevo estornudo, pero luego no pudo más y entre los troncos de los árboles sonó un alto y sonoro:

—¡Atchísss!...

Puck pensó en el acto que todo estaba perdido. Sin embargo, o Georg estaba sordo o no le interesaban los sonidos del bosque, porque siguió su camino, y poco después había desaparecido de la vista. Puck suspiró hondo, y cuando emprendió el regreso hasta el lugar donde había dejado a Vespa no sintió ya ganas de estornudar. Cuando cinco minutos más tarde se reunió con su amiga, se tendió a su lado, suspirando en voz baja:

—Ha sido duro.

Puck le explicó lo ocurrido y preguntó al terminar:

—¿Hay alguna novedad allá abajo?

—Nada.

—Vámonos, entonces. No podemos hacer más por el momento. Luego sí que tendremos trabajo.

—Me alegro — dijo Vespa y se puso en pie—. Estoy ansiosa por darles una paliza a todos.

—No creo que tengas ocasión — sonrió Puck —; aunque nos esperan suficientes emociones. ¿Siempre te ha gustado actuar como «chica fuerte»?

Vespa se encogió de hombros.

—No; sólo cuando los gamberros me pisan los callos.

Puck se divertía. Su nueva amiga era única.

—¿A qué hora empiezas a trabajar mañana?

—A las siete.

—¿Y te levantarás a esa hora aunque salgamos esta noche?

La atrevida muchacha hizo una mueca.

—¿Crees que me importa quedarme sin dormir si algo emocionante ocurre? Sólo las personas sin imaginación se pasan la vida roncando.

—Pero yo pensaba en tus tíos ¿se pondrán nerviosos si no llegas?

—No, en absoluto. Esos viejos son casi tan estupendos como mis propios padres.

Las muchachas llegaron hasta donde habían escondido sus bicicletas, y un momento después estaban en camino hacia la «Granja del Este». Puck estaba segura de que el día no había sido inútil. Se le había ocurrido una idea.

Estaba segura de que aquel «bidón» escondido con tanto esmero era la caja de caudales del tendero Ebbesen.

* * *

Puck se encontraba ante un nuevo problema. Todo se estaba complicando tanto que dudaba qué decisión tomar.

Por los agentes de la Brigada Criminal, el hacendado Holm se había enterado de que las huellas dactilares de Sebastián Phil habían sido encontradas en la carta perdida en el taller de reparaciones; sin embargo, tanto Sebastián como el otro gamberro detenidos negaban rotundamente saber nada sobre ella. La policía sabía que los chicos mentían, pero desgraciadamente carecían de pruebas. Después del interrogatorio, uno de los golfos había sido

puesto en libertad, mientras Sebastián había sido encarcelado por quince días. A pesar de que aquel gamberro se lo merecía, Puck sintió su encarcelamiento; no por él, sino por el anciano jardinero, el señor Phil.

Y ahora ¿qué debía hacer ella?

Por un momento, Puck sintió deseos de confiarse plenamente al hacendado Holm, pero lo pensó mejor y no lo hizo. Esperaría algunas horas aún. Además la caja de caudales del tendero Ebbesen no era fácil que se moviera de donde estaba escondida.

Mientras sus tres amigas se iban a dar un paseo después del almuerzo, Puck bajó al jardín y, sentada en una hamaca, empezó a repasar el caso. Las horas pasaban de prisa y la medianoche se acercaba cargada de amenazas. ¿Dónde realizarían el próximo robo? Seguramente en algún lugar de la comarca. Sebastián Phil, esto por lo menos había dicho el largo y pelirrojo Georg, conocía la comarca como la palma de su mano. Además...

Puck cerró los ojos mientras su cerebro empezaba a trabajar con más rapidez. Intentó poner en claro todo cuanto había escuchado la noche anterior desde los matorrales de la colina. ¿Qué habían dicho aquellos tipos? Algo acerca de la gran afluencia de domingueros a la comarca, que llenaría sus bolsillos de dinero. Esto podía significar que los gamberros pensaban cometer el robo en una fonda u hotel, porque éstos se encontrarían repletos de forasteros. Y... Bueno, el hotel de Oesterby podía ser el lugar más probable.

La verdad era que el hotel también coincidía con lo que dijeron los golfos de cruzar la calle para esconderse en el cementerio. Decididamente, no había duda; se trataba del hotel de Oesterby. Puck se quedó escuchando. Pasaban muchos coches por la carretera. Era evidente que muchos excursionistas iban a Oesterby, lo cual significaba que la caja del hotel sería un buen botín. Aquellos gamberros sabían lo que hacían. Pero ¿cómo evitar el robo? ¿No sería más correcto informar a la Brigada Criminal de Sundkoebing de todo lo que Puck sabía?

En su interior, ella reconocía que ésta era la solución más lógica; pero, por otro lado, tanto a ella como a sus tres amigas les encantaba la emoción, y era justo que ellas participasen de la aventura después de haberse tomado tantas molestias, ¿Se atreverían a correr el riesgo ellas solas?

A pesar de que Vespa era una muchacha resuelta y dispuesta a dar una paliza a los gamberros, aquella noche tendría que enfrentarse con tres a la vez, y el riesgo sería demasiado grande. Además no podía estar del todo segura de que su sospecha respecto al hotel de Oesterby fuera correcta y quizá la policía se limitara a sonreír burlonamente al escucharla. Con esta excusa Puck intentó convencerse a sí misma de que lo mejor era mantener a la policía alejada y no decir nada hasta el día siguiente. Si la policía no iba a intervenir, se dijo luego, era necesario contar con la ayuda de los chicos mayores del pensionado para el trabajo de la noche. Y además ellos estarían encantados.

Puck consultó su reloj de pulsera. No era muy tarde, y sus tres amigas aún no habían regresado de su paseo. Pocos minutos después estaba en camino del pensionado de Egeborg. ¡Ojalá algunos de los muchachos se hubiesen quedado a pasar el fin de semana en el colegio! Sólo media docena de ellos serían suficientes para enfrentarse con los tres gamberros.

Puck tuvo suerte. Alboroto, el más fuerte de todos, estaba pasando el domingo con un pariente; pero Cavador estaba, y se mostró entusiasmado cuando le explicó lo que quería.

—Eres casi un auténtico ángel — declaró emocionado—. He pasado todo el día contemplando nuestros ratoncitos blancos y estoy muy aburrido. Vienes como enviada del Cielo.

—Estupendo —rió Puck—. ¿Podrías reunir media docena de bandidos como tú?

—¡Claro! Todos están aburridísimos. Están con las mandíbulas dislocadas de tanto bostezar... Sólo se trata de evitar que el director Frank nos vea salir. Si no, seguro que se enfadaría.

Puck asintió pensativa. Sabía que el director jamás daría su permiso si sospechaba algo, y que les esperaba una reprimenda si se enteraba. Sin embargo, la tentación era demasiado fuerte. Quizá nunca más volverían a tener una oportunidad como aquélla.

Cavador estaba ansioso cuando preguntó:

—Supongo que yo llevaré la voz cantante esta noche, ¿verdad?

—¡Hum! —sonrió Puck, burlona—. Había pensado dejarle el mando a Vespa.

—¡Oh, calla! —gritó Cavador—. No me harás creer que esa chiquilla puede luchar con tres delincuentes. No; yo soy el único que puede arreglar este asunto.

—Me alegra muchísimo que carezcas de complejos de inferioridad, querido Cavador —rió Puck—. Sin embargo, teniendo en cuenta que Alboroto no puede asistir, tú serás el jefe.

—Así me gusta —declaró Cavador aliviado—. Cuando Alboroto se entere se pondrá verde y azul de envidia.

—Espero que no tengas esos colores que dices después de la pelea con los gamberros —sonrió Puck.

—No te preocupes —dijo con orgullo Cavador—. Estos tipos necesitarán mucha suerte para hacerme una moradura, si es eso a lo que te refieres. Estoy en forma.

Diez minutos más tarde todo había sido planeado, y Puck regresó en su bicicleta a la «Granja del Este», donde fue recibida con curiosidad por sus tres amigas. Cuando Puck les contó su conversación con Cavador, Navio opinó que todo era formidablemente palpitante. La tarde transcurrió alegre, pero a las muchachas les era difícil ocultar su emoción. Se trataba de evitar que el hacendado sospechase nada porque, en caso de enterarse, era seguro que negaría su permiso.

Las chicas se reunieron para ultimar los detalles de su plan. Pensaron colocar a los chicos en el jardín del hotel y alrededor del edificio; pero como había por lo menos seis entradas, era difícil saber cuál elegirían los ladrones. Lo mejor, pues, sería que los chicos esperasen a los criminales en el mismo cementerio. Allí podrían preparar un ataque por sorpresa junto a la verja.

—Suenan horripilante... Quiero decir que me asusta un poco

tener que estar en el cementerio a medianoche — dijo Navio sintiendo que un escalofrío subía por su espina dorsal—. Pero todo es tan formidablemente palpitante... Nosotras también tomaremos parte, ¿verdad?

—Pero necesitamos de Vespa — sonrió Puck—, porque si los chicos flaquean, ella sabrá arreglárselas contra un batallón de gamberros.

—No exageres —dijo la aludida con modestia—. Pero si vienen de dos en dos me atrevo contra todos ellos.

Alrededor de medianoche, en la «Granja del Este» fueron apagadas las luces y se cerraron las puertas. Las muchachas se reunieron en la habitación de Puck esperando la hora de la salida. Ninguna de ellas tenía sueño, además había la ventaja de no tener que regresar al pensionado hasta las once el día siguiente. ¿Qué podía significar, pues, perder un par de horas de sueño?

Puck fue hasta la ventana y miró afuera. No vio ninguna luz. Los empleados de la granja se habían retirado a sus habitaciones para recuperar fuerzas antes de un nuevo día de trabajo.

—Podremos irnos pronto —opinó Puck en voz baja—. No hay nadie fuera que nos impida salir, y dentro de un cuarto de hora los chicos se reunirán en el cementerio.

—Vámonos —propuso Navio—. ¿A qué esperamos?

Puck le dio un golpecito en el hombro.

—No te precipites. Ahora se trata de salir con la cautela de un gato, si no queremos que nos descubran. Vámonos, chicas.

Abrió la puerta con cuidado y, seguida de sus tres amigas, se deslizó por el largo pasillo iluminado por los rayos de la luna.

—Es formidablemente dramático —musitó Navio—. Es igual que una novela de fantasmas...

—Cierra el pico hasta que estemos fuera —ordenó Puck en tono bajo—. No vayas a estropearlo todo en el último momento. Tenemos que caminar junto a la pared; por allí las tablas no crujen.

Sus compañeras la obedecieron y, poco después, llegaron a la

puerta principal y salieron al patío. Las cuatro amigas tenían sus bicicletas al otro lado del portal y, un par de minutos después, se dirigían al cementerio de Oesterby. La carretera estaba iluminada por la luna, y Puck comprendió que ella y sus amigas corrían un gran riesgo si los gamberros, en el último instante, habían cambiado sus planes respecto a la hora. No sería agradable cruzarse con ellos en la carretera.

Por suerte no ocurrió nada y, cuando las muchachas llegaron a Oesterby, escondieron sus bicicletas tras un muro. Luego se deslizaron hasta el cementerio y abrieron la verja, que crujió indiscretamente. Apenas hubieron entrado, escucharon una voz que musitaba:

—¡Hola, chicas! ¿Sois vosotras?

—Sí.

—Bien —dijo Cavadador—. Somos ocho guerreros listos para el ataque.

—Prometemos darles una soberana paliza a esos tipos —sonó otra voz.

Desde las sombras de los arbustos y de las lápidas salieron los chicos y, poco después, todos estaban reunidos. Sus caras estaban pálidas a la luz de la luna, y todos se encontraban muy emocionados por el extraño ambiente que reinaba en el cementerio. A su alrededor, las lápidas brillaban, y sobre los arbustos se veía como un brillo azulado. La ligera brisa que movía las hojas de los abedules las hacía rumorear y acababa de dar un aire de misterio a todo lo que les rodeaba.

—Espero que no sea una falsa alarma — elijo Cavadador.

—Yo también —contestó Puck—. Sería una lástima después de haber organizado todo esto.



—No os preocupéis. Esos tipos caerán de cabeza en la trampa — opinó Vespa.

—Esperemos lo mejor —asintió Puck—. Cuando oigamos el ruido de sus motos, tendremos que escondernos con rapidez. Esos tres bandidos andarán con cautela, no lo dudéis, y si sospechan algo nos quedaremos con un palmo de narices...

Dio un golpecito amistoso en el hombro de Cavador y añadió:

—De ahora en adelante, tú tomas el mando. Calculo que pasarán unos veinte minutos entre que los gamberros dejen sus motos y regresen. Entonces darás la orden de ataque, cuando lo creas oportuno.

—De acuerdo —se limitó a decir Cavador.

Estaba tan emocionado que no parecía haberse dado cuenta de que quien daba las órdenes era Puck.

—¡Huy! —exclamó Navio asustada—. ¿No es eso un fantasma?

—¿Dónde?

—Allá abajo, en el sendero... ¡Fijaos!

Sus compañeros miraron en la dirección indicada, pero no vieron nada extraño. Desde el pantano, los bancos de niebla subían ondeando y formaban figuras extrañas. Seguramente era aquello lo que había engañado la imaginación de Navio. Se asustaba con facilidad.

—No digas tonterías — dijo Puck irritada—. Los fantasmas no existen y, aunque así fuera, los encontrarías igual en el comedor del pensionado de Egeborg que en el cementerio de Oesterby.

—Pero ¡si lo vi con mis propios ojos!

—Calla, boba. ¡Parece mentira!...

Dos de los muchachos miraron en derredor con cierta aprensión, aunque no querían admitir que estaban tan emocionados como Navio, pero no lograron ver ningún fantasma. Sin embargo, era algo estremecedor esperar a unos gamberros en un viejo cementerio. Hubo un silencio sólo interrumpido por el ruido del viento en las hojas de los abedules. Cavador lo rompió para comentar:

—Oye, Puck... ¿No crees que el cura se enfadará si utilizamos su cementerio como campo de batalla?

—Calla, borrico — rió Puck—, el cura también obedece las leyes, y no le parecerá mal. Tampoco creo que la lucha sea tan violenta que derribemos las lápidas o estropeemos las plantas.

—No, claro... Pero...

—Estáte callado. Pronto escucharemos los ruidos de las motos; eso si no han cambiado de opinión.

De pronto se calló y agudizó el oído. Luego ordenó rápida:

—¡Ya vienen!... ¡A esconderse todos!



CAPÍTULO IV

Todos se quedaron escuchando conteniendo el aliento. Puck estaba en lo cierto. Se oía claramente como se acercaban unas motos. En pocos segundos el cementerio parecía desierto. Todos se escondido tras las lápidas, los arbustos y los árboles. Un silencio total reinaba en el jardín de la muerte. Poco a poco, el ruido de los

motores disminuía, y luego se extinguió.

Era evidente que los gamberros estaban estacionando sus monturas al lado del muro del cementerio. Unas leves raspaduras y unos murmullos lo demostraba.

—Ya los tenemos aquí —musitó Vespa, que, junto con las otras tres, estaba escondida tras un grupo de abedules—. Estoy ansiosa por darles una cariñosa bienvenida a esos granujas.

—Deja que los chicos se ocupen de ellos —propuso Puck en voz baja—. Nosotras nos quedaremos aquí como espectadoras, sin intervenir en el asunto. Es muy posible que la lucha se complique, y no todos somos maestros del jiu-jitsu.

—Entonces ya los pondré en cintura yo solita —dijo Vespa—. A la luz de la luna será coser y cantar.

—También lo será para Cavador y los otros. Tranquilízate y guarda tus fuerzas para otra ocasión.

—Bueno, de acuerdo.

De nuevo hubo silencio. Los gamberros habían cruzado la calle. Pronto estarían ocupados cometiendo el robo planeado. Cavador les había visto desaparecer en las sombras del hotel, y empezó a dar órdenes:

—Nos dividimos en dos grupos y nos colocaremos a ambos lados de la verja. Yo me quedaré aquí de guardia. Cuando me veáis levantar la mano os esconderéis hasta que los tres tipos hayan entrado en el cementerio. Cuando grite «ahora» os lanzáis sobre ellos.

—¿Cómo podemos estar seguros de que entrarán en el cementerio? —preguntó de pronto uno de los muchachos—. ¿No será más probable que vayan directamente a montar en sus motocicletas?

Cavador movió la cabeza.

—No lo creo. Esos tipos han tomado sus precauciones. Al terminar su trabajito querrán estar seguros de que todo está en calma antes de salir uno tras otro. Aquí, en el cementerio, pensarán estar seguros.

Se rascó el cogote y añadió:

—Sin embargo, más vale estar preparados por si se asustan y van directamente a por las motos. Les vigilaré yo mismo. En caso necesario tenemos tiempo de sobra para alcanzarles antes de que monten. ¿De acuerdo, muchachos?

—Sí, de acuerdo.

—Bien, ahora sólo nos falta armarnos de paciencia y acumular fuerzas para la lucha. Y nada de pegar con la mano hueca; esos tipos necesitan una soberana paliza.

—Así se habla —exclamaron los chicos.

No había duda de que les esperaba una desagradable sorpresa a los gamberros.

—A vuestros puestos —ordenó Cavadador—. Podéis hablar en voz muy baja; pero tened cuidado; en el silencio de la noche las voces se oyen con mucha claridad.

Los dos grupos de chicos se escondieron en silencio. Cavadador se quedó vigilando al lado de la verja. Las chicas se encontraban algo distanciadas de aquel lugar que sin duda sería el centro de los acontecimientos. Ni Vespa ni Navio parecían satisfechas con aquel arreglo. Como si lo presintiera, Puck dijo:

—Seamos razonables. No tenemos por qué tomar parte en la lucha, si los chicos pueden arreglarlo solos.

—Pero ¿no hay nada que podamos hacer nosotras? —preguntó Navio.

—Pues... No sé...

—Me volveré loca si tengo que permanecer aquí sin hacer nada —dijo Vespa—. Voy a dar una vuelta para examinar las lápidas. Vuelvo en seguida.

—¿Qué mosca le habrá picado? —preguntó Karen, cuando Vespa hubo desaparecido entre las tumbas—. Está chiflada.

Puck movió la cabeza.

—Es una chica sorprendente, pero no chiflada. Si desaparece así sin más, es porque tendrá algún motivo.

—Dijo que quería examinar las tumbas —aclaró Navio.

—Tonterías —rió Puck—. Cuando regrese nos dará una explicación.

—¡Ya!

—Seguro; ya verás.

Las muchachas se quedaron aguardando y, como siempre ocurre, la espera les pareció interminable. No se oía ningún ruido en el escondite de los muchachos. Desde el campanario de la iglesia llegaba el ronco grito de un búho.

Navio miró en derredor y se estremeció.

—Desde luego no falta nada para que eslo sea horripilante. Sólo echo de menos al fantasma.

—Deja ya de hablar de fantasmas —dijo Puck, y había un tono de impaciencia en su voz—. Ya te dije antes que los fantasmas no existen.

—Y ¿cómo puedes estar tan segura?

La pregunta de Navio era lógica y Puck no supo qué contestar.

—Ojalá no tardase tanto esa chica —suspiró Karen—. Esta situación no es para morirse de risa precisamente.

—Si tienes suficiente paciencia puedes llegar a ser rey de Suecia —rió Puck—. Mirad, allí viene Vespa.

Y era verdad. Vespa llegaba con rapidez por entre las tumbas.

—¿Dónde has estado?—preguntó Puck.

La sonrisa de la muchacha estaba llena de misterio.

—Ya os lo dije antes. He dado una vuelta para examinar las tumbas. La verdad es que me hubiera vuelto loca de haber tenido que esperar aquí quieta. ¿No ha ocurrido nada aún?

—Nada, pero ya no pueden tardar...

Navio lanzó un grito.

—¡Ay, no!... ¡Mirad!... ¡Mirad!...

—¿Qué pasa? —exclamaron sus amigos al unísono.

—¡El fantasma!... ¡Mirad el fantasma!

Sus amigas miraron aterrorizadas a una figura blanca que se deslizaba por el sendero de gravilla.

—¡Socorro! ¡Socorro! —chilló histérica Navio.

De repente la figura blanca desapareció entre las lápidas. En aquel momento. Cavador llegó hasta donde estaban las chicas y preguntó, furioso:

— ¿Qué os ocurre? Vais a estropearlo todo con esos gritos.

— ¡Vimos a un fantasma! —gimió Navio—. ¡Un fantasma vivito y coleando!

— ¡Bobadas! —gruñó Cavador—. Eres más burra, Navio... Incluso a la luz del día verías fantasmas.

— ¿Verdad que vimos un fantasma? — preguntó Navio a sus amigas con voz que temblaba de terror.

— Si, es verdad — musitó Karen.

Puck y Vespa no dijeron nada. Sin embargo, no se sentían tranquilas. Cavador movió la cabeza con impaciencia.

— Estáis locas como cabras. Vais a estropearlo todo como no os calléis..., aunque el fantasma aparezca de nuevo. Bueno, yo vuelvo a mi puesto de vigilancia.

Y se alejó silenciosamente por entre las tumbas...

Durante un largo rato, el silencio reinó entre las muchachas. Cada una de ellas sólo pensaba en aquella extraña aparición. Si cuatro muchachas ven la misma cosa al mismo tiempo ya no se podía hablar de imaginaciones. Incluso Puck empezó a pensar en serio sobre una cosa que hasta aquel instante sólo había encontrado divertida: ¡Fantasmas! No, naturalmente, los fantasmas no existían... No obstante, había algo estremecedor en aquella aparición, y ¿cómo explicarla?

Navio la agarró del brazo nerviosa.

— Oye, Puck; no me gusta quedarme aquí. Esto es horrible. Quizá dentro de poco esto se llene de fantasmas. ¿Me dejas volver a la «Granja del Este»?

Puck asintió distraída:

— Nadie te obliga a quedarte, si tienes miedo; pero si te vas ahora corres el riesgo de encontrarte con los gamberros y estropearás todo el plan.

—Yo no quiero estropear nada —musitó Navio llena de terror—. Pero ¿no crees que los fantasmas serán igualmente peligrosos?

—No creas — dijo Puck, pero su voz no sonó muy convincente—. Tiene que haber alguna explicación natural para ese «fantasma» que vimos.

De repente se interrumpió y dio un codazo a Vespa.

—Oye. Supongo que no fuiste tú la responsable de la aparición, ¿eh?

Vespa estaba indignada.

—¡Cállate! ¿Crees que estoy chiflada? Yo me asusté tanto como Navio. Fue algo horrible, que no voy a olvidar mientras viva.

Instintivamente las muchachas dejaron vagar la vista por el sendero del cementerio, donde la gravilla, a la luz de la luna, brillaba blanca y azulada, pero no vieron nada misterioso. Era como si la tierra se hubiera tragado al fantasma. Cuando Cavadador regresó a la verja estaba fastidiado. Las chicas podían haberlo estropeado todo con sus tonterías sobre fantasmas. No se podía llevar chiquillas a una empresa tan importante. Bueno, quizá Puck y Vespa... Y Karen... Sin embargo, Navio tenía demasiada imaginación y debía haberse quedado en casa.

Cavadador fue interrumpido en sus pensamientos por un ligero golpe en el hombro y una voz que musitaba:

—¿Has oído, Cavadador?

—¿Qué?

Su compañero continuó:

—Estoy seguro de que los tres gamberros están allí fuera con sus motos. No oyes el ruido que hacen. ¿Crees que piensan largarse?

Cavadador escuchó con atención y tuvo que dar la razón a su amigo. Incluso se oían voces. Si se trataban de los gamberros, debían de estar excitados por algo, porque sus voces sonaban rabiosas.

—No lo comprendo —murmuró Cavadador—. No les vi cruzar la carretera.

—Quizá han salido por la puerta trasera. En tal caso, es imposible verlos desde aquí. ¿Qué vamos a hacer?

Cavador vaciló un momento y contestó.

—Quizá no sean ellos, sino alguien que quiere robar las motos; pero no podemos correr ningún riesgo, si no queremos que se nos escapen los gamberros. Di a los demás que me sigan, pero sin hacer ruido.

—Bien.

Pocos segundos después, los muchachos, con Cavador a la cabeza, cruzaban la verja. Apenas habían salido vieron tres figuras iluminadas por la luz de la luna, manipulando las motocicletas, que no lograban poner en marcha.

—¡Ahora, chicos! —chilló Cavador a sus compañeros—. ¡A por ellos!

Los tres gamberros se asustaron tanto por la inesperada aparición de los muchachos que se quedaron un momento inmóviles. Luego soltaron las motos e intentaron salir corriendo; pero los atacantes estaban ya demasiado cerca.

La lucha comenzó.

Los delincuentes peleaban con desesperación; sin embargo, los resueltos alumnos del pensionado de Egeborg tampoco eran mancos y repartían duros golpes. Las muchachas, atraídas por el ruido, acudieron rápidamente; pero apenas llegaron al lugar de la lucha Navio lanzó un grito de terror:

—¡Ay mi madre! ¡Mirad! ¡Allí viene el fantasma!

Cuando Navio gritó, las otras perdieron todo interés por la batalla y miraron al camposanto, donde una figura blanca se acercaba corriendo. En el mismo instante, Puck comprendió la situación y gritó:

—No te asustes, Navio. Es una persona de carne y hueso; no un fantasma.

Segundos después, el hombre, que llevaba un impermeable blanco, llegó hasta ellos y dijo con voz autoritaria:

—Soy agente de la Brigada Criminal. ¿Qué pasa aquí?

—Una batalla —contestó Puck que no pudo menos que divertirse con aquella situación—. Se trata de tres granujas que están recibiendo una merecida paliza..., y eso no parece gustarles.

—Ya lo veo —dijo secamente el agente, mientras contemplaba la lucha que estaba por terminar—. Ni siquiera puedo ya intervenir.

El policía tenía razón. Los tres tipos estaban tan rendidos que renunciaron a seguir luchando y se limitaban a pedir clemencia, pero los chicos aún les propinaron un par de golpes más.



—Vaya —exclamó Vespa—. No comprendo por qué esta pelea tenía que ser exclusivamente de los chicos. Me siento defraudada.

Los tres gamberros estaban tendidos en la carretera cuando los chicos del pensionado se levantaron. Cavadore ordenó con dureza a los vencidos:

—Quedaos donde estáis; si no, vamos a empezar de nuevo.

Se volvió hacia el hombre vestido de impermeable blanco y preguntó:

—¿Dijo usted que pertenecía a la Brigada Criminal?

—Sí. Me llamo Hennansen. Soy de la Brigada de Sundkoebing.

—Hemos capturado tres buenas piezas para usted, señor agente. Estos jovencitos acaban de cometer un robo en el hotel, y aún deben de llevar el botín encima.

—Es fácil de comprobar — dijo el policía.

Se inclinó sobre los tres gamberros para registrar sus bolsillos y, un momento después, llevaban un fajo de billetes de Banco en la mano.

—Es una prueba muy convincente — dijo.

El tipo que guardaba el botín de la noche en su bolsillo ni siquiera se había atrevido a oponer resistencia. Al igual que sus dos compañeros, en realidad era un cobarde, que sólo jugaba a hombre fuerte cuando se encontraba con otra persona más débil que él. En aquel momento los tres presentaban un triste espectáculo. Su «jefe», Georg, era quien más abatido se veía. Se revolcaba en el polvo de la carretera lloriqueando.

Hermansen tomó el mando y dijo:

—Vamos a llevar a estos granujas al hotel... Tenemos que despertar al director..., y luego hay mucho de que hablar.

—¡A la orden! — dijo Cavadór.

Sin oponer resistencia, los tres gamberros se dejaron conducir al edificio, donde el agente hizo despertar al director, que acudió soñoliento y confuso. Escuchó sorprendido la explicación del agente y pronto pudo comprobar que, en efecto, había sido víctima de un robo. Cuando Hermansen le devolvió el grueso fajo de billetes de Banco, su cara se iluminó con una amplia sonrisa, luego hizo despertar a un par de camareros. También ellos estaban soñolientos tras un largo día de trabajo, pero se despejaron pronto al enterarse de lo ocurrido. Luego se apresuraron a poner una mesa bien

provista de viandas. Los participantes en la aventura nocturna bien se merecían un refresco; sin embargo, a nadie se le ocurrió invitar a los ladrones. Estaban de pie en un rincón del comedor con caras sombrías. Si hubieran tenido la más pequeña oportunidad de escapar, la hubieran aprovechado, pero Cavadore y los otros muchachos los vigilaban continuamente. Para los tres ladrones la batalla estaba perdida sin remedio.

Cuando el agente Hermansen regresó al comedor después de una llamada telefónica, se sentó a la mesa y bebió un vaso de cerveza de un trago. Luego dijo:

—Ya están en camino los refuerzos de Sundkoebing, pues aún no hemos terminado nuestro trabajo por esta noche. Y continuó sonriendo.

—Supongo que todos estáis sorprendidos por mi presencia.

—Sí, señor.

Y Navio preguntó confusa:

—¿Fue usted quien jugaba a fantasmas?

—No te entiendo.

—¿No estaba usted en el cementerio?

—Sí.

—Menos mal. Me ha quitado usted un peso de encima. Empezaba a creer en la existencia de fantasmas. A la luz de la luna, su impermeable parecía una sábana, y usted parecía un auténtico fantasma. Qué miedo he pasado.

—Ya me lo imagino —rió Hermansen—. Cuando lleguen mis colegas os voy a interrogar; pero mientras tanto os voy a contar mis aventuras. Como quizá ya sabéis, detuvimos a dos de estos tipos del campamento del Bosque Noerre.

—Sí —sonrió Puck—. Estábamos presentes.

—¿Qué dices? —preguntó asombrado el agente de la ley.

Luego continuó alegre

— Sé que habéis estado complicados en este caso y tenemos mucho de que hablar... Pero ahora escuchad: la policía acusaba a esos tipos de haber tomado parte en el robo cometido en el despacho del jardinero Phil, y en la tienda del señor Ebbesen, de Oesterby. Los tipos lo negaban; sin embargo, descubrimos las

huellas dactilares de Sebastián Phil en la carta que fue encontrada en el taller de reparaciones de Erik Joergensen.

El agente carraspeó y continuó:

—Además, los detenidos llevaban varios miles de coronas encima y no supieron explicar la procedencia de aquel dinero. Uno de ellos se ablandó y, para salvarse a sí mismo, cantó. Naturalmente, negó haber tomado parte en ninguno de los dos robos, pero nos contó que habían planeado otro asalto esta misma noche en el hotel.

Hermansen se sirvió más cerveza y añadió:

—Me vine yo solo, aunque acordé con mis colegas que acudirían más tarde. Pero para volver a mi historia: me dijo aquel tipo que los tres ladrones, después del robo, iban a reunirse en el cementerio, y entré para conocer mejor el terreno. De repente escuché chillidos de chicas y decidí esconderme tras una lápida, luego salí del cementerio. Esperaba los refuerzos de Sundkoebing cuando comenzasteis la lucha. La verdad es que no comprendí nada...

Y se volvió hacia Navio.

—¿Fuiste tú quien gritó?

Navio asintió con cara de culpable.

—Creí que era usted un fantasma.

—Pero ahora estás segura de que no lo soy, supongo.

—Sí, claro.

Hermansen rió y continuó:

—Nada salió según mi plan. Estos tres tipos no entraron en el cementerio como esperaba. Después del robo se fueron directamente hacia sus motos, pero parecía que no podían ponerlas en marcha. Me sorprende que tres motos se puedan estropear al mismo tiempo...

—A mí no — dijo Vespa sonriendo.

—¿Cómo?

La sonrisa de la resuelta muchacha se ensanchó.

—Quizás usted no lo sepa, pero yo soy aprendiz de mecánico, y me permití dar un pequeño toque a esos trastos para que no pudiesen arrancar. La espera me aburría y de pronto pensé que esos micos quizás irían directamente a buscar sus motos, y no me hubiera gustado quedarme con un palmo de narices... Eso es todo.

—¡Bandida! —rió Puck—. ¿Así que a esto llamas tú examinar tumbas?

—Has dado en el blanco, nena.

Todos se reían menos los delincuentes, y Hermansen dijo:

—Veo que todos vosotros teníais conocimientos que en realidad debíais haber comunicado a la policía, pero no voy a regañaros. Todo lo contrario; habéis hecho un buen trabajo. El tercer delito, el de esta noche, ha sido aclarado, y el robo del despacho del jardinero Phil también puede darse por aclarado; pero, por desgracia, nos faltan pruebas del robo en la tienda del señor Ebbesen.

—Yo tengo una prueba —sonrió Puck.

—¿Tú tienes una prueba? —repitió el agente extrañado.

—Pues, sí. Porque supongo que será prueba suficiente si le indico dónde se encuentra la caja de caudales vacía del señor Ebbesen, y quién la escondió, ¿verdad?

—Naturalmente.

Puck señaló a los tres gamberros.

—El más alto de ellos escondió la caja en el Bosque Noerre, y sé el lugar...

—¡Entremetida!... —empezó Georg.

—¡Cállate! —ordenó Hermansen—. Ya tendrás ocasión de hablar cuando te interroguemos.

—Está bien, polizante.

El delgaducho gamberro había recobrado su acostumbrada insolencia porque sabía que la paliza había terminado; sin embargo, nadie le prestó atención si no para vigilar que no se escapara. Sus dos compañeros estaban derrumbados.

Poco después llegaron los policías de Sundkoebing en dos

coches. En el primero iban cinco agentes y en el segundo, la camioneta celular, iban dos. Eran casi todos los policías que



podían ser movilizados en la pequeña ciudad de Sundkoebing.

Cuando llegaban tantos era porque el comisario quería detener a todos los gamberros del campamento. Serían acusados todos los de la pandilla. El jefe de policía que dirigía la expedición fue informado por el agente Hermansen de lo ocurrido. Luego Puck tuvo que contar todo lo que sabía. También su explicación fue breve y concisa, y el jefe de policía asintió complacido.

—Habéis hecho un buen trabajo, chicos. Naturalmente debía regañaros por no haberme informado ayer, pero no voy a hacerlo. Os estamos muy agradecidos, y no me extrañaría que algún día te convirtieses en detective, Bente. Tienes madera.

—Prefiero ser médico —dijo Puck incómoda—. Pero hay otra cosa. Si mi amiga Vespa no hubiera tomado parte en este asunto, no hubiésemos conseguido nada. Es superior a mí en todo, y es a ella a quien la policía debe agradecerse.

El jefe sonrió.

—Eres muy modesta, Bente, y me limitaré a daros las gracias a todos. Estos gamberros pertenecen a una de las pandillas de peor fama de Copenhague, y ahora vamos a detenerlos a todos.

Y continuó:

—Es tristísimo que el número de delincuentes juveniles crezca cada día, no obstante es un fenómeno general en todo el mundo. Seguramente se debe a las motos, porque cuando un joven llega a

tener una moto se siente el amo del mundo, y como la fuerza del motor no le parece suficiente añade la fuerza de sus brazos y sus gritos...

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a los tres gamberros.

—¿Son ellos? — preguntó.

—Sí — contestó Hermansen.

—Bien. Al coche con ellos; luego iremos al campamento. Si esperamos a que se haga de día, toda la pandilla habrá desaparecido. Hay que trabajar el hierro mientras está caliente.

—Y nosotros ¿qué? ¿No vamos a ir? —preguntó Cavadador con cara larga.

El jefe de policía se acarició la barbilla.

—¡Hum! ¿No sería mejor que os fueseis a dormir un poco?

—No tenemos clase hasta las once —dijo Cavadador—. Y como de todos modos no hemos estudiado las lecciones, da igual si perdemos una hora o dos de nuestro sueño. Además, somos muy fuertes y puede ser que nos necesite para detener a los gamberros del campamento.

—Tienes razón — admitió el jefe de policía—. De acuerdo; venid.

—Entonces nosotras también podemos ir, ¿verdad? — preguntó Puck.

La cara del jefe de policía era una amplia sonrisa.

—¿También vosotras sabéis pelear?

Puck asintió con energía.

—Sí. Mi amiga Vespa por lo menos. Nosotras podemos limitarnos a mirar. Todos tenemos bicicletas y sabemos ir de prisa; creo que podremos seguir a sus coches.

—¿No estás exagerando un poco? —rió el jefe—. No obstante, habéis hecho un trabajo impecable, y no puedo negaros este gusto... Eso si vuestro director no tiene nada en contra, claro.

—No puede oponerse —dijo Navio—, porque el director estará durmiendo cuando los chicos regresen, y nosotras vamos a dormir en la «Granja del Este»..., eso si dormimos esta noche.

El jefe de policía sonrió y dio su permiso para que los resueltos chicos pudieran ser testigos del último acto del gran drama.



En el campamento de los gamberros había gran confusión. A pesar de la hora, todos estaban despiertos. Esperaban ansiosos el regreso de sus compañeros.

Si el robo en el hotel había salido según el plan, estaban seguros de obtener una bonita cantidad de dinero cada uno de los miembros de la pandilla; pero como las horas pasaban sin noticias, los muchachos se estaban poniendo nerviosos. Sebastián Phil había sido detenido, y el delgaducho y alto Georg no regresaba. Entre los gamberros no había rangos, pero siempre habían considerado a Sebastián como jefe y al pelirrojo Georg como su mano derecha. Y en aquel momento los dos estaban ausentes.

En el fondo, aún les quedaba la esperanza de que Georg y sus dos compañeros de aventura apareciesen, pero conforme pasaba el tiempo sus nervios empezaban a dominarles.

¡Tenía que haber ocurrido algo!

Hans Petersen, que tenía el mote de «Gángster» Hans, tomó el mando. Reunió a sus compañeros y dijo:

—Estoy seguro de que el plan ha fallado. Lo mejor será

empaquetarlo todo y largarnos de aquí. Georg, ese imbécil, no ha sabido hacer bien su trabajo. Y yo no tengo ningún deseo de pasarme una temporada tras los barrotes de una cárcel. ¿Estamos de acuerdo?

—No, no estamos de acuerdo en absoluto — contestó una voz—. Estamos juntos en esto y no podemos meter el rabo entre las piernas y huir. Tenemos que esperar a ver lo que ha ocurrido con Georg y los otros dos... Si es algo feo...; bueno, en ese caso debemos recibir las bofetadas conforme lleguen.

—¡Eso es! —sonaron las voces de varios compañeros—. Puedes largarte tú, si quieres.

—Pero yo solo...

—¡Cállate, imbécil!

«Gángster» Hans había terminado como «jefe». Kaj Jensen, llamado Kaj «El Bobo», era un gamberro como pocos. Había estado en prisión, y por ello tenía cierta fama entre los demás. En aquel instante se erigió en dictador entre sus compañeros y dijo:

—Esperaremos una hora más, y si Georg y los otros dos no han regresado para entonces, desmontaremos las tiendas y nos iremos de aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestaron sus compinches.

El nuevo «jefe» asintió arrogante:

—Está bien, chicos. Esperaremos una hora, y si tenemos visitas les chafaremos la nariz. ¿También estamos de acuerdo en esto?

—¡De acuerdo! — chillaron sus entusiasmados admiradores, que, como siempre, cuando estaban juntos se creían unos tipos formidables.

Sin embargo, Kaj «El Bobo» y sus compañeros no tuvieron que esperar tanto. Un cuarto de hora más tarde, dos coches grandes frenaban en la carretera y tras ellos llegaban muchos ciclistas, que a la luz de la luna parecían un batallón de soldados.

—¡Ahora o nunca! —gruñó Kaj «El Bobo»—. No vamos a rendirnos tan fácilmente, ¿verdad?

—No, ni hablar... — sonaron voces inseguras.

—¡Pelearemos hasta nuestra última gota de sangre!

—Pues... Sí... Claro...

No dijeron más porque en aquel instante un grupo de gente corría hacia el campamento y una voz autoritaria sonó en el silencio de la noche:

—Somos de la Brigada Criminal. Todos quedan detenidos, y si a alguno se le ocurre oponer resistencia, le costará caro.

Durante unos segundos se hizo silencio, luego Kaj «El Bobo» chilló:

—¡A por ellos, muchachos!

Y la pelea comenzó.

Las fuerzas estaban igualadas. Durante la lucha, que tuvo lugar en el mismo campamento, se levantó gran cantidad de polvo, las ollas fueron derribadas a patadas y las tiendas se plegaron solas bajo el peso de los combatientes.

Entonces una de las muchachas entró en acción. Naturalmente, se trataba de Vespa. Había comprendido en seguida que Kaj «El Bobo» dirigía la pelea y le gritó:

—¡Ven aquí, pedazo de animal! ¡Deja que mamaíta te enseñe buenos modales!

El gamberro se lanzó furioso sobre Vespa, pero recibió un tratamiento que nunca en su vida había conocido. Voló por el aire, rodó por la hierba y al final quedó completamente aturdido.

—¿Tienes suficiente? —preguntó Vespa jadeante.

—Sí... Ya basta...

—Formidable — sonrió Vespa—. Entonces me ocuparé de otro. ¡Adelante, muchachitos!

Sin embargo, no hubo ninguno que quisiera «adelantarse». Los fuertes policías, ayudados por los resueltos muchachos del pensionado, dominaban la situación. Cuando los gamberros se dieron cuenta, perdieron sus ganas de pelear.

—Nos rendimos — sonó una voz.

El jefe de policía se levantó del suelo y se sacudió el polvo de sus pantalones. Luego dijo seco:

—Es muy razonable por vuestra parte. Estáis todos detenidos, y será peor para vosotros si intentáis más trucos.

Señaló con un gesto autoritario el camión celular.

—Éste es el camino a tomar... Dormiréis en la cárcel de Sundkoebing esta noche. ¡Andando!

Y no hubo ni uno solo de los gamberros que se atreviera a rechistar. Sin oponer resistencia, subieron al furgón, donde se encontraban con sus tres compañeros detenidos en el cementerio.

Pero no fue precisamente un reencuentro cordial. Cuando el coche se hubo llenado de detenidos, la puerta fue cerrada con llave y la policía se puso a registrar las tiendas. Encontraron objetos que sin duda habían sido robadas, y gran cantidad de botellas de licor vacías. Al verlas, el jefe de policía gruñó:

—Vaya manera que tienen estos tipos de disfrutar de la naturaleza.

Cuando la búsqueda hubo terminado, recogieron todo y lo colocaron en la baca del camión celular. Los muchachos estaban ansiosos por ayudar a los policías. Mientras, el jefe subió con Puck a la colina donde Georg había escondido el misterioso objeto. Puck no tardó mucho en encontrar el lugar y, en efecto, se trataba de una caja de caudales... Seguramente era la del tendero Ebbesen.

—Eres formidable —gruñó el jefe de policía—. Naturalmente, falta aún que el tendero confirme que esta caja es la suya, pero casi me atrevo a apostar a que es ésta.



Puso la caja bajo su brazo y regresaron al campamento. Allí estaban listos ya para marchar, y el jefe dijo sonriendo:

—Bien. Hemos terminado. Ahora vosotros, jovencitos, debéis volver a la cama. Se ha hecho muy tarde.

—No es para tanto.

—Claro que sí; pero, cuando estéis bajo las sábanas, podéis dormir con la conciencia bien tranquila. Habéis efectuado un buen trabajo para el bien de la comunidad. Gracias a todos. Ya hablaremos cuando os toque comparecer como testigos en el caso. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista, señor comisario!

Cuando la policía se había marchado con los detenidos, hubo un momento de silencio. Al final sonó la voz de Cavador:

—Bueno, abandonamos el campo de batalla bajo los rayos de la aurora y podemos hacerlo con la conciencia bien tranquila, como dijo el jefe de policía; pero, tras este dulce llega lo agrio, y estoy preocupado por la reacción del director Frank.

Puck le dio un amistoso golpecito en el hombro.

—¡Calla, bobo! El señor Frank es muy comprensivo, si se trata de ayudar a las autoridades.

—De acuerdo, angelito, pero ¿qué me dices de lo de habernos marchado del colegio sin su autorización?

—No te atormentes de antemano — sonrió Puck—. Estoy segurísima de que el director se sentirá orgulloso de vosotros, y cuando Alboroto regrese de Copenhague se pondrá verde de envidia.

De repente, Cavador se sintió mejor y su sonrisa le llenaba la cara cuando dijo:

—¿Verdad que es fabuloso? Alboroto es un chico estupendo; sin embargo, ha sido una experiencia maravillosa sustituirle por una vez en el mando de una expedición. ¡Cómo se va a poner!

Alboroto y él habían sido amigos desde el primer día y estaban dispuestos a dejarse matar uno por el otro. Sin embargo, Alboroto siempre era quien mandaba, y sería muy sano para él enterarse de que se había ganado una auténtica batalla sin su mando ni su ayuda. Puck tenía razón: se pondría verde de envidia.

Sobre las copas de los árboles ya salía el sol. Las olas del lago Ege brillaban como oro macizo y los pájaros del bosque cantaban alegres. La Naturaleza era maravillosa. Seguramente a los detenidos no les impresionaba tanta belleza. Para ellos la vida era sólo motos, jaleos, alcohol y delitos. Una existencia inútil para unos jóvenes que ya debían de estar trabajando para la sociedad. En aquellos momentos estarían en la cárcel de Suridkoebing, esperando a ser juzgados.

Para algunos de ellos no era la primera vez, pero ¿cómo sería el futuro de aquellos muchachos? Seguramente un continuo ir y venir de la prisión. Quizá procedían de hogares donde no habían conocido ni cariño ni comprensión, quizá por pura casualidad se habían juntado con malas compañías; sin embargo, si hubieran sabido resistir la tentación del dinero fácil, se hubieran convertido en ciudadanos útiles.

Puck estaba pensando en esto, pero al fin se obligó a sí misma a pensar en otra cosa y dijo, alegre:

—Esta noche hubiéramos podido hacer poca cosa sin vuestra ayuda, chicos. También debemos celebrar la participación de Vespa; ha sido ella quien evitó que los gamberros lograsen escapar. Vale mucho tener conocimientos de mecánica. ¿Verdad, Vespa?

—Estoy de acuerdo — opinó su amiga —, pero en este instante sólo siento hambre. Creo que podría comerme un buey asado entero.

—Yo también —dijo Navio.

—Y yo...

—No sería capaz de comerme un buey entero — rió Puck—, pero debo admitir que mi estómago está protestando, y se me ocurre una idea...

—¡Bravo! ¿De qué se trata?

—Tomaremos el desayuno temprano..., en casa del hacendado Holm en la «Granja del Este».

—¿Estás chiflada? —preguntó Vespa—. ¿Cómo vamos a molestar a la familia a estas horas de la madrugada?

—No te preocupes —dijo Puck optimista—. Conozco lo suficiente al hacendado Holm para saber que lo encontrará maravilloso, e incluso podremos lograr que llame al director Frank por teléfono y le explique lo ocurrido.

* * *

Puck tenía razón. El hacendado Holm era un gran deportista y, tanto él como su mujer supieron hacerse cargo de la situación. Se divirtieron al enterarse de la aventura nocturna. Sin embargo, el hacendado no pudo menos que regañarles un poquito.

—Habéis actuado como personas mayores —dijo—; pero no me parece correcto que nos hayáis mantenido alejados a los adultos. Tanto la Brigada Criminal como yo debíamos haber sido informados de lo que iba a ocurrir... ¡Ejem! Y, en ese caso, ninguno de vosotros hubierais perdido una noche de sueño.

—Hubiera sido una lástima —opinó Vespa—. Lo hemos pasado bomba, y mucho mejor que resoplando en la piltra.

—¿Qué es eso de resoplar en la piltra? —preguntó la señora Holm—. Nunca había oído esa expresión.

—Pues yo siempre lo digo así. Resoplar es roncar o dormir, y la piltra es el catre o la cama.

La señora Holm se volvió sonriente hacia su marido.

—Creo que tenemos que aprender aún, querido. ¿Te molesta si me voy a resoplar en la piltra?

—Claro que no. Yo ya resoplé bastante por esta noche.

La cocinera y las dos sirvientas habían sido despertadas y, poco después, los chicos se sentaron alrededor de una mesa bien provista. —¡A desayunar! — invitó el señor Holm.

No tuvo que repetirlo. Los chicos se lanzaron sobre las bandejas repletas y poco después las habían dejado limpias de la última miga. Resultó una fiesta fabulosa, que tardarían en olvidar.

—Esto sí que es la repanocha —opinó Vespa—. Vivimos mejor que una vaca en un campo de coles.

La señora Holm se divertía. Había preferido quedarse, y eso se debía a Vespa. La distinguida señora de Copenhague no se había encontrado nunca con una chica como aquélla, y sentía ganas de anotar su extraño vocabulario. Sería divertido usar algunas de sus expresiones la próxima vez que se encontrara en una reunión de la alta sociedad. La señora Holm pecaba un poco de esnobismo, sin embargo, la forma de ser de Vespa le dio que pensar.

—Tienes que prometerme volver, Vespa —sonrió—. Quisiera que me dices clases de tu lengua danesa.

—¡Macanuda idea! Muchas gracias —dijo la muchacha y aprovechó para servirse otro trozo de pan con jamón—. ¿Zampo demasiado, señora?

—No, ni lo pienses —rió la señora Holm—. Para el ama de casa es un cumplido cuando los invitados comen mucho.

—Me encanta llenar el buche, aunque me da miedo pensar que a este paso me voy a convertir en un rollo de tocino.

—Aún no hay peligro —opinó la señora Holm contemplando la esbelta y deportiva figura de Vespa—. Y encuentro formidable que sepas hacer volar por los aires a unos insolentes gamberros.

—Lo hemos pasado de campeonato.

Puck movió la cabeza.

—Vespa es algo único, y es una chica valiente. Si no hubiera venido ella, la cosa hubiera terminado muy mal.

—No me digas que has encontrado a alguien superior a ti, Puck —exclamó el hacendado burlón.

—Sí; tengo que admitirlo —contestó Puck convencida—. Vespa me supera en todo.

Alrededor de las seis y media de la mañana, el hacendado Holm llamó por teléfono al pensionado de Egeborg para explicar lo ocurrido al director Frank. Al principio, el director parecía enfadado, pero por fin decidió olvidar el asunto y prometió no reñir a los chicos e incluso darles, tanto a los chicos como a las chicas, el día libre.

Aquella información causó gran alegría entre los compañeros de colegio, y Cavadador declaró:

—Cuando el fin es bueno, todo está bien, como dijo el chico al que le perdonaron una paliza.

De repente, Vespa saltó de su silla y dijo asustada:

—¡Vaya por Dios! Son las siete menos cuarto y yo tengo que empezar a trabajar a las siete.

—¿Y no vas a dormir? — preguntó preocupada la señora Holm.

—De eso nada. Mi tío es muy generoso; sin embargo exige que la obligación vaya antes que la devoción, y a mí me esperan por lo menos una docena de bicicletas y velomotores... Pero ha sido una noche super.

Se despidió rápidamente y marchó como una centella.

Una hora después, los alumnos habían regresado al pensionado de Egeborg. Aún no eran las ocho; pero como los lunes no empezaban las clases hasta las once, el colegio estaba en silencio. Todos aprovechaban para quedarse un poco más en la cama. Sólo se oían las sirvientas en el comedor y en la cocina.

Pero el director Frank sí que estaba en pie y salió a recibir a los «culpables» con cara de fingida severidad y con los ojos chispeantes de risa.

—El hacendado ya me dio una explicación y, aunque debería castigaros, he decidido perdonaros como premio por vuestro trabajo. Pero, recordad: si volvierais a escaparos no saldríais tan bien librados. Y ahora, a la cama.

—Gracias, señor director —dijeron a coro, y salieron

apresurados en dirección a sus habitaciones.

Cuando Puck y sus dos amigas entraron en el «Trébol de Cuatro Hojas», Inger dio media vuelta en la cama, bostezó y las contempló llena de asombro.

—¿De dónde venís vosotras?

Puck bostezó también, mientras contestaba:

—De la «Granja del Este». Han pasado tantas cosas... Pero tendrás que esperar a que durmamos un poco antes que te lo podamos explicar. El director nos ha mandado a la cama.

—Bueno, uno puede acostarse y no dormir. Y yo no tengo nada de sueño — opinó Navio.

—Pues, cuéntaselo tú — propuso Puck mientras se desvestía.

Mientras se arreglaban para acostarse. Navio explicaba la aventura. Ni siquiera se calló cuando se limpiaba los dientes, con lo que Inger no lograba entender nada. Cuando por fin Navio subió a su cama de un salto, terminó diciendo:

—Todo ha sido formidablemente palpitante, sobre todo cuando vimos al fantasma en el cementerio... ¿Duermes, Inger?

Inger bostezó.

—Aún no, pero si sigues hablándome conseguirás que me duerma en vez de bajar a desayunar.

—¡Ja, ja! —rió Navio—. Y eso que aún no sabes lo mejor: hemos hecho algo que ha disgustado al director... Y, en vez de regañarnos, nos ha dado el día libre. Cuando bajes a la primera clase,



saluda a la señorita Fagerlund de nuestra parte.

—Descuida — sonrió Inger y saltó de la cama.

Karen ya se había dormido. Puck también sintió llegar el sueño.

Ya no escuchaba las palabras de Navio. Todo lo ocurrido durante los últimos días había resultado una aventura extraordinaria. Sin embargo, el final de los gamberros era triste. Sentía lástima por ellos. Quizá su infancia en los barrios bajos de Copenhague había sido triste. Pero, pensándolo bien, también Vespa había crecido en un barrio semejante al de ellos y, a pesar de todo, se había convertido en una muchacha extraordinaria. Quizá se debía a sus padres que, según decía la muchacha, eran fabulosos.

Sí; Vespa era superior a ella en varios aspectos. No sólo, porque aquella chiquilla era una maestra en jiu-jitsu y sabía mecánica, sino porque en un hogar pobre había llegado a ser algo en la vida, más que la mimada Bente Winther, llamada Puck, a quien nunca le había faltado nada.



Navio seguía hablando y Puck bostezó medio dormida. La voz de su amiga zumbaba en sus oídos como el sonido de un moscardón.

—¿No has pensado en dormir un rato? —murmuró Puck.

—Estoy hablando dormida —gorjeó Navio y continuó sus explicaciones algo exageradas sobre los acontecimientos de la noche.

—¡Cállate ya!

Puck se volvió hacia la pared y pensó en su padre que estaba tan lejos, en Nueva Delhi, en la India. ¡Cómo le echaba de menos! Por fortuna, iba a regresar muy pronto junto con su mujer, la simpática madrastra de Puck, y los tres iban a pasar una maravillosa temporada juntos.

Puck sonrió, medio dormida.

Inger salió de la habitación sin hacer ruido, y todo quedó en

silencio. Un cuarto de hora más tarde, las tres amigas dormían plácidamente.



—¡Despierta, Puck!

Era Karen quien pronunciaba estas palabras.

Ella, Inger, Navio y Puck estaban ante sus mesas en el «Trébol de Cuatro Hojas», haciendo sus deberes. Las muchachas parecían haber llegado a un punto muerto en el estudio. Las cuatro amigas, quizá con excepción de Inger, tenían la opinión de que ocurrían muy pocas cosas emocionantes en el pensionado de Egeborg. Esta opinión era sin duda descabellada, porque las cuatro habían tomado parte en un sinfín de aventuras.

Quizás esto las había acostumbrado mal y no aguantaban la calma. Deseaban que ocurriese algo dramático, que pusiera su imaginación en marcha y sus facultades a prueba. Naturalmente los estudios eran parte fundamental de la educación de las muchachas; sin embargo, todas deseaban que sucediese «algo» ajeno a los deberes y a la asistencia a clase.

Puck sonrió.

—No te entiendo, Karen. ¿Por qué dices que me despierte si no estoy dormida?

Karen puso a un lado su libro de texto y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Porque pienso que te estás aburriendo — dijo con un suspiro.

—Pues...

—Claro que sí... Y nosotras también. ¿Por qué no pasa algo en este colegio? Estamos trabajando como muías todo el día y la vida no es muy emocionante estudiando el teorema de Pitágoras...

—Ojalá supiera yo ese teorema —suspiró Navio.

—La suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa —informó Inger sonriente, y luego añadió—: Si queremos tener la esperanza de llegar a ser alguien en esta vida, los estudios han de ser más importantes que jugar a detectives y esas cosas.

—¡Uf! —exclamó Navio con una mueca—. Hablas con tanta solemnidad como un obispo malhumorado. ¿No te aburres tú?

—No.

—Serás la única en todo el colegio que se divierte estudiando.

Hubo una pequeña pausa. Cada una de las muchachas estaba absorta en sus pensamientos y el cerebro de Puck era el que más aprisa trabajaba. En menos de un minuto recordó todo el tiempo que había pasado en el pensionado de Egeborg, desde el primer día, cuando, desolada, tuvo que despedirse de su padre, el ingeniero Winther, que había sido mandado por su empresa al extranjero, para ocuparse de unos trabajos.

Por fortuna, el ingeniero pasaba sus vacaciones con ella, y en su ausencia Puck tampoco había tenido oportunidad de aburrirse. Le gustaba el colegio, y se encontraba como pez en el agua en compañía de sus amigos y profesores, e incluso, de vez en cuando, ocurrían cosas emocionantes. Puck sonrió al pensar en ello. Pocas chicas habían vivido tantas aventuras emocionantes como ella y sus amigas.

¡Despierta, Puck!

De repente le pareció que oía de nuevo aquellas palabras de

Karen, y no pudo menos que volver a sonreír.

* * *

En medio del lago Ege existía una isla llamada del Caballero Volmer. Era una isla idílica y llena de paz. Formaba parte de las tierras de la «Granja del Este», y el hacendado Holm la dedicaba exclusivamente a los pájaros. Sólo se podía visitar con un permiso especial, y estaba prohibido cazar allí.

Los chicos mayores del colegio de Egeborg tenían permiso para visitar la isla cuando quisieran, y Puck y sus amigas habían aprovechado este permiso en muchas ocasiones. Un sábado por la tarde, Puck y Navio remaban bajo los rayos del sol hacia la isla del Caballero Volmer. Inger se había ido a pasar el fin de semana con sus padres, y Karen tenía demasiada pereza aquella tarde para tomar parte en la pequeña excursión, así que Puck y Navio habían salido solas.

Cuando llegaron a la isla, vararon con cuidado el bote en la playa, pues en alguna ocasión les había ocurrido que la embarcación se había alejado por descuido y habían tenido que alcanzarla nadando. El monte bajo llegaba muy cerca del lago y casi ocultaba el bote. Este hecho iba a tener gran importancia ya que, a causa de ello, Puck y sus amigas iban a verse envueltas en una nueva aventura.

Las dos amigas no sospechaban nada de eso cuando se tumbaron en la linde del bosque para tomar el sol. El zumbido de las moscas y el canto de los pájaros eran los únicos sonidos que se oían. Navio se estiró perezosamente.

—Ojalá cada día fuese así... Nada de estudios... Paz y tranquilidad..., tumbadas tomando el sol... ¡Es formidablemente palpitante!

—Tanto como palpitante, me parece exagerado —sonrió Puck—. Sin embargo, te doy la razón: es maravilloso poder relajarse de esta manera.

Y, suspirando, añadió:

—En nuestra época, ya no ocurre nada emocionante en esta isla.

—¿Te acuerdas de cuando buscábamos el tesoro de los gitanos?

—Qué pena que la gente del Museo Nacional dieran con él —dijo Navio.

—¿Por qué? —preguntó Puck extrañada—. El tesoro significaba mucho para el Museo Nacional, y me dieron una bonita suma como gratificación, la cual me va a ayudar el día que empiece mis estudios superiores.

—Sí, pero no me has entendido. Yo quería decir que, si aún no hubiesen dado ellos con el tesoro, otros intentarían encontrarlo, y en tal caso nosotras tendríamos oportunidad de vivir algo emocionante otra vez. ¿Crees que los del Museo encontraron todo el tesoro?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Sólo sé que esa gente tiene fama de eficientes, así que dudo mucho que hayan dejado algo.

—¡Qué lástima! —bostezó Navio con las manos bajo la nuca—. Bueno, yo voy a intentar dormir un ratito.

Poco después, su respiración regular indicaba que se había quedado dormida. Puck la contempló sonriendo, Navio tenía el don de poder quedarse dormida en cualquier lugar.

El sol calentaba, y Puck tampoco tardó mucho en sentir sueño. Bostezó y cerró los ojos; sin embargo, no logró conciliar el sueño. Bostezó de nuevo y sintió envidia de Navio, que dormía tan plácidamente.

Las dos estaban muy bronceadas y no corrían peligro de quemaduras aunque se quedaran dormidas un par de horas bajo el sol. De repente, Puck se sobresaltó. Se levantó sobre un codo y escuchó atentamente. Se oían voces. ¿Quién podía ser? ¿Quizás el hacendado Holm con unos visitantes? No podía tratarse de otro por que, sin permiso especial, nadie tenía derecho a entrar en la isla.

Las voces se oían perfectamente y se acercaban. También oía crujir las ramitas secas al ser pisadas. Sin lograr entender las palabras, Puck casi estaba segura de que era una conversación entre dos hombres.

De pronto sintió frío, sin poder explicarse el porqué. Tanto Navio como ella misma tenían permiso del hacendado para estar en aquel lugar, y nadie podría reprocharles nada; sin embargo, flotaba algo en el ambiente que le hizo quedarse quieta en el suelo.

«Tranquila, Puck —se dijo a sí misma—. Debe de tratarse de un par de turistas que han venido remando, con el permiso del hacendado Holm. Quizás incluso el hacendado en persona les acompaña.»

Los hombres se acercaban.

Puck agudizó el oído y en aquel momento pudo distinguir algunas palabras, pero no logró entender el significado de las frases. Uno de ellos tenía un lenguaje cultivado, sin duda era de Copenhague, mientras el otro, cuya voz era ronca y ruda, hablaba en dialecto.

Los hombres se pararon en el bosque y durante un rato todo volvió a quedar en silencio. Seguramente se habían parado para examinar algo. Puck estaba confusa cuando miró a su amiga que dormía plácidamente. ¿Qué pasaría si Navio se despertaba y empezaba a hablar en voz alta? Claro que si aquellos hombres habían llegado con buen fin, no ocurriría nada. Pero ¿y si no?... Ahora estaba segura de que el hacendado Holm no estaba entre ellos, porque hubiera reconocido su voz entre miles.



Con sumo cuidado empezó a despertar a Navio, y cuando ésta quiso decir algo, puso su mano sobre la boca de su amiga y musitó:

—Estáte quieta.

—Pero... —intentó protestar Navio.

—Silencio. Hay dos hombres aquí cerca, en medio del bosque, y no sé a qué han venido.

Navio despertó del todo. Cuando Puck destapó su boca exclamó:

—¡Es formidablemente palpitante!

—Sólo espero que no sea demasiado emocionante —contestó Puck en voz baja—. Ten cuidado de no alzar la voz.

—¿Crees que se darán cuenta de nuestra presencia?

—Estamos bien escondidas aquí... Tendrían que bajar a la playa para encontrar nuestro bote.

De nuevo crujieron unas ramas. Era evidente que los hombres se estaban acercando. Las dos muchachas se quedaron muy quietas. Apenas se atrevían a respirar, mientras escuchaban la conversación, de la cual sólo lograban oír trozos que no les aclaraban gran cosa.

Según los cálculos de Puck, los dos extraños estaban a unos

veinticinco metros de ellas. Puck hizo un gesto a Navio para que se quedase quieta. Los hombres se aproximaban lentamente y las muchachas ya podían enterarse de gran parte de la conversación. La voz educada decía:

—El paisaje de esta isla es tan bonito que casi sería una lástima estropearlo.

—¿Bonito? —contestó la voz ronca y áspera—. No se puede ganar dinero con la belleza de un paisaje, señor director.

—De vez en cuando sí — opinó el hombre que había sido titulado director y luego añadió en un tono arrogante y desdeñoso —: Yo sé muy bien, Jens Nielsen, que a usted le importa más el dinero contante y sonante que un paisaje bello. ¿Qué edificios son aquéllos que se ven al otro lado, por entre los árboles?

—El pensionado de Egeborg, señor director. Los chicos mayores que estudian allí vienen con frecuencia a la isla.

—¡Ya! Eso se acabará pronto.

Las dos amigas intercambiaron una mirada rápida, en la cual se veía claramente la pregunta: ¿Qué significará todo esto?

Luego escucharon un par de frases que les hicieron poner los pelos de punta.

—Dudo mucho que este asunto se arregle con facilidad, señor director. Al hombre no le falta el dinero y es testarudo como él solo. Lo sé por experiencia.

Y luego sonó la voz glacial y arrogante del otro:

—Usted tranquilo, Jens Nielsen... A ese tipo le retorceremos el cuello.

* * *

«¡A ese tipo le retorceremos el cuello!»

Navio se asustó tanto que estuvo a punto de lanzar un grito, pero Puck logró impedirlo en el último instante. Los hombres estaban apenas a unos diez metros de ellas y continuaban acercándose. El cerebro de Puck trabajaba al máximo y, de pronto, se le ocurrió una idea. Con la boca junto al oído de Navio musitó:

—Tumbémonos en el suelo y hagámonos las dormidas. Es nuestra única oportunidad, porque estoy segura de que esos hombres nos descubrirán.

—¿Y si nos matan? —preguntó Navio con una voz que temblaba de miedo.

—Espero que no lo hagan. Haz lo que te digo y demuestra que eres una buena actriz. Pase lo que pase, ni te levantes ni grites.

—Pero...

—¡Acuéstate y duerme!

—Está bien.

Un segundo después, las dos muchachas estaban tumbadas boca abajo, Navio rígida por el miedo y Puck con un «sueño» que parecía más natural.

Si eran capaces de hacer bien su papel hasta el fin, seguramente no pasaría nada, aunque los hombres descubriesen a las dos muchachas «durmiendo».

Sólo quedaba esperar lo mejor.

Puck sintió escalofríos, pero continuó su comedia con valentía.

—¿Cuándo vamos a empezar en el pantano? —sonó muy cerca la voz de Gens Nielsen.

Y el director contestó:

—Esta noche, alrededor de las doce; pero procure que los otros tres estén presentes. El guardabosques está en Copenhague y no habrá riesgo de que vaya a inspeccionar.

—Bueno, pero no es él el único que puede venir...

—En ese lugar de mala muerte, no creo. Sin embargo, debemos correr el riesgo. Tenemos que actuar de prisa.

—¿Viene su socio esta noche?

—Naturalmente que sí. ¿Cómo piensa usted que podríamos trabajar sin sus conocimientos técnicos? Pero... ¡Oiga!... ¿Qué es esto?

Su exclamación hizo estremecer a Puck, porque sabía que en aquel mismo instante el director les había descubierto «dormidas».

Aunque la situación era seria, Puck estuvo a punto de sonreír al pensar que aquello era como hacer cine. Debía demostrar sus facultades como actriz. Sin embargo, perdió rápidamente las ganas de sonreír al recordar las siniestras palabras: «A ese tipo le retorceremos el cuello.» Era evidente que los dos hombres pertenecían a dos clases distintas; pero tenían una cosa en común: los dos eran criminales sin escrúpulos.

De nuevo sonó la voz del director:

—Hay dos muchachas dormidas aquí, Jens. Su bote está escondido entre los arbustos.

—¡Vaya! Tiene usted razón — gruñó el otro—. ¿Cree que habrán venido para espíamos?

—Baje la voz — dijo el director y añadió en un susurro—: Aparentemente, sí, pues las muchachas se han esforzado en esconderse y esconder el bote; pero luego se han quedado dormidas.

Se quedó pensativo un instante contemplando a las muchachas, antes de añadir en voz baja:

—Sospecho que estas chicas están tramando algo, pero no estoy seguro del todo. Me he fijado bien en sus caras, y pobres de ellas si se cruzan en mi camino.

—¿Cómo quiere usted que sospechen? —musitó Jens Nilsen, y contempló a las chicas con cara sombría.

El director se encogió de hombros.

—Por el momento sólo se trata de un presentimiento... Pero... Vámonos de aquí antes de que se despierten. Es imposible que hayan podido escuchar nuestra conversación, podemos estar tranquilos. Vámonos de aquí en silencio.

Los dos hombres se alejaron del lugar, y Puck abrió un ojo cuando ya desaparecían. Uno de ellos era un hombre elegante, alto y esbelto; el otro andaba inclinado. Puck estaba segura de no haber visto nunca a ninguno de los dos.

De nuevo crujían las ramitas en el bosque, pero era evidente que los pasos se alejaban. Por fin, Puck se atrevió a moverse. Se volvió

hacia Navio y murmuró:

—¿Duermes?

—Sí, como un tronco — contestó su amiga guiñando un ojo.

Puck sonrió.

—Casi logras engañarme. Has hecho tu papel como una actriz de experiencia.

—Ha sido formidablemente palpitante —opinó Navio—. Tenía el corazón casi parado. Hemos tenido suerte de que esos asesinos no nos matasen. ¡Imagínate si nos hubiesen retorcido el cuello!

—No hubiera sido muy agradable —admitió Puck, y se levantó un poco para ver si aún veía a los dos hombres.

Habían desaparecido en el bosque, y tampoco se oían sus pasos.

—Tenemos que ir tras ellos — dijo Puck.

—¡Ay, no! No me atrevo. Quizás estén escondidos en algún lugar para lanzarse sobre nosotras y retorcernos el pescuezo.

—No digas bobadas. Esos tipos no habrán venido nadando a la isla, y ahora me gustaría saber adonde se dirigen. ¡Vamos!

Navio no parecía muy entusiasmada, pero poco después caminaba lentamente tras Puck por la estrecha playa. En la arena podían andar sin hacer ruido, y pronto llegarían hasta la parte este de la isla desde donde se veía una buena panorámica sobre el lago. No habían llegado muy lejos cuando Puck agarró del brazo a Navio.

—Ahí están —musitó—. Escóndete entre los matorrales.

Sobre el agua tranquila del lago Ege un bote de remos iba en dirección a la «Granja del Este». Las dos muchachas miraban, escondidas tras las ramas de los arbustos. El hombre encorvado remaba, mientras el caballero alto estaba a popa mirando pensativo ante sí. Era evidente que aquellos hombres iban directamente hacia el embarcadero de la «Granja del Este». Puck reconoció el bote; era el del hacendado.

Meneó la cabeza. No lograba entender nada en absoluto. ¿Sería posible que el hacendado Holm hubiera prestado su bote a aquellos tipos misteriosos y les hubiese dado permiso para desembarcar en la

isla? ¿Qué había tras todo aquello? ¡Qué misterio!

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó Navio, ansiosa.

Puck meneó la cabeza.

—No entiendo nada, pero cuando éstos desaparezcan iremos a la «Granja del Este» y le contaremos al señor Holm todo lo ocurrido. Quizás haya una explicación lógica.

—No encuentro muy lógico que uno quiera retorcer el cuello a otro —dijo Navio con una mueca—. Por nada del mundo quisiera encontrarme con estos asesinos a solas en un camino. ¿Tú sí?

—No, desde luego. Pero, ¡mira! Están amarrando el bote en el embarcadero.

Poco después, los dos hombres abandonaron el bote y subieron la pendiente hasta llegar a la carretera. Puck imaginó que irían a la «Granja del Este» para dar las gracias por el bote; pero se equivocó, continuaron por la carretera en dirección al norte y desaparecieron de la vista de Puck entre los árboles del Bosque Noerre. Diez minutos más tarde, Puck y Navio emprendieron el camino hasta la «Granja del Este».

Como siempre, fueron recibidas con gran cordialidad y, mientras la señora Holm daba orden a su asistente de servir una merienda, el hacendado dijo, amable:

—Es muy gentil por vuestra parte venir a vernos. Os quedaréis esta noche, ¿verdad?

Navio estaba a punto de aceptar entusiasmada, pero Puck se le adelantó.

—Muchas gracias, señor Holm, pero no será posible esta vez. Tenemos mucho trabajo que hacer.

—¿Qué trabajo? —exclamó Navio, instintivamente.

Puck meneó la cabeza y contestó rápida:

—Claro, es verdad... Ya tenemos hechos los deberes y nos gustaría mucho quedarnos aquí esta noche. ¿Verdad, Navio?

—Pues... Claro... Naturalmente.

Tanto el hacendado como Navio quedaron desconcertados. Holm preguntó, sonriendo:

—Dime, hijita. ¿Has sufrido una insolación?

—Sí, creo que sí — contestó Puck seria.

Y luego empezó a contar la misteriosa conversación que habían escuchado en la isla del Caballero Volmer. El hacendado escuchó con las cejas fruncidas, pero no comentó nada. Cuando Puck hubo terminado su relato, preguntó:

—¿Conoce usted a esos hombres, señor Holm?

El hacendado vaciló un momento y su contestación fue insegura:

—Pues... ¡Ejem! Conozco a uno de ellos. Es un director que ha venido de Copenhague. Es ornitólogo.

—¿Cómo dice? —preguntó Puck asombrada—. Un ornitólogo es un hombre que estudia la vida de los pájaros, ¿verdad?

—Sí —asintió el señor Holm acariciándose pensativo su barbilla, mientras evitaba la mirada de Puck—. Tiene mi permiso para estudiar la vida de los pájaros allí. Y puede usar mi bote cuando guste.

La voz de Puck tenía un tono escéptico cuando dijo:

—Lo que no comprendo es que, si ese hombre es un pacífico ornitólogo, ¿por qué quiere retorcer el cuello a alguien?



Por primera vez desde que empezó la conversación» el hacendado sonrió; sin embargo, su sonrisa no parecía muy alegre cuando contestó:

—No sé qué decirte, Puck.

—Y ¿por qué dijo que le estábamos espiando? —insistió Puck—. Es completamente ridículo. También dijo que a los alumnos del

pensionado de Egeborg se les acabaría lo de ir a la isla, ¿cómo puede decidirlo él? No hemos molestado jamás a los pájaros, y no se nos ocurriría nunca molestarle a él tampoco. Tengo el presentimiento de que hay algo no muy claro en el comportamiento de ese tipo y su compañero.

—¡No me digas!

—Sí. ¿Usted no lo cree así?

—¡No!

La contestación fue dura como un latigazo. Era evidente que el hacendado daba por terminada la discusión. En aquel instante entró la señora Holm, seguida de la sirvienta que llevaba una bandeja con la merienda. Al verla, Navio se olvidó de todo lo ocurrido, mientras Puck se quedaba seria y pensativa.

Al contrario de lo que solía ocurrir, el ambiente parecía tenso, y Puck se sintió aliviada cuando se despidieron, media hora después, para volver al pensionado, en busca de sus pijamas y bolsas de aseo, y del permiso del director Frank para pasar el fin de semana en la «Granja del Este».

Cuando remaban hacia el embarcadero del colegio, Puck estaba muy callada. Navio hablaba como siempre de todos y de todo; pero Puck le contestaba con monosílabos.

—¿Quieres decirme qué te pasa? —preguntó al fin Navio—. Has estado tan rara en la «Granja del Este»... Primero dices que tú y yo teníamos algo que hacer esta noche, y luego cambias rápidamente de opinión. ¿Te has vuelto loca de repente?

Puck sonrió.

—Quizás he dado esa impresión; pero tú y yo sí que tenemos algo que hacer esta noche.

—Sí; dormir.

—No; nos vamos al pantano.

—¿Al pantano? —exclamó boquiabierta Navio—. ¿Para qué vamos a ir al pantano?

—¿No oíste que el misterioso director u ornitólogo ése dijo algo sobre empezar a trabajar en el pantano a medianoche?

—Claro, pero seguramente van a cazar mariposas o a escuchar los trinos de un ruiseñor. Además, tampoco sabemos de qué pantano hablaban.

—Sí, que lo sabemos, porque el señor Bang, el guardabosques, sólo hace su ronda de inspección en la parte del pantano al oeste del lago Ege. Tú también oíste que ese director ornitológico o lo que sea hablaba de Bang, y de que estos días se encuentra en Copenhague. No hay ninguna duda, así que esta noche nos vamos a ver lo que vaya a hacer en el pantano. Estaba pensando en ello cuando dije que teníamos mucho trabajo. Sin embargo nos será mucho más fácil salir por la noche de casa si estamos en la «Granja del Este» que si nos quedamos en el pensionado. Así el director no puede reprocharnos nada.



—No me gusta esto —murmuró Navio—. Si alguien va a retorcerme el cuello, prefiero que sea a la luz del día y no en un pantano tenebroso.

—Nadie va a retorcerte el cuello —sonrió Puck—. Nos llevaremos a Vespa en la expedición nocturna. Así no tendrás miedo, ¿verdad?

—Es una idea fabulosa —asintió Navio, aliviada.

Cuando Puck y Navio hubieron amarrado el bote en el embarcadero de Egeborg, se fueron al edificio principal. Puck caminó en silencio un rato, pero de pronto preguntó:

—¿No te parece que el comportamiento del hacendado Holm fue un tanto extraño?

—Pues..., no.

—No, claro. Sólo piensas en las golosinas —dijo Puck, y su voz sonó irritada—. Sin embargo, yo te aseguro que el hacendado

estaba raro. Creo que ese director u ornitólogo le tiene atrapado de alguna forma. Porque me mintió, estoy segura.



Las palabras de Puck sorprendieron a Navio, que preguntó asombrada:

—El hacendado Holm es un hombre honrado. ¿Por qué iba a mentirte? ¿En qué te mintió?

Puck se encogió de hombros.

—Es muy difícil de explicar en pocas palabras, pero no tengo ninguna duda. Ese misterioso director es tan ornitólogo como yo, y Holm lo sabe perfectamente. Hay algo misterioso entre ellos, apuesto lo que quieras. Naturalmente, estoy segura de que el señor Holm no está envuelto en ningún asunto criminal; sin embargo, esto no hace menos misterioso el caso. Tengo el presentimiento de que el asunto es mucho más serio de lo que tú y yo podemos imaginar.

—¿Por qué no avisas a la policía, si tan segura estás?

—Porque no podemos acusarle de nada. Amenazó con retorcerle el cuello a alguien; no obstante sería una acusación demasiado débil. Además, estoy segura de que el hacendado Holm le respaldaría en todo. Después de nuestra visita al pantano, esta noche, sabremos algo más, y entonces quizá tengamos un buen motivo para denunciarlos a la policía.

Las muchachas habían llegado ya hasta el edificio, y poco después habían obtenido el permiso del director Frank para ir en

bicicleta a la «Granja del Este» y pasar allí el fin de semana. En el «Trébol de Cuatro Hojas» empaquetaron sus pijamas y cosas de aseo, y preguntaron a Karen si quería acompañarlas. Pero Karen se negó. Estaba de mal humor, lo cual era frecuente en ella cuando las cartas de su madre se distanciaban.

Puck y Navio se quedaron algo tristes por no haber conseguido persuadir a su amiga de ir con ellas, pero sus ánimos mejoraron cuando, en Oesterby, Vespa se decidió a acompañarlas. Recibió a sus dos amigas con un alegre:

—¡Hola, hijitas! ¿Habéis venido a pagarme un helado en la pastelería del señor Bose?

Puck la saludó sonriendo:

—No; hemos venido para llevarte con nosotras a pasar el fin de semana en la «Granja del Este», si no tienes otros planes, claro.

Vespa hizo una mueca.

—¡Ya me dirás qué planes puede tener una en un lugar como éste! El último fin de semana me lo pasé jugando al «tonto» con mi tío..., gané casi dos coronas. Pero estoy hasta la coronilla de jugar a las cartas. Así que vienes como pedrada en ojo de boticario con tu invitación a la «Granja del Este». Pero... ¡Eh!... ¿Crees que voy lo bastante «litri» con estos trapos?

—Claro que sí. No vamos a ningún baile real — rió Puck—. Estás muy elegante, Vespa. Apresúrate, que nos vamos.

—¡Hum! —murmuró Vespa, contemplando sus uñas con una mirada crítica—. He estado cepillando mis uñas durante una hora; sin embargo, ni se nota. Pero si a vosotras no os importa, yo no tengo por qué llorar. ¿Hay jaleo a la vista en la «Granja del Este»?

—Quizá más de lo que nos conviene — contestó Puck con una sonrisa llena de misterio—. Ya te explicaremos por el camino.

—¡Yupiii! —exclamó Vespa—. No me digas que tendremos pelea otra vez. Estoy loca por dar una paliza a alguien.

Poco después, las tres amigas estaban en camino. En pocas palabras, Puck le explicó todo lo que había ocurrido aquel día, y terminó:

—No digas nada al hacendado Holm. Todo tiene que ser una sorpresa para él.

—Seré más muda que una ostra — prometió Vespa—. Es formidablemente palpitante, como dice Navio, algún que otro follón nocturno. ¿De qué se trata todo esto? ¿Tienes alguna idea?

—No, ninguna. Por el momento todo es muy confuso. No obstante confío en que nuestra expedición nos aclare algo.

Vespa asintió pensativa.

—Lo que más me intriga es saber a quién piensan retorcer el cuello; si lo supiéramos podríamos avisar al pobre. Estoy segura de que a la víctima le encanta tener su cabeza bien plantada en los hombros. Pero nosotras, ¿qué podemos hacer?

—Por el momento, nada; al menos, mientras el hacendado Holm siga mintiéndonos.

—En tal caso, tendremos que descubrir el misterio nosotras mismas — opinó Vespa—. Lo importante es que lo pasemos tan divertido como la última vez.

—Estoy segura de que esta vez será más divertido aún —dijo Puck.

Sin embargo, en su interior no pensaba así. Tenía el extraño presentimiento de que los acontecimientos iban demasiado de prisa esta vez, y que ella y sus dos amigas pasarían apuros. Cuando las tres muchachas llegaron a la «Granja del Este» el hacendado estaba de mejor humor que un par de horas antes, y pasaron una maravillosa tarde juntos. La mesa estaba puesta en la sala del jardín, y Navio estaba entusiasmada. Era casi increíble lo que aquella golosa podía comer sin engordar ni un gramo.

—Come, Vespa — dijo la señora Holm sonriendo, y puso una bandeja delante de ella.

—¡Ay! — exclamó Vespa—. Creo que voy a soldarme el pico. Me siento empanzada, como una oca de Estrasburgo. Es una maravilla asistir a una fiesta en esta choza. No me explico cómo le llega el dinero a fin de mes, señora Holm.

La esposa del hacendado asintió sonriendo.

—No tengo problemas. Mi marido es muy espléndido.

—Claro, con una hacienda como ésta, habrá «tela en el arca», ¿verdad?

—¿«Tela en el arca»? —repitió la señora Holm sin comprender.

—Sí — asintió Vespa—. «Tela» es dinero contante y sonante en la caja de caudales.

—Ah, bueno, ya entiendo —rió la señora Holm, que se divertía mucho con el lenguaje de Vespa—. Sí, creo que hay «tela». ¿O no, William?

—No me quejo — dijo el hacendado seco.

Su mujer le miró extrañada. No estaba acostumbrada a ser contestada tan duramente. Hacía sólo un momento el hacendado había estado de humor excelente y ahora estaba callado, con las cejas fruncidas.

Ninguno de los presentes podían saber que el hacendado tenía grandes preocupaciones, porque no pertenecía a la clase de gente que se confía a los demás. Durante el último mes no había tenido más que reveses. No era lo peor que la cosecha hubiera sido mala, y que tanto Suecia como Alemania hubieran cerrado la importación de patatas, que en las tierras de la «Granja del Este» cubrían más de cien acres de tierra. Era muchísimo peor lo ocurrido en la empresa de ingenieros «Danaplan».

Habían realizado grandes proyectos en todo el mundo y con los años gozaba de fama mundial, pero ahora era como si les persiguiese la desgracia. De varios países habían llegado quejas por los trabajos efectuados, y seguramente serían llevados ante los tribunales, lo cual iba a costar millones de coronas. Aunque Holm ni por un momento dudaba de que «Danaplan» ganaría aquellos pleitos, porque los trabajos habían sido efectuados con el mismo esmero de siempre, este hecho no cambiaba las cosas, de momento.

Lo peor de todo era la catástrofe ocurrida en los trabajos que dirigía el ingeniero Winther, padre de Puck, en Nueva Delhi.

Holm se atrevía a apostar toda su hacienda de que Winther no era responsable de la rotura sucedida en una de las enormes presas. Su buen amigo era demasiado eficaz para que le sucediese una cosa

así. Tenía que haber alguna otra explicación. Desde Nueva Delhi, el ingeniero Winther había mandado un informe por telégrafo, incluso los periódicos daneses habían publicado reportajes sobre la catástrofe. Sin embargo, Puck no parecía haberse enterado de nada, y Holm estaba contento por ello.

Hasta nueva orden, los trabajos en la India estaban detenidos y Joergen Winther era esperado en avión para discutir el asunto con la dirección de la empresa. Las desgracias parecían llover sobre la empresa «Danaplan» y su mayor accionista; y, aunque no se podía decir que al hacendado Holm le faltara dinero, era una triste realidad que en aquellos momentos carecía de capital disponible. Y Holm había tenido una idea para obtener dinero en efectivo.

En su interior no le gustaba nada tan solución, pero por el momento no veía otra manera de salir del atolladero y no deseaba confiárselo a nadie, ni siquiera a su propia mujer, que seguía viviendo una existencia sin problemas. La señora Holm procedía de la alta sociedad de Copenhague y nunca se había preocupado por el dinero. Para ella no era de buen tono hablar del dinero, era simplemente algo que uno tenía.

En aquellos momentos, también al hacendado le hubiera gustado poder ver las cosas de esta manera, pero era imposible.

—¿Estás preocupado por algo, William? — preguntó la señora Holm.

—No, en absoluto —contestó él y se levantó—. Pero tengo algún trabajo que hacer en el despacho. Tenéis que perdonarme.

—Claro, naturalmente.

Cuando el hacendado abandonó la sala del jardín, las tres amigas intercambiaron una rápida mirada, y Puck se quedó aún más pensativa. Si hubiera tenido sólo una ligera idea de la catástrofe ocurrida en la India, hubiera pensado únicamente en su padre, pero en aquel instante le preocupaba sólo el extraño comportamiento del hacendado Holm. Había algo misterioso en todo aquello, pero ¿cómo lograr enterarse? Sería inútil decirle al señor Holm: «Sé que miente usted, y que en estos momentos nos

oculta algo que puede ser de gran importancia para que este asunto se resuelva felizmente, así que es mejor que diga la verdad.»

¿De qué clase de secreto se trataba?

Puck se lo preguntó una y otra vez sin encontrar una respuesta satisfactoria. También la señora Holm estaba preocupada. Tenía el presentimiento de que algo le ocurría a su marido. Estuvo durante un buen rato distraída, contestando con monosílabos y de forma mecánica. Al final se levantó y, tras pronunciar un par de frases amables, salió de la sala. Cuando hubo desaparecido, Navio se apoyó en el respaldo de su silla y suspiró:

—No estamos acostumbrados a encontrar un ambiente tan tenso aquí en la «Granja del Este». ¿Qué les pasará a esta pareja?

Vespa tenía su propia opinión:

—Aunque uno tenga la cartera reventando de dinero, llega un momento en que para todos se esconde el sol. Está clarísimo, como dice Puck, que el hacendado está fuera de sí en estos momentos. No hace falta ser un lince para verlo.

Y añadió con los dientes apretados:

—Pero esta noche arreglaremos este barullo para que la paz y el bienestar vuelva a esta cabaña.

—Será formidablemente palpitante —opinó Navio.

No obstante a Puck no le parecía tan fácil.

* * *

El gran reloj de la habitación de las muchachas dio once campanadas. El sonido pareció quedar flotando en el aire silencioso, y las tres amigas se miraron. Se acercaba la hora.

Estaban las tres vestidas, listas para emprender la expedición nocturna; pero primero debían asegurarse de que en la hacienda todos se habían acostado. Si el señor Holm por casualidad aún no dormía, le sería fácil evitar la salida. Puck se fue hasta la ventana y

miró afuera. Grandes nubes se movían por el cielo y sólo de vez en cuando la luna iluminaba con su luz fantasmal el gran patio y los muros. Todo el ambiente parecía irreal y Puck se estremeció.

Miró hacia el cielo y dijo en voz baja:

—Creo que hemos tenido suerte con el tiempo, será mucho mejor ir sin luz en las bicicletas.

—Nos multará la policía —opinó Navio—. Está prohibido ir en bicicleta sin farol después de la puesta del sol.

—No podemos tener en cuenta estas pequeñeces hoy —declaró Vespa—. Además, estamos ayudando a esos chicos de la «poli» y tendrán que perdonarnos la multa de diez coronas.

Puck no dijo nada. Solía tomar muy en serio las ordenanzas de la ley; sin embargo, aquella noche sería una excepción. Hubiera sido muy sospechoso que tres ciclistas, alrededor de medianoche, fueran al pantano. Los hombres a quienes pretendían espiar se pondrían en guardia al ver los faroles de las bicicletas.

—¿Vía libre? —preguntó Navio, y bajó instintivamente la voz.

Puck echó una última mirada al patio y los edificios, pero no vio luz en ninguna de las ventanas. Sonrió. Era una ventaja que la gente del campo se acostase temprano; ni siquiera los sábados cambiaban de costumbre. Mientras, ella y sus dos amigas iban a perder el sueño, y quizá por una tontería. Ya no era tiempo de volverse atrás. Sólo cabía esperar lo mejor.

Puck tenía sus dudas respecto al éxito de la expedición nocturna cuando dijo a sus amigas:

—Hay que mirar cara a cara esta nueva aventura y considerar los peligros. Si os queda alguna duda, aún estamos a tiempo de dejarlo todo.

—No fastidies —declaró Vespa, decidida—. Nos has prometido diversión esta noche; no nos engañes en el último momento. Yo te prometo que no me dan miedo esos tipos del pantano.

—Pero, Vespa; esos hombres pueden ser muy peligrosos.

—¿Y qué? También es peligroso ir en bicicleta por una carretera a la luz del día. Prefiero enfrentarme con un par de tipos en el

pantano que ir en bicicleta de Sundkoebing a Oesterby.

—Bien — rió Puck en voz baja—. Así estamos de acuerdo, ¿verdad?

—De acuerdo.

—¿Tú qué dices, Navio?

—Estoy ansiosa por participar en algo formidablemente palpitante.

—Bien.

Puck se fue hasta la puerta y la abrió con mucho cuidado. Las bisagras estaban bien engrasadas y no hubo ningún chirrido. El largo pasillo estaba a oscuras y Puck aconsejó:

—Vamos con cuidado, sin encender la luz eléctrica, pero recordad que al llegar a la escalera debemos bajar pegadas a la pared; la escalera cruje por el centro de los escalones, y no sería muy agradable encontrar al hacendado. ¿Estáis listas?

—Sí.

—Bien. Vámonos.

Pronto las tres amigas se encontraron en el patio. Al parecer, todos dormían en la granja. No había luz en ninguna ventana; sin embargo, alguien podía estar en vela. Puck sabía que, con frecuencia, el hacendado permanecía a oscuras en su despacho fumando una pipa. Miró de reojo a las ventanas, pero sin ver nada en especial. Debían correr el riesgo.

—Vámonos, chicas —susurró—. Id junto a la pared.

Como tres fantasmas, las muchachas se deslizaron a lo largo del edificio principal y poco después estaban fuera del portal, donde tenían sus bicicletas. Hasta entonces todo había ido bien, sin contratiempos; pero Puck tenía el presentimiento de que faltaba lo peor. Normalmente, no solía tener vacilaciones; no obstante, aquella noche tenía casi la certeza de que todo iría mal.

Y, a pesar de ello, escogió el peligroso camino.

Desde la «Granja del Este» hasta el lado norte del lago Ege, la carretera estaba asfaltada y en buen estado; pero, una vez en el Bosque del Oeste, las chicas tuvieron que pasar por senderos llenos

de raíces para llegar hasta el pantano. Resultó un trayecto muy difícil porque la luna se había escondido tras unas nubes y no usaban la luz de los faros de la bicicleta.

—Es formidablemente horripilante —murmuró Navio, mientras su bicicleta rodaba dando saltos sobre las raíces que cruzaban el sendero—. Esto terminará mal. Si me caigo, tendréis que llevarme auestas hasta casa.

—¡Ahora cállate! Estamos acercándonos al pantano y cada ruido, por pequeño que sea, se oye a mucha distancia en el silencio de la noche — contestó Puck con sequedad.

—¿También los latidos de mi corazoncito?

—¡Cállate de una vez!



A la izquierda se podían distinguir débilmente las viejas ruinas del castillo, que contrastaban sobre la brillante superficie del lago Ege. A la siniestra luz lunar, las ruinas tenían un aspecto fantasmal.



Se acercaban al lado norte del pantano.

Al consultar su reloj de pulsera, Puck supo por los números fosforescentes de la esfera que pasaba un cuarto de la medianoche. Según las órdenes del misterioso director, el trabajo del pantano había empezado ya. Pero ¿qué clase de trabajo sería? ¿Se trataría de un tesoro oculto?

Este pensamiento cruzó por la mente de Puck. Sin embargo, lo rechazó en seguida. No, no sería probable, aunque se decía que los grandes jefes vikingos habían sido enterrados en los pantanos, donde en muchas ocasiones habían sido encontradas piezas de gran valor. Pero Puck dudaba mucho que el misterioso director ornitólogo estuviera interesado en esta clase de descubrimientos.

Era, sin duda, un hombre que perseguía gran cantidad de dinero, y eso no podía obtenerlo encontrando un tesoro prehistórico, porque tales hallazgos son declarados de interés nacional y no le quedaría apenas nada para él. Debía de tratarse de algo muy distinto. Pero ¿qué?

Puck estaba irritada por no encontrar una respuesta satisfactoria a esta pregunta. ¿Tendría la solución aquella misma noche? Lo deseaba con toda su alma, pero al mismo tiempo tenía el inquietante presentimiento de que la aventura nocturna terminaría con un susto. No sabía explicarse a sí misma el porqué; sin embargo, no lograba liberarse de tal sensación.

Las tres amigas disminuyeron la marcha para escudriñar el pantano que se extendía ante ellas. De repente, Puck exclamó:

—¡Mirad; hay una luz allá!

—¡Ay, sí! — contestó Navio con voz temblorosa de miedo—. Debe de tratarse de fantasmas... Quizá el Rey de las ninfas, que ha levantado su colina sobre columnas candentes... ¡Es formidablemente horripilante!

Puck saltó de su bicicleta y dijo, irritada:

—Deja de decir bobadas, Navio. No existen ni los fantasmas ni Oberón, sino un director de Copenhague que trama algo misterioso, de lo que va a sacar mucho dinero. Dejemos las bicicletas aquí y

vayamos a ver si podemos enterarnos de algo.

—No me gusta esa inquietante luz —murmuró Navio mirando fijamente hacia el lugar—. Es tan azulada y fantasmal...

—¡No digas tonterías! —interrumpió Puck, secamente—. Te prometo que el buen director ese no tiene ningún trato con fantasmas. Yo creo que es un hombre de negocios sin escrúpulos que espera el gran premio.

—No sacará mucho dinero fabricando carbón vegetal por la noche —opinó Navio—. Todo esto me causa terror.

Puck ni siquiera se dignó contestarle. Se echó de bruces en el suelo y se puso a observar el pantano. El misterioso resplandor de la luz azulada iba y venía por en medio del terreno, y en torno se veían sombras de personas. Sin embargo, debido a la distancia, era imposible ver lo que hacían allí.

—Echaos al suelo —ordenó Puck en voz baja, y sus dos amigas obedecieron.

La aventura se acercaba a su culminación dramática.

* * *

El pantano del Oeste ya no era un pantano de verdad, con limo y charcos bordeados de juncos. Siglos atrás había habido uno realmente, que cubría la parte oeste del lago Ege, y durante generaciones le había quedado el nombre, aunque el pantano se había convertido en un prado, un verdadero paraíso para los pájaros y los ciervos, donde saciaban su hambre con su hierba siempre verde. Puck los había observado muy a menudo, escondida entre árboles y arbustos.

Aquel lugar aún no había sido descubierto por los turistas, porque los coches no podían llegar hasta allí a causa de la estrechez del sendero. Sólo los domingos lo visitaban algunos ciclistas, y por pura casualidad.

Sin embargo, cada paraíso tiene su serpiente. Aunque los cazadores furtivos habían desaparecido y los animales del bosque

vivían en paz, ahora parecía haber llegado un millonario listo desde Copenhague, con la intención de cambiar aquella paz por el caos. Para el millonario sólo contaba el dinero, y estaba dispuesto a todo con tal de ganar una fortuna. Ni siquiera retrocedía ante un crimen, si podía estar seguro de no ser descubierto, y le era fácil encontrar ayudantes para sus empresas más o menos legales, porque el dinero tiene gran valor para el hombre de carácter débil.

En aquellos momentos, el millonario estaba planeando un crimen, quizá no un crimen que pudiera ser castigado por la ley, pero sí la estafa más grande cometida en el reino de Dinamarca. El hombre no sentía ningún escrúpulo por ello, porque sabía con toda seguridad que no podía ser castigado por la ley, al menos mientras su plan siguiera sus cálculos.

Este hombre de negocios sin conciencia se llamaba Niels Holm y era primo del hacendado William Holm de la «Granja del Este». Los dos primos no se habían tratado mucho, porque sus caracteres eran opuestos. El hacendado también era un hombre muy rico, por lo menos hasta la reciente lluvia de desgracias que se había abatido sobre él; sin embargo, su dinero lo había ganado sin pisotear a nadie. Ahora se encontraba acorralado y su primo se aprovechaba de ello. Niels Holm le había dicho a su socio:

—Cuando a las gentes les falte el dinero, harán cualquier cosa. Yo me encargaré de mi primo.

Sin embargo, aún no tenía la victoria en las manos. Las tres muchachas estaban detrás de un pequeño montoncito de tierra cubierto de hierba, observando la luz azulada en medio del prado y las sombras oscuras que se movían en derredor. La distancia era considerable, sin embargo, Puck tenía la seguridad de que cerca de la luz había algún extraño artefacto.

La brisa hacía llegar un débil zumbido hasta el escondite de las chicas.

—¿Qué estarán haciendo ahí? —preguntó Vespa sorprendida—. Esto me parece un tanto extraño.

—Vamos a acercarnos para ver qué hacen —dijo Puck.

—¿No será demasiado peligroso? —preguntó Navio con voz insegura—. Quizás en estos momentos estén retorciéndole el cuello a alguien.

—¿Quieres callar? —rió Puck—. ¿Crees que se molestarían tanto para matar a alguien?

—Hay gente muy chiflada.

—Sí, pero ése no es el caso de nuestro director ornitólogo, puedes estar bien segura... Pero, sin duda es un hombre peligroso para quien se le cruce en el camino.

Puck se quedó pensativa. Quizá lo que estaban haciendo era demasiado arriesgado para tres muchachas, y hubiera sido mejor que participase también un adulto en la aventura. Pero la cuestión era ¿cómo lograrlo?



Tal como estaban las cosas, sería ridículo avisar a la Brigada Criminal a aquellas horas de la noche. ¿Serviría de algo, quizá, despertar al hacendado Holm?

Al pensar en el señor Holm, Puck intuitivamente frunció las cejas. El hacendado era uno de los mejores amigos de su padre, y

tenía fama de honrado. No obstante podía muy bien haber ocurrido algo últimamente que le hubiera hecho caer en manos de aquel misterioso director.

Por lo menos, algo andaba mal, porque, si no, el señor Holm no hubiera mentido al mismo tiempo que trataba de encubrir a una persona que había amenazado con retorcerle el cuello a un semejante.

Sería horrible que Holm estuviera involucrado en algo criminal. Pero ¿era eso posible? Como el hacendado era hombre rico, no podía tratarse de dinero, el cual era casi siempre el motivo que llevaba a la gente a cometer actos criminales. Si no era por dinero, entonces ¿por qué?

Los pensamientos bullían en la cabeza de Puck, pero por el momento no encontraba ni pies ni cabeza a todo aquel asunto. De pronto se decidió. Se volvió hacia sus dos amigas y dijo:

—Todo este asunto es tan difícil que nosotras tres no podremos con él sin ayuda de una persona adulta, por eso debemos avisar en seguida al hacendado Holm y contarle lo que ocurre en el pantano.

—¡Hum! —dijo Vespa—. Me parece una mala solución.

—¿Por qué?

—Porque, ¿qué pasaría si el señor Holm formase parte del negocio?

—No digas bobadas.

—¿Cómo estás tan segura?

—Pues... —vaciló Puck—. No puedo saber nada con seguridad, pero yo conozco muy bien al señor Holm. Es amigo de mi padre, y muy honrado, y en este momento no veo otra solución que no sea confiar en él. Luego, él debe tomar una decisión de lo que vaya a ocurrir.

Dio un codazo a Navio y añadió;

—Tú eres muy rápida, Navio. Toma la bicicleta y regresa a la «Granja del Este». Despierta a Holm y cuéntale lo que pasa aquí.

—¡Oh, no! No me atrevo.

—¿No te atreves a despertar al hacendado?

Navio balbuceó:

—No es eso. Es que tengo miedo de ir sola por el bosque. Quizás hay algún malhechor esperando para retorcerme el cuello.

—¡Boba! — dijo Puck, amable, porque en su interior comprendía muy bien a su amiga que no pecaba precisamente de valiente. Navio no sólo tenía miedo a los fantasmas, sino también a criminales que imaginaba escondidos tras los troncos de los árboles.

—Yo voy en tu lugar —declaró Vespa—. Si me encuentro con un asesino, quien le retorcerá el cuello seré yo. ¿De acuerdo?

Puck vaciló. Se hubiera sentido más segura con la valiente Vespa a su lado; pero no había otra solución, así que contestó:

—Está bien, Vespa. Date prisa. Sabes de qué se trata todo.

—Sí-pi — dijo Vespa y ésta era su manera de manifestar su conformidad.

Poco después había desaparecido. Durante un rato, Puck y Navio se quedaron sin hablar. Cada una pensaba lo suyo. Navio se sentía un poco avergonzada y al final murmuró desolada:

—¿Estás enfadada conmigo?

—No, ¿por qué? — rió Puck en voz baja—. Eres una boba, que ve criminales y fantasmas por todos sitios. ¿Te acuerdas de tu «fantasma» en el cementerio?

—Bueno — se defendió Navio—, pero eso no significa que todos los fantasmas sean agentes de la Brigada Criminal...

—No —interrumpió Puck—, pero no pienses más en ello. Ahora nos toca trabajar a nosotras.

—¿Cómo que nos toca trabajar?

Puck asintió.



—Tenemos que ver de cerca ese misterio del pantano. Quédate aquí esperando mientras yo voy más adelante a tratar de descubrir algo importante.

—Será formidablemente peligroso, Puck —murmuró su amiga.

—Sí; pero tengo la mala suerte de ser formidablemente curiosa. Y para satisfacer la curiosidad hay que correr algún riesgo.

—Ten cuidado.

—Igualmente te digo —contestó Puck alegre—. Vuelvo dentro de un cuarto de hora. Hasta luego.

Silenciosa como una serpiente, Puck se deslizó entre la alta hierba. No tenía la más remota idea de que iba a meterse directamente en las fauces del león.



La noche era fresca y para Puck la empresa no fue muy agradable. Al arrastrarse por el suelo, su ropa pronto se mojó con el rocío de la hierba y empezó a sentir frío. A pesar de ello, no se atrevía a seguir adelante caminando de pie, más que cuando estaba completamente segura de que los arbustos la escondían.

Miró hacia el cielo, donde la luna luchaba contra las nubes. Hasta el momento, las nubes iban ganando; sin embargo, en cualquier momento la luna aparecería y eso sería fatal. Se quedó un rato tras unas matas observando la luz azulada y las sombras negras. Estaban tan cerca que podía ver un aparato metálico muy

extraño, que reflejaba la luz. ¿Qué sería aquello? También oía las voces de los hombres, pero, debido a la distancia, era imposible entender lo que decían. Instintivamente se estremeció, no sólo por el frío, sino porque todo el ambiente de aquella escena nocturna era irreal, casi fantasmal.

«¡No hay que dejarse impresionar!», se dijo.

Puck casi se enfadó consigo misma. Acababa de burlarse de Navio por sus temores, y ahora también a ella le parecía fantasmal todo aquello. Los fantasmas sólo existían en la mente de la gente supersticiosa, se repitió, una herencia ridícula de la prehistoria; además, aquellos hombres que trabajaban en el pantano eran muy reales. Se trataba de gente que, a costa de lo que fuese, querían ganar dinero.

«¡Adelante, Puck!», se dijo a sí misma.

Se levantó y empezó a caminar sigilosamente, inclinada hacia adelante. Durante un buen trozo estaría escondida por los matorrales. Se trataba de llegar lo más cerca posible de aquel lugar donde los hombres trabajaban. Quizá no sacaría nada en claro, pero había que correr el riesgo.

Un pájaro levantó el vuelo delante de sus propios pies y Puck se sobresaltó. Sintió cómo su corazón latía con más fuerza. Le hubiera gustado culpar al pájaro, sin embargo, no logró convencerse a sí misma.

No; era otra cosa, algo amenazador e inquietante. ¿Qué podía ser?

Durante un rato se quedó quieta. Oía los latidos de su corazón. Escudriñó los alrededores, pero en apariencia sólo había movimiento en torno a la luz azulada. Todo estaba en silencio, incluso el pájaro parecía ya calmado. ¿Era posible que corriera peligro? No; decididamente, no. Claro que el peligro era mayor a cada paso que daba hacia aquellos trabajadores misteriosos; no obstante aún se encontraba a una distancia respetable de ellos, y si

los hombres la hubiesen descubierto hubieran dado el aviso.

Aunque Puck intentaba tranquilizarse a sí misma, la sensación de peligro no quería desaparecer. Parecía que el sexto sentido que algunas personas poseen la estaba avisando del peligro. ¿Haría mejor regresando? Sin duda. Si fuera a reunirse con Navio podía esperar tranquila a que Vespa llegase dentro de media hora con el señor Holm.,, en caso de que éste no... No le gustó pensar en ello, pero no lograba quitárselo de la cabeza. Todo era tan misterioso y difícil... Sería horrible si el honrado y distinguido William Holm resultase estar envuelto en aquello. Era terrible sólo pensarlo.

De nuevo sintió el malestar de antes. Sentía correr un escalofrío a lo largo de su espina dorsal, pero aunque todos sus sentidos le decían que regresara, apretó los dientes, testaruda. Quería enterarse de lo que ocurría alrededor de la luz azulada. Encorvada, caminó sigilosamente hacia adelante. En aquel instante salió la luna entre dos nubes e iluminó los contornos de su figura inclinada, extendiendo al mismo tiempo un resplandor irreal sobre el pantano.

En medio de aquel resplandor, surgió de pronto una sombra, casi al lado de Puck. Ésta lanzó un grito, y en el mismo instante se notó sujeta por un par de fuertes brazos. Gritó a todo pulmón:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

Pero ¿quién iba a socorrerla en aquella horrible situación? Navio no, desde luego; ella siempre tenía trabajo de sobra con ayudarme a sí misma. Puck luchaba violentamente, retorciéndose y dando patadas, pero todo fue en vano. De repente notó que con un trapo le tapaban nariz y boca. Quiso gritar de nuevo, pero sintió que las fuerzas le abandonaban poco a poco. Inspiraba un olor dulce y nauseabundo. Luego todo se volvió oscuridad. En torno a la luz azul hubo cierta confusión. Habían oído el grito de Puck, y algunos iban corriendo hacia el lugar donde la chica yacía inconsciente en el suelo. El que iba delante era Niels Holm, y su voz sonó brusca:

—¿Qué ocurre aquí?

—He capturado a una espía — contestó el hombre que la había asaltado.



—¿Una espía?

El hombre hizo un gesto hacia la figura inmóvil de Puck.

—Sí. Estaba yo aquí haciendo mi guardia, como el señor director me había ordenado, cuando a alguna distancia vi a la chica acercarse sigilosamente. Se deslizaba de una forma que no dejaba lugar a dudas de que tenía la intención de examinar lo que ocurría cerca del torno. Así que la capturé, y para más seguridad le di un poco de anestesia al mismo tiempo. No molestará por lo menos durante una hora. Pero la cuestión es: ¿qué vamos a hacer con ella?

Niels Holm se inclinó sobre la inconsciente Puck y, después de contemplarla a la luz de la luna, dijo con un silbido:

—No me extraña en absoluto. Vi a esta chica en la isla del Caballero Volmer. Y entonces sospeché de ella. No hay duda de que de alguna manera nos está espiando. Aunque no me explico cómo ha llegado a tener noticias sobre nosotros; pero, a pesar de su juventud, puede ser peligrosa y debemos mantenerla aislada durante algunos días..., hasta que todo esté en orden.

Se quedó pensativo y al cabo de un rato añadió:

—No podemos correr el riesgo de encerrarla por estos alrededores. Tenemos que llevarla a la mansión de Copenhague, donde podremos dejarla en el sótano. Es un caso para Harry y Jens. Véndale los ojos y llévala en el coche. Una vez en el sótano, podéis quitarle la venda, y también habrá que darle algo de comer.

—Iremos a la cárcel por esto, señor director.

—¡Nada de eso! ¿Quién iba a delataros? No nos ha visto nunca a ninguno de nosotros, y si os hace gracia jugar a ladrones y policías, podéis poneros unas máscaras cuando le deis de comer. Sólo se trata de un par de días. Os tendré informados por teléfono. Cuando

todo haya terminado, le colocaréis de nuevo la venda y la dejaréis en alguna carretera. Luego os daréis prisa en desaparecer. No sabrá siquiera dónde ha pasado los días, y no supondrá ningún peligro para nosotros. Seguramente ha oído campanas de que algo iba a ocurrir, pero no ha podido saber dónde en concreto. A mí no me ha visto, porque estaba durmiendo cuando yo la vi en la isla del Caballero Volmer.

—No me gusta nada este asunto —murmuró el aludido Harry.

Niels Holm frunció las cejas y dijo con brusquedad:

—Pues entonces lárgate de aquí, pero estáte seguro de una cosa: no habrá más dinero fácil para ti.

—No quería decir eso, señor director.

—Bien, entonces toma a la niña y márchate de prisa. Aún nos quedan un par de horas de trabajo. Os llamaré por teléfono.

—Bien...

Los dos hombres obedecieron sin rechistar. Levantaron a Puck y empezaron a llevársela por el pantano. Niels Holm les siguió con la mirada durante un momento, luego ordenó:

—Continúen con el trabajo.

Y los hombres que se habían quedado en el lugar obedecieron.

* * *

Mientras todo aquello ocurría, Navio se había quedado muy quieta en su puesto de guardia. No estaba de muy buen humor. Tenía la idea de haber defraudado a Puck lamentablemente, cuando declaró tener miedo de ir sola por el bosque hasta la «Granja del Este». Navio suspiró hondo, sintiéndose muy avergonzada. Puck, Vespa y las demás nunca mostraron miedo de nada. Y debía de ser triste para ellas tener una amiga que era una cobarde.

¡Qué vergüenza!

Navio estaba a punto de llorar sólo al pensar en ello. Esforzó su pequeño cerebro para encontrar una manera de reparar el daño,

aunque por el momento todo lo veía muy negro. Levantó la cabeza y escudriñó los alrededores. Ya no veía a Puck, porque la noche era demasiado oscura. ¿Saldría la luna por fin? Sería un inconveniente para Puck, que avanzaba furtivamente, igual que un indio. Navio aún veía aquella luz azulada y un leve zumbido llegaba a sus oídos desde aquel lugar donde los misteriosos hombres trabajaban. Ojalá Puck no fuese descubierta, ¡porque en tal caso seguramente le retorcerían el cuello!

¿Serviría de algo ir tras ella para ver si necesitaba su ayuda?

Por un momento, Navio se sintió tentada por esta solución, pero luego lo pensó mejor. Sería inútil. Puck era quien tenía el mando de aquella horripilante empresa, y cuando ella había dado una orden había que cumplirla. De pronto, la luna apareció en el cielo. Navio levantó la cabeza para buscar a Puck y lo que vio le hizo estremecer. A la clara luz lunar podía ver con todo detalle lo que ocurría en el pantano. Puck era asaltada por un hombre que parecía un gigante. Otros hombres acudieron corriendo. Luego hubo una discusión en la que todos gesticulaban violentamente. Después, Puck fue levantada por dos hombres que se la llevaron por el pantano en dirección a donde ella misma se encontraba paralizada de miedo.

—¡Ay no! ¡Ay no! —murmuró angustiada—. ¡Esto es horrible! ¿Qué voy a hacer?

Mientras Navio, aterrorizada, daba vueltas a aquel problema, las nubes volvieron a cubrir a luna y la oscuridad se adueñó otra vez del pantano. Cuando los hombres con su carga iban en camino hacia donde ella estaba, la primera idea que se le ocurrió a Navio fue huir; pero luego cambió de opinión. Si se mantenía bien escondida tras los matorrales, los hombres no podrían verla. No obstante, quedaba el peligro de que tropezaran con las dos bicicletas, y en ese caso sospecharían en seguida su presencia, con las dramáticas consecuencias que eran de prever.

Sin embargo, Navio ya no tenía otra alternativa. Era demasiado tarde para quitar las bicicletas del sendero. Los hombres caminaban

sin intercambiar palabra, y ella estuvo a punto de lanzar un grito de terror cuando pasaron por su lado a sólo unos metros de distancia. Por fortuna no vieron las bicicletas.

«Y ahora ¿qué?», se preguntó Navio.

Estaba perpleja. Nunca había tenido que tomar una decisión rápida y sensata. Puck y las otras siempre solían pensar por ella. Durante un rato no supo cómo actuar en aquella situación. Sólo sabía que debía hacer algo. Si la pobre Puck hubiese estado muerta, los hombres la hubiesen enterrado en algún lugar del pantano. Eso era pensar con lógica; no se hubieran molestado en llevársela de allí. Seguramente su amiga estaba inconsciente y aquellos tipos se proponían encerrarla en algún sitio. Navio sintió gran alivio al llegar a esta conclusión y, de pronto, despertó. Tendría que seguir a aquellos hombres para ver lo que pensaban hacer con Puck.

Con mucho cuidado, se levantó y empezó a seguirlos. Los hombres le llevaban una ventaja de unos treinta metros, pero la noche era muy oscura y el riesgo que corría Navio no era muy grande. Los hombres continuaban arrastrando a Puck. A Navio le pareció que el trayecto no iba a tener fin. Pasaron por las ruinas, que no se podían ver en la oscuridad y, diez minutos más tarde, habían llegado hasta el camino donde pasaban los coches. ¿Qué ocurriría ahora?

Navio andaba furtivamente de un árbol a otro, y seguía a los hombres desde algo más cerca. Éstos se pararon al lado de un coche de modelo antiguo. Navio ya había notado la presencia de aquel coche cuando llegaron con Puck; sin embargo, no le prestó atención porque había varias casas en los alrededores y en una de ellas podía vivir el dueño del vehículo.

—¡Puaf! —exclamó uno de los hombres—. Aunque esta chiquilla es delgada, pesa lo suyo. Estoy contento de que hagamos el resto del viaje en coche. Meteremos a la chica en el auto y le pondremos una venda en los ojos.

—Sí; larguémonos de prisa. No me gusta nada este asunto.

—¡Bah! No seas aprensivo. Vamos, apresúrate.

—Está bien...

Navio estaba muy quieta detrás de un árbol y apenas se atrevía a respirar. ¿Qué podía hacer? Era evidente que aquellos hombres iban a secuestrar a Puck; pero, en medio de todo era un consuelo que pensaran vendarle los ojos..., porque a una chica muerta no era necesario vendárselos.

Los hombres se movieron durante un rato en torno al auto, mientras el pequeño cerebro de Navio trabajaba a toda marcha. Luego sonó una voz:

—¿Estás listo, Harry?

—Sí, todo en orden.

—¿Piensas conducir sin faros?

—No, sería inútil. Con esta oscuridad nos equivocaríamos de camino, y, en caso de cruzarnos con alguien, sospecharían al ver un coche sin luces. ¡Sube!

Un par de portezuelas se cerraron y las luces traseras del coche fueron encendidas. Entonces Navio descubrió que en la parte trasera del coche había uno de esos anticuados baúles portaequipajes.

Apenas lo vio, oyó que el motor se ponía en marcha y, rápidamente, tomó su decisión.

¡Había que arriesgarse!

El coche se había puesto en marcha lentamente cuando Navio se lanzó sobre el portaequipajes. Suspiró hondo y rogó al cielo que los hombres no la hubiesen descubierto por el espejo retrovisor. Pero ése no era el caso, pues continuaron la marcha por la carretera y, poco después, aumentaron la velocidad. Navio suspiró aliviada mientras se agarraba al portaequipajes. El coche andaba dando saltos y Navio comprendió que llegaría con el trasero molido si el paseo era de larga duración. Sin embargo, esto no le preocupó con tal de tener la oportunidad de ayudar a su pobre amiga.

Al pasar el coche por delante de la «Granja del Este» Navio volvió a suspirar. Ahora podía haberse encontrado en su cama, en

vez de estar agarrada a un portaequipajes, mojada, helada..., y hambrienta. Pero tenía una pequeña oportunidad de reparar el daño que había causado al mostrarse tan cobarde.

* * *

Por momentos, Navio se encontraba peor. El paseo en coche le pareció durar una eternidad y, poco a poco, iba perdiendo la sensibilidad de sus miembros. El único lugar donde aún sentía algo era en el trasero, pero allí sentía tantos dolores que estaba segura de no poder sentarse en una silla durante un par de meses.

Apenas había tráfico en la carretera a aquellas horas de la noche, y pocos se dieron cuenta de la presencia de la chiquilla en el portaequipajes del viejo «Chevrolet». Algunos transeúntes gritaron; pero, por fortuna, los dos hombres no se dieron cuenta. Tampoco podían sospechar que llevaban a un polizón en el portaequipajes.

Navio sentía un frío glacial en sus miembros, pero apretó los dientes. No quería rendirse. Una vez iniciada la aventura, había que vivirla hasta el fin. Intentó cambiar de postura, pero aquello era imposible: el espacio era muy reducido y casi no podía mover ni los brazos ni las piernas. «Ánimo, Navio!», se dijo a sí misma, pero las lágrimas se asomaron a sus ojos. Era lo peor por lo que había tenido que pasar. Aunque había vivido muchas aventuras en compañía de Puck, algunas incluso más peligrosas, aquélla le pareció la más horrible. En varias ocasiones se sintió tentada de tirarse a la carretera y dejar que el coche siguiera sin ella... Pero apretaba los dientes y se quedaba donde estaba.

¡Puck necesitaba su ayuda!

A Navio le parecía que el viaje había durado horas y horas cuando, por fin, los edificios al lado de la carretera se hicieron más frecuentes. No había duda de que se acercaban a una gran ciudad. Pero ¿cuál era? ¿Se trataba de Copenhague? En su incómoda situación, al menos se sintió aliviada por el buen estado del pavimento. De repente vio raíles de tranvía y supo que el coche

debía de haber llegado a Copenhague porque era la única ciudad en toda Selandia donde circulaban los tranvías. Con un pequeño suspiro se dijo a sí misma que el coche llegaría pronto a su destino.

* * *

Mientras Navio sufría en el portaequipajes del coche, Puck pasaba lo suyo en el asiento trasero del vehículo. Se despertó lentamente de la anestesia y durante unos minutos estuvo completamente confusa. La cabeza le dolía y sentía ganas de vomitar. Tardó varios minutos en darse cuenta de que estaba maniatada y de que sus ojos estaban vendados. ¿Qué había ocurrido?

Puck movió la cabeza en un intento de hacerse una imagen clara de los hechos, pero tardó mucho en descubrir lo que en realidad había ocurrido durante la noche. Poco a poco recordó algo y su primer pensamiento fue para Navio. ¿Qué le habría pasado a su amiga? Por Vespa no había que preocuparse; ella sabría arreglarse, pero debía de haber sido horrible para Navio. Si ella hubiese sido descubierta en el panto no, también estaría prisionera en aquellos momentos. Puck tentó en la oscuridad el asiento trasero, pero no logró descubrir ninguna compañera de viaje, lo cual le llenó de alivio porque, si aquellos criminales hubiesen descubierto a Navio, en aquel momento estaría con ella en el asiento de atrás.

Pero ¿qué fue lo sucedido en realidad', se preguntó Puck a sí misma. Había salido al pantano para examinar de cerca el misterioso trabajo y, de pronto, un gigante negro se había cruzado en su camino. Habían luchado, pero luego le hicieron respirar algo dulce y nauseabundo..., y luego no recordaba más. ¿Por qué la llevaban en un coche? ¿Cuánto tiempo había pasado desde el asalto? ¿Y cuál sería el destino de aquel paseo?

Había muchas preguntas, pero sin respuesta. Se daba cuenta de que la habían anestesiado con cloroformo o algo por el estilo y que por la misma razón debía de llevar un buen rato inconsciente. Pero ¿qué pensaban hacer con ella aquellos criminales? No pensaban

matarla, esto era evidente, porque en tal caso lo hubieran hecho ya. Pero entonces ¿qué tramaban?

Puck, confusa, meneó la cabeza y renunció a buscar respuesta a tales preguntas. En vez de ello se dedicó a escuchar la conversación de los dos hombres. Uno de ellos preguntaba preocupado:

—¿No crees que la chica recibió demasiada anestesia?

Y el otro contestaba:

—¡Qué va! Dentro de una hora o dos despertará, pero para entonces la tendremos segura en el sótano.

—Me da mucha lástima la chiquilla...

—¿Quién la mandó espiarnos, eh? Niels Holm es un hombre duro cuando alguien se le cruza en el camino. Está preocupado porque el negocio que tiene con su primo no le vaya a fallar. Creo que se trata de millones.

Puck casi se había despertado y escuchaba con los oídos bien abiertos, cuando uno de Jos hombres dijo:

—Si el director gana tantísimo dinero con aquello, es injusto que a nosotros no nos toque más.

—Bueno, yo no me quejaría. Nos paga bien, aunque el director no está completamente seguro de llevar a cabo el negocio. ¿Y si falla? ¿Eh? Si no hubiésemos atrapado a la chica, ella lo hubiera estropeado todo. Sin embargo, dentro de un par de días, todo estará bien y entonces no pasará nada cuando llevemos a la criatura a una carretera desierta y la dejamos allí. El director es un hombre que piensa en todo.

Mientras los dos tipos continuaban hablando, Puck notó que la velocidad disminuía. Poco después oyó el sonido de la campanilla de un tranvía, y comprendió que el coche había llegado a Copenhague. Además supo que debía de ser muy temprano porque apenas se oían coches.

Unos quince minutos después se paró el automóvil y uno de los hombres exclamó, aliviado:

—Menos mal. Hemos llegado. Ahora sólo se trata de meter a la

muchacha en el sótano sin despertar sospechas.

Se volvió hacia Puck y preguntó con brusquedad:
—¿Duerme aún?

Durante una fracción de segundo, el cerebro de Puck le ordenó hacer comedia; si no, sus captores se darían cuenta de que ella había escuchado su conversación. Así que contestó con voz soñolienta:

—¿Qué?... ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¡Ay mi cabeza!...

Sin gran interés, el hombre dijo a su compañero:

—Parece que no se ha despertado aún por completo; pero creo que será capaz de caminar hasta la casa. ¿Crees que puedes andar, nena?

—¡Ay mi cabeza!... ¡Ay! ¿Dónde estoy?

—Cállate —gruñó el hombre—. Estarás bien dentro de poco. Es bueno tener dolor de cabeza; así sabe uno que tiene cabeza.

Poco después fue abierta la portezuela del coche y Puck fue sacada con brusquedad. Uno de los hombres la tomó del brazo y dijo:

—Vamos, nena. Si intentas armar jaleo será peor para ti.

Durante un instante, Puck pensó en pedir socorro, luego renunció. Los hombres no se hubieran atrevido a sacarla del coche ante testigos, y sería inútil gritar. Quizás incluso su vida peligraba si lo hacía. No conocía las órdenes que Niels Holm había dado, cuando ella se encontraba inconsciente en el pantano. De un hombre como él sólo se podía esperar lo peor..., y sería muy triste que le retorcieran el cuello.

Intencionadamente procuró andar con pasos inseguros, como si aún no hubiera recobrado el conocimiento por completo. Se dio cuenta de que la llevaban cruzando la acera y que una verja fue abierta. Luego pasaron por un sendero de gravilla. Contó sus pasos desde la verja y hasta el lugar donde la subieron por una escalera de piedra. Setenta y dos pasos. En ese caso la casa donde la iban a

encerrar debía de ser una mansión de lujo. Setenta y dos pasos eran muchos; además el fuerte olor a flores le hizo pensar en un jardín o parque bien cuidado.

Puck, con el tiempo, se había acostumbrado a sacar conclusiones de las cosas pequeñas, por muy insignificantes que pudieran parecer. La llevaron por varias habitaciones y largos pasillos y, por fin, bajaron una escalera. Una puerta fue abierta y la empujaron por ella. Entonces uno de los hombres dijo con voz amenazadora:

—Voy a quitarte las cuerdas de tus manos y, cuando hayamos cerrado la puerta, tú misma podrás quitarte la venda de los ojos. Pero si intentas algo, lo pagarás. ¿Comprendido?

—Pues..., sí...

—Bien. Vengan las manos.

Puck tendió sus manos atadas hacia el hombre y un momento después se encontró libre de las cuerdas. Se quedó inmóvil mientras oía cerrar la puerta con llave. Luego se quitó la venda de los ojos con un movimiento rápido y echó un vistazo a su alrededor.

Se encontró en un sótano muy espacioso, pero sin ventanas. Como había una bombilla eléctrica encendida en el techo, podía darse cuenta de todos los detalles de la habitación. No había mucho que ver. En uno de los rincones habían algunos viejos muebles de jardín y herramientas, el suelo era de cemento, y la puerta parecía muy sólida. Y eso era todo.

Puck se sentó en una de las sillas mientras se frotaba sus doloridas muñecas y consideraba la situación. ¿Qué podía hacer? Seguramente nada. Cruzó el cuarto hasta la puerta y vio que la llave estaba puesta por fuera. La puerta era tan sólida que cualquier ataque contra ella hubiese resultado inútil. Los muros blanqueados tampoco ofrecían solución posible, y no había ni una sola ventana.

De nuevo se sentó en la silla e intentó pensar con claridad. Estaba muy disgustada por no haberse enterado de lo que se proponían aquellos hombres en el pantano. Sería una locura pensar que estuviesen buscando un tesoro. Sus secuestradores habían

hablado en el coche sobre una posible ganancia de millones de coronas, y ni el tesoro más valioso llegaría a tener nunca tal valor. Era imposible.

Puck se apoyó en el respaldo de la silla y pasó la mano por su frente. Se sentía cansada y soñolienta, pero en aquellos momentos su cerebro estaba tan ocupado que le era imposible dormirse..., y aún más imposible sobre una silla incómoda.

Se esforzó para recordar lo que había escuchado en el coche. Sería parte de aquel rompecabezas. Si tenía la suerte de reunir todas las piezas de la forma correcta, sin duda el misterio quedaría resuelto.

¿Qué habían dicho aquellos hombres que podía tener importancia? Primero habían dicho que el nombre del director era Niels Holm y que estaba dispuesto a hacer un negocio con su primo.

¡Su primo!

De pronto Puck comprendió. Sin duda el primo de Niels Holm era el mismísimo hacendado William Holm. Esto parecía posible. En ese caso el asunto empezaba a aclararse. Pero, si los dos primos planeaban un negocio legal juntos, ¿por qué mintió el hacendado y procuraba encubrir a un hombre que era su primo? ¿Pensaba Niels Holm comprar la isla del Caballero Volmer? Eso parecía. Había dicho que los alumnos del pensionado de Egeborg nunca más tendrían permiso para poner sus pies en la isla, y una decisión así sólo puede tomarla el dueño de la isla. La conducta del hacendado Holm había sido muy extraña cuando Puck se lo preguntó.

«A ese tipo le retorceremos el cuello.»

De repente Puck pensó en aquellas terribles palabras que Niels Holm había pronunciado aquella tarde en la isla, pero ahora cobraron nuevo significado. No se trataba de ningún asesinato premeditado, sino de una frase popular. Cuando Niels Holm dijo aquello, quería decir que él lograría que su primo firmase el contrato... Sí, así debía ser.

Pero ¿por qué estaba tan interesado Niels Holm en la isla del Caballero Volmer y por qué había comenzado aquel extraño trabajo nocturno en el pantano? ¿Había alguna relación entre ambos hechos?

Puck pensó y pensó tanto que su pobre cabeza estuvo a punto de estallar. Y de pronto se sobresaltó.

¡Petróleo!

¡Naturalmente, ésta sería la única solución posible! En varias ocasiones, paseando por el pantano, había notado su extraño olor como de gas... ¿No podía significar eso que allí hubiera petróleo? De alguna manera, Niels Holm se había enterado. Quizás alguno de sus técnicos le había demostrado que la presunta bolsa petrolífera continuaba bajo el lago Ege y la isla del Caballero Volmer... y en la oscuridad de la noche quería buscar una prueba de ello antes de presentar el contrato a su primo. Normalmente se buscaba petróleo con unas torres gigantescas y no con una tan pequeña como aquélla del pantano, pero cada día surgían nuevos inventos y era muy posible que el millonario Niels Holm hubiera dado con un invento así. Cuando, como hoy en día, la gente viaja por el espacio, todo es posible.

¿Tendría conocimientos el hacendado Holm de la existencia de petróleo? Seguramente no. De haberlo tenido se hubiera puesto a hacer las pruebas él mismo, o quizás en compañía de su primo. No. Era seguro que al pobre hacendado Holm le estaban estafando tranquilamente. Pero ¿por qué estaba dispuesto a vender la isla del Caballero Volmer si tenía tanto dinero? La isla era como la niña de sus ojos, y como reserva para los pájaros, era algo único. ¿Sería posible que el hacendado estuviese comprometido en algo y su primo le coaccionase?

¡Ojalá el hacendado Holm no firmase aquel contrato!

Al pensar en ello, Puck se despabiló. Allí estaba ella con la clave

del misterio, en un sótano, sin posibilidades de escapar, e incapaz de ayudar al amigo de su padre. Era horrible pensarlo. Por una vez en su vida la sensata Puck perdió los estribos. Se lanzó contra la puerta pateándola y golpeándola con los puños mientras gritaba:

—¡Déjenme salir!... ¡Déjenme salir!

Pero nadie contestaba a sus gritos. Un poco avergonzada, Puck volvió a su silla y se derrumbó, rendida, sobre ella. El sopor la invadió y su cerebro cansado trabajaba cada vez más despacio. Sin embargo, aún le bullía un único pensamiento: ¿Cómo podía salir de allí para prevenir al hacendado antes de que fuese demasiado tarde?

Soñolienta, pensó en Vespa. ¿Cómo le habría ido su misión con el hacendado Holm? ¿Había logrado que éste la acompañase al pantano? Y en caso afirmativo: ¿Habrían descubierto algo importante? Niels Holm y sus hombres podían haber abandonado el lugar mucho antes de llegar ellos, y entonces nada se habría ganado.

Puck se apoyó en el respaldo de la silla y bostezó. Luego cerró los ojos. El asiento no era muy cómodo, pero el sueño podía más.



Poco después, su cabeza cayó sobre su hombro y Puck se durmió plácidamente.

—¡Puck! ¡Despierta!

A Puck le fue difícil reaccionar. Sintió una fuerte sacudida y despertó a medias, pero todo era neblina para ella. Bostezó y dijo:

—Déjame en paz. Quiero dormir...

—¡Despierta, Puck! ¡Levántate! ¡Tenemos que irnos! Puck abrió un ojo, pero casi en aquel mismo instante abrió desmesuradamente los dos.

Navio estaba delante de ella.



CAPÍTULO IX

Puck se despertó en el acto, pero le costaba creer a sus propios ojos. Exclamó, incrédula:

—¡Navio!... ¿Eres tú de veras?

—Sí. A ver si te levantas con rapidez. ¡Tenemos que salir de aquí en seguida!

—Pero... No comprendo...

—Es igual ahora — la interrumpió Navio, que por una vez llevaba la voz cantante—. Lo principal es que nos queda poco tiempo para salir de aquí. Luego te contaré el resto,

—Pero, Navio, estamos en Copenhague...

—¡Vámonos ya! —ordenó Navio dando con el pie en el suelo, nerviosa—. No podemos perder ni un minuto más.

—Está bien... Está bien.

Con Navio delante, la aturdida Puck salió del sótano y continuó por un pasillo muy largo, al final del cual encontraron una escalera que, sin duda, llevaba a la planta principal de la casa.

—¡De prisa! —dijo Navio mientras subía corriendo los escalones.

Puck la siguió y un momento después se encontraron en un enorme recibidor. Navio hizo un gesto de silencio con la mano y escuchó atentamente; pero como no oyó a nadie ordenó:

—Sígueme.

Seguida de Puck, de un salto alcanzó la puerta, y un momento después las dos chicas casi se cayeron al bajar corriendo la escalera que llevaba al jardín, pero continuaron su carrera sobre la gravilla del sendero. De pronto se pararon, rígidas por el miedo. Dos hombres entraban por la puerta de la verja, y no tenían un aspecto agradable. Uno de ellos gritó:

—¡Harry, mira! ¡La chica se ha escapado!... ¡Captúrala!

Navio se quedó paralizada en el sitio, pero Puck tomó el mando y le ordenó:

—¡Sígueme, Navio!

Fueron corriendo hasta la parte trasera del jardín, donde un seto lo separaba del de los vecinos. Los perseguidores eran menos ágiles, pero corrían tras los fugitivos gritando:

—¡Parad!... ¡Deteneos!

Pero como Puck no tenía ningún motivo para detenerse, corrió a lo largo del jardín, con la esperanza de encontrar un agujero en el seto. No tuvo suerte y decidió correr hacia el otro lado de la casa. Navio la seguía pisándole los talones. Puck miró hacia atrás y se tranquilizó al ver que llevaban una ventaja a sur, perseguidores de unos veinte metros.

Cuando llegó hasta la verja, la abrió rápidamente y gritó:

—¡Vamos, Navio!... ¡Tenemos el camino libre!

Navio salió como un relámpago por la abertura y, una vez fuera, se puso a chillar con todas sus fuerzas.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Puck, que seguía tras ella, gritó también. Pero, a aquellas horas de la mañana, pocos podían acudir en su ayuda en tan tranquila y distinguida calle; sin embargo, un cartero vestido con su uniforme rojo, y un par de lecheros que estaban repartiendo su mercancía, acudieron corriendo a los gritos de las muchachas, y uno de ellos gruñó ásperamente:

—¿Qué os pasa, muchachas? ¿Os habéis vuelto locas?

Puck explicó jadeante:

—Dos hombres nos han tenido encerradas, pero hemos logrado escapar. Ahora están en aquel jardín. Nos han perseguido hasta la verja.

—¡Caramba! — exclamó el lechero, que de pronto comprendía que algo serio estaba ocurriendo.

—Vamos a examinar el jardín de cerca.

Entró corriendo, seguido de su colega y el cartero, que en aquellos instantes habían perdido todo interés por su trabajo. Cuando los hombres hubieron desaparecido tras la verja, las dos muchachas intercambiaron una mirada, y Puck dijo, rápida:

—Vámonos de prisa, aunque esto quiera decir que no tengamos oportunidad de darles las gracias a estos hombres por su ayuda. Pero tenemos muchísima prisa... ¡Vámonos, Navio!

Las dos amigas se pusieron a correr, doblaron una esquina, luego otra y al final se pararon.

—¡Vaya! — dijo Puck—. Creo que podemos tranquilizarnos... Y ahora cuéntame cómo apareciste tan de repente en el sótano.

Navio se lo explicó y terminó su relato:

—Tenía que hacer algo para reparar el daño que causé al mostrarme tan cobarde esta noche. Después del paseo en el coche, no tengo ningún hueso entero en todo el cuerpo.

—Pero ¿cómo lo hiciste para entrar en la casa?

—No fue fácil, desde luego —explicó Navio—. Cuando el coche se paró, salté del portaequipajes y me escondí tras un árbol. Vi que los hombres te llevaban a la casa y entonces me tocó pensar. Era evidente que no podía entrar mientras los dos hombres se encontraran allí, y decidí esperar una oportunidad. Entré en el jardín y esperé durante un par de horas, escondida entre los arbustos, a que algo ocurriese.

—Has sido fantástica, Navio — exclamó Puck emocionada por el gesto de su amiga—. Debes de estar deshecha después de todo lo que ha ocurrido.

—No creas — opinó Navio con modestia—. Me duele mucho el

trasero, pero he recobrado la circulación en mis brazos y piernas conforme entraba en calor.

—Y luego ¿qué ocurrió?

—Pues... Después de esperar un par de horas, la puerta principal de la mansión se abrió y los dos hombres salieron sin cerrar con llave, por fortuna. No sé decirte si fueron a buscar leche y pan o a desayunar en un bar, pero aproveché la oportunidad como comprenderás. No fue muy difícil pensar que te habían encerrado en el sótano, y luego..., el resto ya lo sabes.

Puck abrazó a su amiga y dijo, emocionada:

—Te ha salido a la perfección, Navio. Oye; ¿llevas dinero?

—Ni un céntimo. ¿Para qué necesitas dinero?

Puck rió.

—Tenemos que regresar lo antes posible a la «Granja del Este», y dudo mucho que un taxi nos lleve hasta allá sin dinero.

—Yo también.

—Tenemos que buscar otra solución.

Puck miró en derredor hasta que su mirada se posó en una mansión sumamente lujosa, que no sólo tenía un maravilloso jardín sino también garaje y anexo para la servidumbre. En lo alto de la escalera, ante la puerta principal, una sirvienta vestida de uniforme estaba entrando las botellas de leche.

Puck dijo sonriendo:

—Vamos a probar fortuna en esta casona,

—Pero...

—Ven. Ya verás como todo nos saldrá bien.

—¡Ya!

A pesar de su escepticismo, Navio siguió a su amiga, que un momento más tarde tocó el timbre. Cuando la sirvienta abrió, Puck dijo, con toda cortesía:

—Buenos días, señorita. ¿Está el señor en casa?

La joven se quedó algo sorprendida, pero por fin contestó:

—El señor asiste a un congreso en el extranjero... ¿De qué se trata?

—Pues, en tal caso, se trata de que me gustaría hablar con la señora.

—La señora duerme.

—¿Puede despertarla si se trata de algo sumamente importante?

—¿Tan importante es?

—Cuestión de vida o muerte, casi.

La sirvienta las miró de arriba abajo, y la impresión que le causaron las dos amigas debió de ser buena porque dijo con amabilidad:

—Está bien. Entrad las dos y quedaos aquí mientras llamo a la señora.

Desapareció por una escalera hacia el primer piso y Puck guiñó un ojo a Navio mientras le decía:

—Esto está saliendo mejor de lo que yo esperaba.

Navio parecía preocupada.

Unos minutos más tarde, una señora de distinguido aspecto, vestida con bata de seda azul, bajó por la escalera. Miró sorprendida a las dos muchachas y preguntó:

—¿De qué se trata, jovencitas?

—¿Nos permite molestarla sólo cinco minutos, señora?

—Sí; naturalmente Comprendo que debe de tratarse de algo muy serio. Podéis entrar en la sala.

Cinco minutos más tarde, Puck había explicado, sin entrar en detalles, todo lo que había ocurrido durante la noche, y terminó:

—Como usted comprenderá, señora, nos encontramos en una situación muy difícil, porque no tenemos dinero. Primero me gustaría llamar por teléfono al hacendado Holm de la «Granja del Este», y luego tendríamos que tomar un taxi a casa. Si me da usted permiso para hacer la llamada y luego nos presta sesenta coronas para el coche, le dejaré esto en prenda.

Se quitó el reloj de pulsera, y continuó:

—Es de oro. Me lo regaló mi padre, que trabaja como ingeniero en Nueva Delhi. Y puede usted creermelo si le digo que por nada del mundo dejaría de recobrarlo. Es un regalo de Navidad que aprecio mucho.

La joven señora no pudo menos que sonreír. Había comprendido en seguida que Puck decía la verdad, por eso contestó, amable:

—El teléfono está ahí encima. Y del dinero ya hablaremos.

—Muchas gracias, señora.

Puck hizo la llamada a la «Granja del Este», pero nadie contestó al teléfono. Lo intentó de nuevo, pero con el mismo resultado. Luego exclamó angustiada:

—Ojalá no les haya ocurrido nada malo en la «Granja del Este». El hacendado y su mujer suelen estar levantados a estas horas, aunque sea domingo.

—Pruébalo de nuevo —invitó la amable dama.

Puck lo hizo, pero no obtuvo respuesta. Entonces la señora dijo sonriendo:

—No te desanimes, tengo una idea. Nuestro chófer os llevará a la «Granja del Este» y, mientras vosotras estáis en camino, yo llamaré cada veinte minutos al hacendado. ¿Qué quieres que le diga?

Puck suspiró aliviada y contestó:

—Es usted muy amable, señora. Sólo tiene usted que decirle que no firme ningún contrato antes de que Puck llegue, y todo estará correcto. ¡Ejem!... Eso si el buen amigo de mi padre aún tiene confianza en mí. ¿Quiere usted, por favor, tomar mi reloj como prenda?



—Desde luego que no — rió la joven señora—. Quédate con tu reloj; yo voy a llamar al chófer, estará listo dentro de veinte minutos. ¿Queréis desayunar?

—No... Muchas gracias —murmuró Puck modesta.

Navio no dijo nada, pero cuando la señora vio la expresión de su cara, no tuvo ninguna duda, y en la mesa apareció como por encanto un desayuno delicioso. Ambas muchachas comieron con buen apetito y, apenas hubieron terminado, un elegante automóvil se detuvo ante la puerta.

—¡Suerte, muchachas, y buen viaje! — se despidió la joven dama —.Ya me ocuparé yo de llamar al hacendado cada veinte minutos.

Después del último saludo, el coche se puso en marcha.

Las dos muchachas estuvieron durante un buen rato sin hablar, contemplando las anchas espaldas del chófer. El gran coche no tardó mucho en salir del casco urbano. Pasó por los suburbios y luego aumentó la velocidad una vez en la carretera.

—¿Crees que llegaremos a tiempo? —preguntó Navio preocupada.

—Espero que sí — contestó Puck y miró de reojo su reloj—. Todo depende de cómo Vespa haya arreglado el asunto con el hacendado. Me parece muy extraño que no contesten al teléfono a estas horas.

—Quizá duermen aún.

—No, si Vespa ha logrado hablar con el hacendado.

—Ya no estás enfadada conmigo, ¿verdad, Puck?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ésta sin comprender—. ¿Por qué iba yo a estar enfadada contigo?

—Bueno..., porque no me mostré muy valiente esta noche cuando me negué a ir sola en bicicleta por el bosque.

—¡Calla! —rió Puck y puso su brazo alrededor de los hombros de su amiga—. Ni siquiera había pensado en ello; sin embargo, no olvidaré nunca tu valentía de esta noche. Has demostrado ser una compañera de primera. ¿Cómo se encuentra tu trasero?

—No tan de primera —admitió Navio con una mueca cómica—. Pero no noto nada con los blandos cojines de este lujoso coche americano. En el banco de madera del colegio será otra cosa.

El coche seguía su camino. Dos muchachas resueltas estaban en camino para decir la última palabra en un asunto sumamente dramático.

* * *

Al contrario que Navio, Vespa no sintió ningún miedo cuando Puck la envió en bicicleta por el oscuro bosque a la «Granja del Este». La valiente muchacha no creía en fantasmas ni tenía miedo de hombres escondidos tras los troncos de los árboles. En caso de que alguno hubiera aparecido, ella hubiese sabido darle una buena paliza.

Sin pecar de soberbia, Vespa confiaba plenamente en sus propias facultades, y sabía que una serie de llaves de jiu-jitsu podían arreglar muchos problemas. Naturalmente, su opinión era muy ingenua, pero le daba una sensación de seguridad que en ciertas circunstancias era de gran valor. Cuando llegó a la «Granja del Este» su preocupación era mayor. Entonces no se trataba ni de fantasmas ni de criminales, sino de despertar al hacendado.

Diez minutos más tarde estaba liberada de toda preocupación y el hacendado Holm escuchó su extraño relato. Su mirada era

sombría bajo las cejas fruncidas. Al final preguntó:

—Y Puck ¿qué opina de todo ello?

Vespa se encogió de hombros.

—Igual que nosotras; no comprende ni mu de todo esto; pero una cosa es segura: en estos momentos un montón de monos están trabajando alrededor de una luz azulada en el pantano.

—¡Ya! Eso no suena tan bien.

—No. Yo tampoco me muero de risa precisamente — opinó Vespa—. Pero ¿qué podemos hacer? Puck dijo que usted de alguna manera quizá podría hacer algo.

—Muy gentil por su parte — dijo con sequedad el hacendado—. Pero el pantano no es mío y no puedo entremeterme en lo que la gente hace allí por la noche. Esto es asunto del guardabosque. El pantano pertenece al Estado.

—El señor Bang está de viaje estos días — informó Vespa— y no podemos quedarnos sin hacer nada. Hay que actuar... y de prisa. Podíamos llamar a la Brigada Criminal, de Sundkoebing.

—No —contestó Holm brusco—. Éste no es asunto de la Brigada Criminal.

—¿Por qué no?

Esta simple pregunta pareció confundir al hacendado. Iba y venía nerviosamente por la habitación, mientras Vespa le seguía con los ojos llenos de asombro. Al final, el señor Holm se paró y dijo con brevedad:

—Lo que esos hombres hacen o no hacen en el pantano me es completamente indiferente, pero estoy inquieto por Puck y Navio que se han quedado allí. Iremos al pantano en mi coche. Espérame un momento.

—Está bien.

Vespa estaba muy nerviosa, y le pareció que habían pasado más de diez minutos antes de que el hacendado apareciera de nuevo. Su voz sonaba más amable cuando dijo:

—Vamos, jovencita. Tenemos que ir al pantano para ver lo que esas locas muchachas están haciendo y si necesitan ayuda; lo cual no me extrañaría lo más mínimo.

—A mí tampoco — admitió Vespa—. Puck suele ir derecha al grano. Estoy segura de que habrá complicaciones.

Pocos minutos. después, el gran coche del hacendado salía en dirección norte, bordeando el lago Ege. Vespa iba sentada en el departamento delantero. Durante los primeros minutos, nadie habló. Por fin, Holm rompió el silencio y dijo con voz seria:

—Tengo el presentimiento de que Puck sigue una buena pista, aunque hay muchas cosas que ella no puede saber. Incluso yo empiezo a comprender qué clase de trabajo están haciendo en el pantano.

—¡No me diga! —comentó Vespa y preguntó—: ¿Por qué corren como locos ahí fuera?

—Pronto lo sabrás.

La última frase fue pronunciada en un tono tan extraño que Vespa instintivamente le miró de reojo, pero a la tenue luz del tablier le fue imposible distinguir la expresión de su cara. Le parecía que estaba sombría. ¿Estaría involucrado en algo desagradable después de todo? No se había mostrado muy entusiasmado en ir al pantano. Cuando llegaron al lugar donde la carretera terminaba y comenzaba el sendero, el señor Holm detuvo el coche y, junto con Vespa, hizo el último trozo a pie.

Después de caminar durante unos minutos llegaron hasta el pantano y pronto vieron la luz azulada que brillaba en el mismo centro de aquella zona. Al resplandor de la luz se veían varias sombras. El hacendado le ordenó, con sequedad:

—Busca a tus amigas, mientras yo voy a ver de cerca esos misteriosos trabajos.

Holm se alejó con paso rápido en dirección a la luz azulada. La noche era muy oscura. Había hecho casi la mitad del camino cuando oyó un grito de Vespa:

—¡Señor hacendado!... ¡Señor hacendado! ¡Las chicas han desaparecido!

Vespa tenía una voz muy aguda y, en el silencio de la noche,

seguramente fue oída en gran parte del pantano. Holm se paró y estuvo un rato indeciso. Vio la confusión alrededor de la luz azulada. Unas sombras oscuras iban y venían corriendo. Y de pronto se apagó la luz. El hacendado era un hombre valiente y sólo vaciló un momento. Quizá correría un gran riesgo avanzando él solo, pero ya no le quedaba otra alternativa. Por eso hizo caso omiso del grito de la muchacha y continuó rápidamente su carrera.

Había avanzado unos cincuenta metros cuando vio unas figuras oscuras y amenazadoras venir a su encuentro. Eran seis o siete y se acercaban haciendo cadena, como si trataran de impedir que él avanzase más hacia el lugar de los trabajos. Los hombres murmuraban entre sí, pero lo que decían era ininteligible para el señor Holm. Éste se paró, esperando que los otros llegasen. Estaba preparado para todo. A unos metros de distancia, aquellos hombres se pararon y sonó una voz autoritaria:

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Quiero hablar con mi primo.

—¿Su primo?

—Sí. El director Niels Holm, de Copenhague.

—No sé quién es. No le conozco. ¡Así que largo de aquí!

Durante un momento, el hacendado Holm quedó acobardado. ¿Se habría equivocado? A pesar de la oscuridad, se dio cuenta de que Niels Holm no se encontraba entre el pequeño grupo silencioso y amenazador.

—¿Está usted completamente seguro de que el director Niels Holm no estuvo aquí? —preguntó con voz decidida.

Y la contestación fue igual de decidida:

—Claro que estoy seguro. ¡No conocemos a ese señor y no queremos ser molestados por gentes ajenas al trabajo!

—¿Qué hacen ustedes en el pantano a estas horas?

—¿A usted qué le importa? ¿Es quizá suyo este pantano?

—No; sin embargo...

—Entonces ¡largo de aquí; si no, lo lamentaré!

El hacendado estaba fuera de sí de ira, pero no había nada que

hacer. Aquellos tipos estaban muy decididos, y él solo no podía luchar contra todos a la vez, así que se limitó a decir con voz severa:

—Está bien. Ustedes ganan. No obstante, me gustaría saber si han visto a dos jovencitas que han desaparecido esta noche en el pantano.

—¿Dos jovencitas? —repitió la voz ruda—. No, claro que no sabemos nada de ellas. Hemos tenido asuntos más importantes que hacer que buscar a unas mocosas desaparecidas. Y ahora ¡largo!

Temblando de ira el señor Holm tuvo que darse por vencido y emprender el regreso. Los hombres se quedaron callados viéndole marchar. Cuando Holm llegó hasta donde había dejado a Vespa, la encontró fuera de sí. Señalaba con un dedo las dos bicicletas abandonadas y su voz temblaba cuando dijo:

—Ahí están las «bicis» de Puck y Navio, pero no hay ni rastro de ellas. He dado vueltas por los alrededores, pero sin resultado. Ojalá no les haya ocurrido nada horrible.

El hacendado contestó con una tranquilidad que no sentía:

—No te preocupes, hijita. Conozco a Puck lo suficiente como para saber que se le ocurren las ideas más extrañas, y Navio suele seguirla como una sombra.

—Pero tenemos que buscarlas.

—Claro que sí, pero no podemos hacer nada hasta que se haga de día. Vamos a registrar los alrededores, y si no las encontramos traeremos a todos los hombres de la granja..., e incluso a la Brigada Criminal!

Sistemáticamente, el hacendado y Vespa empezaron a «peinar» los alrededores; tanto la parte norte del pantano como la linde del bosque. Pero su búsqueda fue en vano. No vieron a las dos muchachas por ningún lado. De vez en cuando el hacendado Holm echaba una mirada sobre el pantano, pero la luz azulada no fue encendida de nuevo y la oscuridad le impedía ver nada. Quizá los hombres habían desaparecido al saberse descubiertos.

Al final, el hacendado comprendió lo inútil de la búsqueda y

llamó a Vespa:

—Ven, hijita. Regresemos a casa. Al amanecer vendrán todos los hombres de la granja y las encontraremos.

El regreso transcurrió en silencio. Holm tenía muchos problemas en que pensar, mientras Vespa sólo pensaba en sus dos desaparecidas amigas. ¡Era horrible imaginarse a las chicas en algún lugar del pantano con los cuellos retorcidos! Si la noche había resultado emocionante, la mañana lo fue también. Aún no se había hecho de día cuando el hacendado despertó a todos los hombres de la granja y les explicó lo que debían hacer. Desayunaron de prisa y luego emprendieron la gran búsqueda. Incluso la señora Holm y la muy cansada Vespa quisieron participar. Además del automóvil del hacendado, un montón de bicicletas se pusieron en marcha hacia el pantano y el Bosque del Oeste.

A la gente de la granja no le molestaba que les hubieran despertado un domingo por la mañana tan temprano; las dos muchachas gozaban de gran popularidad entre la gente. Tanto las sirvientas como los mozos estaban dispuestos a hacer todo lo que pudieran por encontrar a las chicas. No quedó nadie en la gran granja. La búsqueda se prolongó durante horas. Todo el pantano y el bosque fueron examinados. Incluso las casas cercanas al bosque y los cobertizos fueron registrados; pero todo fue en vano. Las muchachas no aparecieron.

Muy en contra de su voluntad, el hacendado Holm tuvo que rendirse, y la búsqueda cesó. Ahora le tocaba a la Brigada Criminal seguir las investigaciones, y media hora después estaban todos de regreso en la «Granja del Este». Siguiendo un consejo del hacendado Holm, gran parte de la gente volvió a acostarse para dormir un par de horas más. Él se sentó con su esposa y con Vespa en la sala del jardín.

El ambiente era muy tenso. Unas tazas de café extrafuerte no ayudaron gran cosa. Vespa, que estaba muerta de cansancio, suspiró:

—Estoy a punto de echarme a llorar..., y no he vuelto a hacerlo

desde que me castigaron por primera vez en el «cole». ¿Dónde pueden estar?

El hacendado meneó la cabeza angustiado.

—No sé más que tú; pero dentro de un cuarto de hora te prometo llamar a la Brigada Criminal, de Sundkoebing.

—Son mis mejores amigas, y no sé si aún viven —dijo Vespa con voz temblorosa.

La señora Holm se levantó y puso su brazo alrededor del cuello de Vespa para consolarla.

—Están vivas, Vespa, puedes estar segura. Ni los peores criminales de toda Dinamarca asesinarían a unas colegialas. ¿No crees que sería mejor que fueras a tu habitación a descansar?

Vespa la miró horrorizada.

—¡No sería capaz de pegar un ojo antes de ver a Puck y a Navio sanas y salvas! ¿No puedo quedarme aquí?

—Claro que sí, hijita. ¿Quieres otra taza de café?



—Sí, muchas gracias. Dos terrones, si me permite.

El hacendado estaba sentado en su sillón y muy callado. Repasaba mentalmente los acontecimientos de la noche.

Cuando llegó al pantano estaba seguro de encontrar allí a su primo, lo cual hubiera sido lo más probable si su teoría era correcta, pero si su primo había estado allí, debía haber desaparecido en medio de la confusión, cuando Vespa gritó que las dos muchachas habían desaparecido. El primo seguramente había actuado con rapidez; siempre había sido una persona de decisiones rápidas.

De pronto, los tres se sobresaltaron: el teléfono estaba sonando.



CAPÍTULO X

Un sexto sentido le dijo al hacendado que el teléfono le iba a dar una noticia importante. Descolgó rápidamente y dijo:

—William Holm al habla.

—Buenos días, hacendado —sonó una voz agradable y cultivada de señora al otro extremo del hilo—. Me llamo Esther Werner... Usted no me conoce, pero tengo un mensaje para usted. Bajo ninguna circunstancia debe firmar un contrato antes de que llegue Puck. Ella está ahora en camino hacia su finca junto con su amiga, que se llama Navio...

—¿Vienen hacia acá? —exclamó Holm—. ¿De dónde vienen?

—De Copenhague. Calculo que estarán con ustedes dentro de una hora.

—Pero no comprendo...

—Yo tampoco comprendo gran cosa —rió la voz del teléfono—. Creo que este asunto es un tanto complicado, y será mejor dejar que Puck se lo explique en cuanto llegue. Es una chica formidable, ¿no le parece?

—Ya lo creo.

—Estamos de acuerdo —rió la señora Werner—. Es la primera vez que me encuentro con una muchacha tan inteligente y encantadora, y me sentiría muy feliz de tener una hija como ella... Bueno, ya cumplí mi promesa. Adiós, señor hacendado, y prométeme que recibirá bien a Puck y a Navio.

—Naturalmente..., pero...

La señora Wemer colgó mientras el hacendado estaba aún con el auricular en la mano, con una expresión llena de confusión. Su mujer le preguntó, ansiosa:

—¿Quién era, William?

Su marido colgó el auricular y contestó:

—Puck y Navio vienen hacia aquí.

—¡Hurra!... ¡Viva! —chilló Vespa. Saltó de su silla e inició un baile de indios mientras gritaba—: ¡Todo está ya arreglado! ¡Bravo!... ¡Bravo!... Ahora habrá felicidad y alegría en todas las chozas del país... Es la mejor noticia que he tenido desde hace años. Ya no necesito palillos para mantener los ojos abiertos... ¡Qué alegría!

La señora Holm se divertía con el incontrolado entusiasmo de la muchacha. Poco después, su marido recobró la tranquilidad y fue capaz de darle una explicación.

—No sé mucho más que tú —empezó—, No obstante lo más importante es que las dos muchachas regresan en coche. No me preguntes cómo han llegado hasta Copenhague. Puck tendrá que explicárnoslo.

—Menos mal —dijo la señora Holm aliviada—. Me has quitado un gran peso de encima.

El hacendado sonrió, pero su sonrisa parecía falsa.

Naturalmente, también él se sentía aliviado al saber que las chicas estaban bien, pero tenía tantos problemas en que pensar... ¿Cómo podía saber Puck algo respecto al contrato que él estaba a punto de firmar con su primo? Y ¿por qué le mandaba decir que no debía firmarlo? ¿Tendría algo que ver con todo aquello lo ocurrido en el pantano?

Durante horas había estado pensando en el mismo problema sin llegar a ninguna solución satisfactoria. Había tanto misterio en aquel asunto; pero, como siempre, Puck se había mostrado muy inteligente, y Holm esperaba saber la verdad por su boca.

En aquel instante se abrió la puerta y Niels Holm entró. Llevaba una cartera bajo el brazo y saludó cordialmente:

—¡Buenos días! ¡Buenos días a todos!... Veo que estás despierto, William. ¡Qué bien! Así podemos terminar nuestro pequeño negocio en seguida. Supongo que habrás leído el contrato, ¿verdad?

—Supones bien.

—Y ¿te parece correcto?

—No, en absoluto.

—¿Cómo?

El millonario le miró boquiabierto y se dejó caer sobre una silla.

—Tenía la impresión de que estábamos de acuerdo en todo.

El hacendado asintió fríamente:

—Estábamos de acuerdo; pero ya no.

—Pero ¿por qué?

—Te lo diré dentro de media hora, Niels.

—¿Por qué dentro de media hora? —balbuceó el primo—. ¿Por qué no ahora?

—Estoy esperando la llegada de una amiga nuestra, una chica valiente que se llama Puck. Viene en coche desde Copenhague.

—No conozco a ninguna chica llamada Puck.

—Quizá no; pero ella te conoce a ti.

—¡No me digas!

—Sí; y no creo que el encuentro entre ambos sea muy agradable. Por cierto; ¿estabas ayer noche en el pantano del Oeste?

—¿En el pantano del Oeste? —repitió el primo sorprendido—. Y ¿qué iba a hacer yo en el pantano del Oeste por la noche?

Durante un momento, el hacendado se sintió confuso, porque el asombro de su primo parecía verdadero. O era un gran actor o un hombre tan cínico y duro que sabía engañar a cualquiera..., o quizá no había puesto los pies en el pantano.

El hacendado no podía creer esto último porque Puck, haciéndose la dormida en la isla del Caballero Volmer, había oído que Niels Holm pensaba ir al pantano por la noche. Naturalmente

podía estar equivocada, pero era muy poco probable. Además había otra cuestión: ¿para qué iba el primo al pantano a aquellas horas de la noche? Era una pregunta que el hacendado se hacía una y otra vez, sin encontrar respuesta. Seguramente Puck era la única que en aquellos momentos podría aclarar el misterio. No quedaba otro remedio que esperar su llegada.

—¿Sigues negándote a firmar? —preguntó Niels Holm, con brusquedad.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque creo que estás tratando de estafarme.

—Pero ¿qué dices? —exclamó el primo y saltó de su silla—. ¿Me estás llamando estafador?

—Lo que oyes.

Lívido de ira, Niels Holm se lanzó contra el hacendado y le pegó un fuerte golpe en la cara. La señora Holm chilló de miedo y su marido cayó medio inconsciente sobre una silla, que se rompió en mil pedazos bajo su peso. Pero en aquel instante Vespa entró en acción. Como un rayo agarró el brazo de Niels Holm, se lo dobló sobre un hombro de ella, hizo palanca y lo lanzó volando por el aire.



Se oyó un crujido y el sonido de madera rola cuando el hombre aterrizó sobre una mesita. Durante un instante quedó aturdido en el suelo.

—¿Te ha gustado, viejo? —preguntó Vespa—. ¿Quieres volar de nuevo?

La señora Holm ayudó a su marido a levantarse y exclamó angustiada:

—¡Esto es horrible!... ¡Horrible!

—Tranquilícese —sonrió Vespa, y añadió despreocupada—: Aquí no ha ocurrido nada, pero no me gusta que ataquen al señor Holm. Es de mal gusto lanzarse contra la gente de esa manera, ¿verdad?

—Sí..., claro que sí.

—Entonces no hay más que hablar —opinó Vespa—. Si el honorable director lo desea, estoy a su plena disposición.

Pero el «honorable director» no tenía ningún deseo de probar de nuevo las facultades de Vespa. Aturdido, logró ponerse en pie y miró con rabia a las tres personas presentes. La mirada que dirigió a Vespa estaba llena de odio, pero ésta no se dejó acobardar.

—¿Estás bien, abuelo? —preguntó alegre.

—¡Entremetida! —espetó el millonario—. Te acordarás de mí.

—No será en pelea limpia — opinó Vespa con sangre fría—. He conocido a otros tipos como tú. Sin embargo, no te retengas si quieres charlar un rato conmigo.

El hacendado estaba aún algo aturdido. Pasó la mano por su frente y dijo:

—Siempre supe que eras una persona sin gran valor humano, Niels; sin embargo, no había sospechado nunca que encima fueses un gamberro. Pase lo que pase, no habrá contrato entre nosotros. La mirada del primo estaba llena de odio:

—Está bien, William, pero en tal caso puedes estar seguro de ir directamente a la bancarrota.

—¡Oh, no! —exclamó la señora Holm—. ¿Qué es lo que está diciendo, William? ¿Estás en quiebra?

—Es posible...

El hacendado se dejó caer sobre la silla más cercana y continuó con voz desesperanzadora:

—En estos momentos estoy muy mal de dinero, y Niels lo sabe. Por alguna extraña razón, me ha ofrecido una gran cantidad de dinero por la isla del Caballero Volmer; la niña de mis ojos en esta finca. Sin embargo, ahora prefiero la ruina a venderle la isla a él.

—¡Bravo, bravo!... —gritó Vespa entusiasmada.

La sonrisa del hacendado parecía la de un enfermo, pero añadió:

—Para mí, el dinero no lo es todo en este mundo.

No dijo más porque en aquel instante la puerta se abrió y Puck y Navio penetraron corriendo. Entraron tan de sopetón que la señora Holm lanzó un grito, asustada. Puck echó una rápida mirada en derredor y preguntó, sin aliento:

—Señor Holm, no habrá usted firmado el contrato aún, ¿verdad?

—No.

El director Niels Holm se había puesto pálido como un muerto cuando vio a las chicas entrar corriendo. Hizo un movimiento como para marcharse, pero Vespa se puso en su camino, y dijo:

—El juego no termina todavía, abuelito. Espera y escucha atentamente. ¡Lo que nos vamos a divertir!

—Déjame pasar, mocosa.

—No me provoques. ¿Quieres volar de nuevo?

El millonario gruñó algo ininteligible; estaba convencido de haber perdido la batalla. Pronunció una palabrota, pero volvió a sentarse. Puck exclamó aliviada:

—Esto es maravilloso, señor Holm. Celebro que no haya firmado usted el contrato, ya que con ello hubiera perdido millones.

—¿Qué quieres decir? — exclamó el hacendado sorprendido.

—Hay petróleo en su tierra.

—¿Petróleo?

—Sí. Estoy casi segura, y creo que su primo está seguro del todo.

Se volvió hacia el director Holm y preguntó:

—¿No estoy en lo cierto?

—¡Cállate! — fue la contestación.

La sonrisa de Puck era amplia.

—Para mí ha sido suficiente respuesta. Su primo, señor Holm, es sin duda un hombre de negocios como pocos, pero quería ganar dinero a toda costa, y ha intentado estafarle. Cuando quería comprarle la isla del Caballero Volmer a tan alto precio, no se debía a su interés por los pájaros, sino simplemente el hecho de que la bolsa de petróleo pasa por la isla. Sus brillantes técnicos se han asegurado de ello hace tiempo y él sabe muy bien que la bolsa continúa por el pantano del Oeste. ¿Por qué no tuvo usted confianza en mí, señor Holm?

El hacendado sonrió.

—Mi primo y yo habíamos acordado no decir nada a nadie hasta después de firmar el contrato... Por eso tuve que mentirte. Ahora comprendo que fue una tontería; sin embargo, es muy fácil saberlo después. Siempre me he esforzado por mantener la palabra dada. Y es la primera vez que trato con estafadores. — Se fue hacia su primo y añadió—: Ahora quiero que te marches de aquí en seguida, y no deseo volver a verte más.

—¡Ja, ja! Esto significa la bancarrota para ti — dijo el primo con desdén—. En estos momentos no vales ni cinco céntimos...

—¡Fuera!

—Está bien... Adiós, señor arruinado.

—¡Largo!

—¿Le hago bajar la escalera volando? — preguntó Vespa llena de esperanza—. Me encuentro en buena forma.

El director Niels Holm no esperó su demostración. Se apresuró a salir por la puerta y, cuando ésta se hubo cerrado a sus espaldas, el hacendado dijo cansado:

—Noto que ha mejorado el ambiente. Aún no comprendo nada de nada, pero espero, Pack, que nos expliques lo que ha ocurrido.

—Con mucho gusto —dijo Puck, e inició su relato—. Todo empezó cuando Navio y yo fuimos a la isla del Caballero Volmer, donde, haciéndonos las «dormidas», supimos algo de lo que pasaba. Entonces no sabíamos que Niels Holm era primo de usted, pero más tarde lo supe. Dijo entonces que iba a retorcerle el cuello a alguien, queriendo decir que él lograría como fuera que usted le firmase el contrato. Cuando dijo que iba a trabajar en el pantano, pensé que no podía buscar ni carbón ni un tesoro escondido, ya que dijo que había muchos millones en juego.

Puck carraspeó y siguió explicando:

—Cuando supe que se trataba de millones, sospeché que sólo podían estar buscando petróleo y estuve casi segura al recordar el olor a gas que a menudo había reconocido durante mis paseos por el pantano. Esta noche en el pantano me aventuré demasiado y todo terminó con una anestesia de cloroformo. En el coche, ya en camino a Copenhague, me desperté y oí la conversación de dos hombres. Sus palabras fueron la última prueba que me faltaba. Ésta es toda la explicación por lo que a mí se refiere, pero no hubiera sido capaz de darla si Navio no se hubiera portado como una heroína.

—Bueno... —empezó Navio con humildad.

Pero Puck la interrumpió:

—No seas tan modesta, Navio, te has portado formidablemente bien. Pero ya contaremos tu hazaña después de dormir un par de

horas. ¿No tienes sueño. Navio?

Su amiga asintió con un gesto de cabeza.

—Tengo mucho sueño... Y mucha hambre... Y un trasero muy dolorido.

—¿Te han pegado? —preguntó Vespa compasiva.

—Sí — asintió Navio —; con el portaequipajes de un viejo coche.

—¡Cuenta, cuenta!...

—Sí, pero ¿no podría comer antes un panecillo con «foie-grás»..., y quizás otro con salchicha?

—Claro que sí, querida niña — dijo la señora Holm, y se apresuró a ir a la cocina, a ordenar los bocadillos.

A pesar del cansancio, Puck no pudo dejar de reír. Dio un golpecito amistoso en el hombro de su amiga y dijo alegre:

—Tu hazaña bien se merece un panecillo con «foie-grás»..., o dos.

* * *

Más tarde, cuando las tres muchachas subieron a su habitación, les costó mucho conciliar el sueño a pesar del cansancio. Incluso Navio tenía sus dificultades, pero eso se debía seguramente a su dolorido trasero.

Vespa quería enterarse de lo que les había ocurrido a sus dos amigas desde que ella las dejó para ir en bicicleta a la «Granja del Este», y sus dos amigas querían saber lo que a ella le había ocurrido. Por ello hubo explicaciones por ambos lados, pero las palabras fueron cada vez más espaciadas y, por fin, las tres muchachas se quedaron dormidas. Habían acordado dormir hasta las tres de la tarde para no perderse la abundante merienda.

El matrimonio Holm no sentía ningún deseo de acostarse. Se quedaron en la sala del jardín, hablando seriamente. El señor Holm explicó su situación económica. La mayor parte de su fortuna la tenía en la empresa «Danaplan», que últimamente había pasado por

una racha de mala suerte. Con un poco de tiempo, la empresa lograría sobreponerse. Les debían dinero en el extranjero, pero Holm sabía por experiencia que los pleitos internacionales podían durar mucho tiempo, quizás años, y para colmo había ocurrido la desgracia en Nueva Delhi, en la India. Una presa grande se había derrumbado sin explicación y, hasta nueva orden, el trabajo había sido parado. Aquello podía significar una pérdida de millones para «Danaplan».

—¿Puede Joergen Winther tener alguna culpa de lo ocurrido? —preguntó la señora Holm en voz baja.

—No, es imposible —contestó el hacendado con gran decisión—. Joergen es uno de los ingenieros más hábiles de toda Dinamarca, esto es seguro. Así que debe de haber otra causa para la misteriosa rotura de la presa. Joergen regresará por vía aérea, y supongo que nos dará una explicación a todo esto; sin embargo, económicamente, no nos ayuda nada por el momento. El porvenir se muestra negro para nosotros.

—¿Y por eso ibas a venderle la isla del Caballero Volmer a tu primo?

—Sí, no veía otra solución. Me ofreció una fuerte cantidad de dinero, y no dudo que Puck tenga razón respecto a que haya petróleo en el subsuelo. Niels fue siempre un hombre de negocios muy hábil, y nunca me hubiera ofrecido tanto dinero sólo para disfrutar del canto de los pájaros en la isla. Tiene a su disposición unos técnicos muy buenos y quizá también nuevos aparatos que pueden detectar el petróleo.

—Pero, si tu primo podía comprar el pantano, y no hay duda al respecto, tú también puedes comprarlo, William.

—Naturalmente, pero no quiero.

—¿Por qué?

—Por dos razones. Primera, por no ver estropeada la isla del Caballero Volmer con torres y esas cosas y, segundo, no compraría el pantano sin antes avisar que había petróleo... Y en tal caso el precio sería demasiado alto; tanto, que yo no podría pagarlo.

La señora Holm fue hasta su marido y le acarició la mejilla.

—Estoy muy orgullosa de haberme casado contigo, William —dijo—. Eres una persona que, pase lo que pase, te portas como un

verdadero caballero, y me siento muy feliz por ello. Tengo en mi cuenta corriente casi cien mil coronas; ¿te ayudarán en algo?

—Querida mía —dijo el hacendado con un movimiento tragicómico—; eres un encanto, pero cien mil coronas en estos momentos no serían más que una gota en el mar. Se trata de millones y millones. Todo hubiera ido bien si no hubiese ocurrido nada en la India, pero una desgracia suele ir acompañada de otra. Te lo he contado porque ya te habías enterado de algo; si no, no hubiera abierto la boca..., antes de asegurarme primero de poder arreglar el asunto de alguna manera. —Luego añadió, preocupado —: Lo siento muchísimo por Puck. Como te dije antes, su padre no puede ser el responsable de lo que ha ocurrido en la India; pero Puck es una criatura hipersensible y, tarde o temprano, sabrá la verdad; si no antes, dentro de un par de días cuando llegue Joergen Winther. Te aseguro que la situación es muy delicada y necesitamos un milagro para salvarnos.

—¡Pobre William!

Su marido se encogió de hombros.

—No tengas lástima de mí, querida. Aunque todo vaya mal, yo sobreviviré bajo un nivel de vida inferior, claro; pero sobreviviré. «Danaplan» cuenta con unos cien colaboradores, que siempre encontrarán trabajo, será muy difícil para los restantes, y me dan mucha pena.

De nuevo la señora Holm le acarició la mejilla.

—Piensas siempre en los demás antes que en ti mismo.

El señor Holm no contestó. Se quedó un rato pensativo. Los pensamientos bullían en su cabeza y en aquel instante pensó en lo extraño que resultaba que su mujer, una señora tan mimada, que gastaba tanto dinero en sí misma, mostrara en aquellos momentos tan alta comprensión humana. Por primera vez en su matrimonio comprendió que su mujer tenía un gran corazón. En medio de la desgracia, William Holm se sintió feliz. Estaba a punto de expresarle su alegría cuando una de las sirvientas entró con un pequeño sobre y dijo:

—Un cablegrama para el señor.

Holm lo tomó y, cuando vio que había sido despachado en Nueva Delhi, lo abrió ansiosamente y leyó:

Rotura de la presa se debe a sabotaje y todo queda aclarado. El gobierno desea el trabajo reanudado y pagará los plazos normales. He reemplorado 1.500 hombres. Carta con detalles seguirá, pero dispongo de una semana si así se desea.

JOERGEN WINTHER

Con un suspiro de alivio, Holm se apoyó en el respaldo del sillón y tendió el telegrama a su mujer.

—Léelo tú misma, querida.

La mirada de la señora Holm voló sobre las maravillosas palabras, y luego exclamó, casi llorando de alegría:

—Esto significa que todo marcha bien, ¿verdad?

Él asintió con un gesto de cabeza.

—Sí, todo está bien ahora. «Danaplan» no necesita preocuparse más. Este telegrama ha venido como enviado del cielo.

—¡Vamos a despertar a Puck! — propuso la señora Holm, ansiosa como una colegiala—. Casi no soporto esperar.

—Pero si Puck no sabe nada de nada —sonrió su marido—. Sería una lástima despertarla. ¿No puedes esperar a la hora de la merienda?

—No, querido. ¡No puedo esperar!

—Bueno, bueno; despiértala entonces.

Un cuarto de hora más tarde, Puck entró en la sala del jardín, y parecía muy ansiosa. Había comprendido que debía de tratarse de algo muy especial cuando tan inesperadamente fue sacada de la cama. El señor Holm le dijo, sonriendo:

—Siéntate, Puck. Tengo una buena noticia para ti.

—¿Viene mi padre? —preguntó Puck instintivamente.

—Es muy posible —asintió el hacendado—. Pero antes te voy a contar algo que no sabías. Quizá la historia sea algo aburrida al

principio, pero todo termina felizmente...

—¡Qué bien!

Holm continuó, sonriendo.

—Hemos tenido muchos problemas en la empresa «Danaplan» últimamente, y lo peor fue la noticia de la India, donde tu padre trabajaba. Económicamente, estábamos en la quiebra, sobre todo cuando el gobierno indio paró nuestro trabajo allí.

—¿Había hecho mi padre algo malo? —preguntó Puck, llena de miedo.

—No, no, naturalmente que no, Puck. Tu padre es demasiado genial para equivocarse. Hubo una importante rotura en una presa, pero ahora sabemos que se trataba de un sabotaje, y todo está aclarado. Tu padre me ha mandado un telegrama, y tú misma puedes leerlo. ¡Ten!

Puck leyó ansiosa el cablegrama y luego exclamó entusiasmada:

—¡Qué maravilla, señor Holm! Y ¿sabe usted lo mejor?

Naturalmente, el hacendado lo sabía; sin embargo, preguntó sonriendo:

—No, hijita.



Puck saltó en su silla de pura ansia.

—Papá dice que tiene una semana para venir, si así se desea. Y se desea, ¿verdad?

—¿Quién lo desea? — preguntó Holm burlón.

—Yo lo deseo, por ejemplo. ¡Sería maravilloso! Y ¿verdad que sería posible? Hace tanto tiempo que no veo a mi padre ni a Ellen, y los echo muchísimo de menos. ¿Cuesta mucho dinero hacerles venir?

Luego añadió, excitada, sin esperar respuesta:

—Yo puedo pagar el viaje, si quiere. Tengo mucho dinero en el Banco: el que me dieron en el Museo Nacional cuando encontraron el tesoro de los gitanos...

El hacendado la interrumpió riendo:

—Cállate, Puck. ¿Crees que «Danaplan» deja que una colegiala pague un viaje en avión de uno de sus ingenieros? No te preocupes; de este asunto nos ocuparemos nosotros. Bien; voy a mandar un telegrama a tu padre diciéndole que su presencia es deseada porque su hijita le añora muchísimo.

—Será un telegrama maravilloso — dijo Puck jubilosa—. Casi no puedo esperar.

—¿Puede usted lograr también que mi padre regrese? — sonó una voz desde la puerta.

Era Navio. Parecía triste. Cuando despertaron a Puck, también se despertó ella, y no pudo volver a dormir. Había escuchado la última parte de la conversación e instintivamente pensó en su propio padre, el capitán Sommer, que en aquellos momentos navegaba por uno de los lejanos océanos.

Puck corrió a su lado y la abrazó.

—¡Ay, Navio! Sería maravilloso si también tu padre pudiera venir. Mereces un premio más grande que el mío.

—Bueno... No creo...

—Claro que sí. Si no hubieras saltado al portaequipajes aquél, todo hubiera ido mal para todos: el señor Holm hubiera estado de mal humor... Mi padre en la India... Como ves, todo se debe a tu valiente actuación. Por desgracia, no podemos hacer nada para que tu padre regrese, Navio, pero ¿tienes otro deseo?

Navio hizo una pequeña mueca.

—Sí, gracias; ahora que lo mencionas, sería maravilloso tener una almohada de esas neumáticas para mi dolorido trasero.

